
CUADERNOS CANELA

VOL. XV

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo de CANELA.

SALUDO

Estimados colegas de Canela :

Nuevamente llega a nuestras manos un nutrido manojó de trabajos, fruto del sudor y denodado esfuerzo de nuestros miembros durante el último año.

Luchando contra la escasez del tiempo disponible, gracias a la colaboración de los redactores, Jefes de Sección y en particular del Editor responsable, Cuadernos CANELA reúne en este fascículo la mayoría de los trabajos expuestos en nuestro XV Congreso de octubre del año pasado en la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto que, precisamente, conmemoraba el 50 Aniversario de la Fundación del Departamento de Estudios Hispánicos, evento al que nos sentimos honrados haber podido participar.

Las conferencias plenarias se centraron en su totalidad en temas cervantinos en magistrales disertaciones expuestas por el Dr. Jean Canavaggio, de Francia, y el Dr. Ignacio Arellano, de España, ambos eximios y conocidos cervantistas.

Como se podrá ver, los temas de las secciones abarcaron una gran variedad de tópicos dentro del marco característico de cada una de las mismas, fehaciente botón de muestra de la dedicación y afán de superación personal de los miembros componentes. Al mismo tiempo que les sirvió para ensanchar y cimentar sus conocimientos en el ramo, nos es posible compartir el fruto de largas horas dedicadas a la profundización de los aspectos tratados.

Espero que nos beneficiemos de su lectura para nuestra instrucción y, también, como incentivo para nuestra propia renovación académica. ¡Ojalá que así sea!

Hilario Kopp
Presidente

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CONFERENCIAS :

VIDA Y LITERATURA DE CERVANTES EN EL *QUIJOTE*

Jean Canavaggio	9
LA LOCURA DE DON QUIJOTE Y LA SENSATEZ DE SANCHO PANZA	
Ignacio Arellano	25

SEGUNDA PARTE

ARTÍCULOS :

《GRUPO A : LITERATURA》

JUAN L. ORTIZ (1896-1978) : LA EXPERIENCIA POÉTICA

Alberto Silva	37
CUATRO CONSTANTES TEMÁTICAS DE VARGAS LLOSA EN <i>EL PARAÍSO EN LA OTRA ESQUINA</i>	
Jordi Juste Garrigós	49

《GRUPO B : HISTORIA-PENSAMIENTO》

LA "MEDITACIÓN DE LA TÉCNICA" DE ORTEGA Y GASSET

70 AÑOS DESPUÉS

Fernando Blanco Cendón	63
APUNTES SOBRE EL USO DE LA TIERRA EN LA NUEVA ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS LEYES	
Reiko Tateiwa	73

LOS TÍTULOS PRIMORDIALES DEL CENTRO DE MÉXICO:

UNA PERSPECTIVA PARA SU ANÁLISIS

Yukitaka Inoue	85
----------------------	----

《GRUPO C : METODOLOGÍA》

DESTREZAS Y COMUNICACIÓN EN LOS NIVELES ELEMENTALES DE E/LE EN JAPÓN

UNA PROPUESTA SOBRE ACTIVIDADES Y PROCEDIMIENTOS EN EL AULA

Daniel Quintero García	99
REVISIÓN DEL APRENDIZAJE DE <i>ELE</i> A PARTIR DE LA LECTURA DE <i>LEARNING NEW LANGUAGES : "A GUIDE TO SECOND LANGUAGE ACQUISITION"</i> , DE TOM SCOVEL	

Claudio A. Vázquez Solano	113
---------------------------------	-----

TERCERA PARTE

RESEÑAS :

BUILDING THE NEW WORLD

- *Studies in the Modern Architecture of Latin America 1930-1960* -

Valerie Fraser

Verso, Londres, 2001, 280 pp.

Ignacio Aristimuño	121
--------------------------	-----

MUJERES DE LA POSGUERRA.

De Carmen Laforet a Rosa Chacel: historia de una generación

Inmaculada de la Fuente

Planeta, Historia y Sociedad, Barcelona, 2002, 509 pp.

María del Mar Jorge de Sande	123
------------------------------------	-----

Normas de presentación de los artículos	127
---	-----

PRIMERA PARTE

CONFERENCIAS

VIDA Y LITERATURA DE CERVANTES EN EL *QUIJOTE*

Jean CANAVAGGIO

En busca de un perfil perdido

Dos caminos suelen ofrecerse a quien intenta acercarse al vivir cervantino. O bien dedicarse a la consulta de documentos y archivos, cuyo laconismo deja inevitablemente frustrado al que no se satisface de los pocos datos sacados de escrituras notariales y apuntes de cuentas, ajenos a la intimidad del escritor; o bien buscar esta intimidad en su obra, a riesgo de ceder a un espejismo: el testimonio de unas “fábulas mentirosas”, que no han tenido nunca como fin el de llenar los vacíos de nuestra información.¹

Así y todo, tantas experiencias biográficas, intelectuales y literarias del autor vienen a confluír, de un modo u otro, en las ficciones cervantinas, que el lector del *Quijote* no puede resistir al deseo de aventurarse por una senda que le lleva a descubrir una nueva forma de entroncar Vida y Literatura. Aventura, por cierto azarosa, y que el propio Cervantes nos induce a emprender con cautela, al disimularse como hace detrás de unas máscaras, delegando sus poderes en supuestos narradores al estilo de Cide Hamete Benengeli. No obstante, a quien sabe leer entre líneas, el *Quijote* se le aparece impregnado del sentir del que lo compuso. Un ejemplo sin más tardar: como se sabe, la historia del ingenioso hidalgo no se amolda al esquema seudobiográfico elegido por Mateo Alemán al concebir su *Guzmán de Alfarache*, el relato retrospectivo de su propia vida que nos hace el protagonista. Pero donde se perfilan las reservas de Cervantes ante la forma que cobra la confesión del pícaro, es en el capítulo 22 de la primera parte de su novela. Ahí nos sale al encuentro, en una cadena de forzados, el galeote Ginés de Pasamonte, autor de un libro de su vida, y tan bueno, que “mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren” (I, 22). Como ha mostrado Claudio Guillén, clara denuncia nos ofrece aquí Ginés del doble artificio que caracteriza a la narración picaresca: por un lado, prometiendo un libro que “trata verdades, y no mentiras”, o sea sucesos *efectivamente* ocurridos, y no cosas inventadas que se pretenden sucedidas; y por otro lado, considerando este libro como inconcluso, sin que pueda publicarse mientras no se acabe el curso de su propia existencia.² Así pues, este encuentro con el galeote es como un resquicio por donde vienen a filtrarse las preferencias estéticas de Cervantes, como si éste, por medio de su portavoz, nos diera a conocer algo de la circunstancia en que se fraguó su quehacer de escritor.

Ahora bien, no siempre permanece Cervantes entre bastidores. Hay, a lo largo de su obra, textos clave en que parece asumir su identidad, hablando en primera persona. En primer lugar, los dos prólogos al *Quijote*, separados por diez años cabales, igual que las dos partes del mismo; luego, compuestos en el fecundo crepúsculo de su vida, otros textos liminares, como los respectivos prólogos a las *Novelas ejemplares* y a las *Comedias y entremeses*, el prólogo al *Persiles* o la conmovedora dedicatoria al Conde de Lemos, fragmentos dispersos de un retrato de artista cuya verdad no exige verificación. Varias razones explican el interés que, para nosotros, ofrecen estos fragmentos; pero más que nada, quizá, el ser el retratado un hombre cuya

¹ Acerca de esta alternativa, vid. Nuestro *Cervantes*, Madrid. Austral, 4ª ed. 2003, pp.17-22, así cm “Hacia la nueva biografía de Miguel de Cervantes”, *Cervantes en su vida y creación*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos. 2000. pp.17-31.

² Sobre la disconformidad de Cervantes con respecto a la técnica narrativa del *Guzmán*, vid. Claudio Guillén, “Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco”, reed.en *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 197-211.

existencia histórica apenas se conoce. Debido al silencio de los archivos, ignoramos, en efecto, casi todo de los años de infancia y adolescencia de nuestro escritor. Podemos afirmar, a ciencia cierta, que nació en 1547 en Alcalá de Henares, de padre cirujano; pero no se sabe en qué fecha exacta, y la supuesta ascendencia conversa que se le atribuye sigue siendo tema controvertido³. Tal vez empezara a estudiar en Sevilla, viendo representar allí a Lope de Rueda; pero su traslado a Madrid no queda documentado. Hace falta esperar el año de 1569 para ver comprobada su presencia en la Villa y Corte, la cual se infiere, entonces, de su contribución a las *Exequias* publicadas por su maestro López de Hoyos, con motivo de la muerte de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II.

Mejor conocimiento tenemos de los años heroicos que median entre 1571 y 1580: el contacto de Cervantes con “la vida libre de Italia”, primero en Roma, en el séquito del cardenal Acquaviva, luego como soldado, a las órdenes de Diego de Urbina; las heridas recibidas en Lepanto, el 7 de octubre de 1571, donde, a bordo de *La Marquesa*, pelea “muy valientemente”, perdiendo de un arcabuzazo el uso de la mano izquierda; al año siguiente, las acciones militares llevadas con desigual suerte por don Juan de Austria en Corfú, Navarino, Túnez y La Goleta; en 1575, la captura por corsarios turcos, al volver a España en la galera *Sol*; por fin, los cinco años del cautiverio argelino, dolorosa experiencia marcada por cuatro intentos frustrados de evasión y concluida por un inesperado rescate, conseguido por obra de los PP. Trinitarios. Con todo, la falta casi completa de escritos íntimos no nos permite concretar el cómo y el por qué de estas peripecias: así la partida a Italia, quizás a consecuencia de un misterioso duelo; la vida ancilar llevada durante unos meses en Roma; el alistamiento en los tercios; la vuelta proyectada a la madre patria; y en Argel, a pesar de reiteradas tentativas de fuga, la extraña clemencia del rey Hazán.

Otro tanto puede decirse de los acontecimientos consecutivos al regreso de Miguel a Madrid, una vez rescatado. Por cierto, tras una breve misión desempeñada en Orán y Lisboa, se inicia entonces su carrera de escritor: hace representar varias comedias, “sin silbos, gritos ni barahúnda”, en tanto que, en 1585, publica *La Galatea*, novela pastoril al estilo de *La Diana* de Montemayor. Pero no se explica la pérdida casi completa de sus primeras piezas, exceptuando *El trato de Argel* y *Numancia*, conservadas en copias del siglo XVIII; tampoco se ha aclarado el misterio que envuelve el nacimiento de su hija natural, Isabel, habida de Ana Franca de Rojas, esposa de un tabernero; apenas se conocen las circunstancias de su matrimonio, en 1584, en Esquivias, con Catalina de Salazar, de diez y ocho años menor que él; menos aún las razones exactas de su partida del hogar, en 1587, para Sevilla (“tuve – nos dice – otras cosas en que ocuparme”⁴), por no decir nada de los motivos de un silencio de casi veinte años, durante los cuales Cervantes recorre Andalucía, primero como proveedor de la Armada Invencible, y luego, desempeñando varias comisiones para la Hacienda Pública. Tan sólo adivinamos una vida de dificultades y molestias: en 1590 solicita del rey un oficio en las Indias que le es negado; en 1597, tras haber sido excomulgado, es encarcelado en Sevilla por retrasos y quiebras de sus aseguradores. Hay que esperar a 1604 para verle reaparecer en el campo de las letras, establecido con su familia en Valladolid, donde Felipe III acaba de trasladar la sede de la corte. Allí, en este mismo año, concluye la primera parte del *Quijote*, publicada en diciembre ya con fecha de 1605.

³ Américo Castro es quien ha defendido con mayor tesón esta hipótesis, especialmente en *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1966. Amén de que Cervantes no adujo nunca pruebas de su limpieza de sangre, no debe excluirse que tuviera a conversos entre sus antepasados: recuérdese que Juan de Cervantes, su abuelo paterno, casó con una Torreblanca, perteneciente a una familia de médicos cordobeses. Pero otra cosa es hacer de esta ascendencia una clave explicativa de su “diferencia” y de su creación, como pretende, por ejemplo, Rosa Rossi, en su controvertido *Escuchar a Cervantes. Un ensayo biográfico*, Valladolid, 1988.

⁴ Cervantes, *Comedias y entremeses*, Prólogo., Ed. Schevill-Bonilla, t.I, Madrid, 1915, p.7.

Cervantes en primera persona

Se comprenderá, entonces, lo que viene a representar, en nuestra búsqueda de la vivencia cervantina, el prólogo con que se abre esta Primera parte. Pero no debe engañarnos aquel “yo” que, de entrada, dirige la palabra al “desocupado lector”. El Cervantes de carne y hueso, muerto hace casi cinco siglos, nos es inasequible por definición; es una sombra a la que no podemos alcanzar. Quien se descubre, al hilo de nuestra lectura, es más bien el doble de aquel sujeto desaparecido; un ente nacido de un acto de escritura, establecido como tal por la mirada del lector, y que se deja entrever en las muestras dispersas de un autobiografismo episódico. Pero es así como nos abre una perspectiva que contribuye a crear la modernidad del *Quijote*: el encuentro de nuestra voluntad receptiva de lector con una voluntad proyectiva a la que debemos la inserción de este “yo” cervantino dentro del espacio textual; un espacio al que configura y ordena, comunicándole su presencia y su sabor de vida⁵.

Como era de esperar, este primer prólogo ha llamado la atención de los cervantistas, preocupados por desentrañar lo que se nos sugiere, al parecer, de la génesis del *Quijote*, mediante una fugaz e incierta alusión a la cárcel en que hubo de ser engendrado el libro⁶. Pero, a decir verdad, no es su contenido informativo, sino su misma estructura la que fundamenta el interés y la radical novedad de este texto. En efecto, aunque parece, a primera vista, conformarlo con el género prologal, el “yo” cervantino va alternando poco a poco sus protocolos, hasta llegar finalmente a subvertirlos: primero, interpelando, tras veinte años de silencio, a aquel “desocupado lector” que se habrá olvidado de sus obras de mocedad; luego manifestando un aparente desprecio por el libro prologado: nuevo “hijo de su entendimiento”, por cierto, pero “seco, avellanado y antojadizo” (I, Prólogo), y del que declara renegar como “padrastró”, antes de cambiar repentinamente de tono y asumir su paternidad. Así pues, en el momento en que nos hacía esperar la tradicional *captatio benevolentiae*, Cervantes, por no querer “ir con la corriente del uso”, deja de pedir la indulgencia del público. Al contrario, con el pretexto de ponderar el trabajo que le dio componer esta “prefación” que vamos leyendo, decide salir en persona a las tablas, bosquejando su perfil de escritor:

“suspense, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla, pensando lo que diría...” (I, Prólogo).

En esta circunstancia es cuando introduce a un primer *alter ego*: un supuesto amigo con el cual el prologuista empieza a debatir de lo que habrá de ser el prólogo que se empeña en escribir. Así va surgiendo, ante nuestra mirada cómplice, un “prólogo imposible”⁷ o, si se prefiere, un prólogo del prólogo que brota de

⁵ Sobre este entronque, vid. nuestro “Cervantes en primera persona”, *Cervantes entre vida y creación*, pp. 65-72, y, con mayor amplitud de miras, Michel Moner, *Cervantès conteur. Écrits et paroles*, Madrid, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 1989. Primera Parte.

⁶ Hartzenbusch, a mediados del siglo pasado, creyó que esta cárcel era la de Argamasilla de Alba, y allí transportó todo el material de imprenta requerido por su edición del *Quijote*. Otros han propuesto identificarla con la de Castro del Rfo, donde Cervantes estuvo preso en 1592 o, más plausiblemente, con la Cárcel Real de Sevilla, donde permaneció varios meses en 1597-98. Pero no debe excluirse un uso metafórico de esta palabra, acorde con la tradición cancioneril. Cualquiera que sea su significado, cabe observar que el *Quijote* de 1605 se dice *engendrado*, o sea, concebido, y no escrito, en dicha cárcel.

⁷ Para decirlo con frase de Mauricio Molho: “La Préface est une ant-préface tenant lieu de préface impossible” en “Texte paratexte: *Don Quichotte*”, in M. Moner (ed.), *Le livre et l'édition dans le monde Hispanique (XVIe-Xxe siècles). Pratiques et discours paratextuels*, Grenoble, Université Stendhal, 1992, pp. 99-100. Entre los estudios dedicados a los exordios que encabezan sendas partes de la novela merece destacarse A. Castro, “Los prólogos al Quijote”, *Hacia Cervantes*, 3ª ed., Madrid, Taurus, 1967, pp. 262-301, así como M. Socrate, *Prologhi al “Don Chisciotte”*, Venecia, 1974.

las reticencias de Cervantes ante los adornos del exordio canónico: en especial, unas poesías liminares que se niega a pedir a otros ingenios, fingiendo encargarlas a figuras poéticas o novelescas, así como, también, las inevitables acotaciones eruditas, procedentes de un saber de segunda mano, y de las que se burla con evidente satisfacción. Algo se adivina, en esta insólita determinación, de las tensiones propias del mundillo literario coetáneo: parece ser la primera indirecta de Cervantes contra un Lope de Vega que hacía un uso poco discreto de estos adornos, y del que se conserva una carta, nada amena, en la que se refiere a las dificultades que conoció su rival en la búsqueda de plumas dispuestas a encomiar su libro⁸. Pero, aquí, el partido elegido trasciende el mero anecdotismo; está en perfecta concordancia con lo novedoso del propósito que anima al escritor: componer “una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón”, con miras a “deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen” sus “fabulosos disparates” (I, Prólogo). Por si no viéramos hasta donde nos puede llevar semejante “invectiva”, al revestir la forma de una parodia de estos libros, Cervantes, con la resolución y firmeza de un casi principiante de 57 años, pone los puntos sobre las íes, aclarando las finalidades que persigue y el pacto que pretende establecer con sus lectores. Al procurar que, leyendo su historia, “el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla”, (I, Prólogo), expresa una clara conciencia de su capacidad de innovación, en tanto que, de entrada, somete su empresa al juicio del público.

A raíz del salto que damos del prólogo a la historia propiamente dicha del hidalgo manchego – una vez salvados los versos preliminares-, podría pensarse que el “yo” cervantino va a esfumarse. Lo que ocurre, en realidad, es que cambian y se diversifican, a la vez, las formas de su intromisión. Cabe observar, ante todo, que este mismo “yo” vuelve a aparecer como tal dos veces en el texto. Asoma acto seguido en la primera frase del capítulo primero, cuando el narrador se niega a concretar aquel lugar de la Mancha donde Alonso Quijano pasó su vida, antes de salir en busca de aventuras: un lugar, nos dice, “de cuyo nombre no quiero acordarme”. El que expresa esta negativa es un ser fantasmal, y de creer a Rodríguez Marín, engastado, además, en un conocido verso de romance; pero, para nosotros, la pluma que ostenta tiene que ser la del prologuista, en un momento en que no se han introducido, todavía, los varios autores “que deste caso escriben” (I, 1). Más adelante, en el capítulo octavo, se prepara su reaparición: tras suspenderse el combate de don Quijote con el colérico escudero vizcaíno, se introduce improvisadamente la idea de que el relato es obra de dos autores (I, 8). Nunca se nos dirá quién es el segundo autor, nacido de la voluntad de parodiar un recurso de los libros de caballerías. Pero es precisamente entonces cuando el “yo” del capítulo primero vuelve a tomar la palabra, para contarnos luego, en el capítulo noveno, cómo halló en Toledo la continuación de las aventuras del héroe, cómo se enteró de que esta narración, más o menos fidedigna, fue compuesta por Cide Hamete Benengeli, y cómo la hizo traducir al castellano por un morisco aljamiado. Por muy borroso que nos resulte, sus andanzas por el Alcaná, su natural inclinación a leer, “aunque sean los papeles rotos de la calle” (I, 9), hacen que no se le puede reducir a una mera persona gramatical: lo relacionamos, de manera espontánea, con la figura del manco de Lepanto⁹.

Sólo que su intervención se complementa con la primera mención de Cide Hamete, la más fascinante de

⁸ Sobre esta carta y su recta interpretación, vid. N. Marín López, “Belardo furioso. Una carta de Lope mal leída”, reed. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*. Granada, Universidad/Diputación Provincial, 1988, pp. 317-358.

⁹ No nos incumbe sacar a colación los numerosos estudios dedicados a los narradores ficticios del *Quijote*. Baste señalar, entre las contribuciones más sugestivas, las páginas que les dedica José Manuel Martín Morán en *El “Quijote” en ciernes*. Turín, 1990, pp. 107-197.

las máscaras inventadas por Cervantes para disimularse y excitar así nuestra curiosidad. Si se admite la etimología propuesta por S. Bencheneb y Ch. Marcilly, el mismo nombre de Cide Hamete Benengeli conlleva, en sus tres segmentos, una notable carga autobiográfica: este “señor” (*Cide*) “que más alaba al Señor” (*Hamete*), no sería, a despecho de Sancho, moro aberrenjado, sino, paradójicamente, *Ben-engeli*; es decir “hijo del Evangelio” y no del Alcorán, y como tal, cristiano¹⁰. De ahí el que Cide Hamete venga a reclamar, para sí, la responsabilidad exclusiva de la narración. Pero las circunstancias de su introducción, su marginación con respecto al relato, así como el juego de encajes al que da lugar, bastan para evidenciar, desde el principio, todo lo que separa a nuestro moro de un narrador omnisciente.

Así se entiende mejor cómo, en esta proliferación de voces narrativas, se expande y diluye a la vez el autobiografismo del *Quijote*: un autobiografismo disperso, fragmentado, que se descubre al lector en el fluir de la narración, detrás de unas alusiones no siempre fáciles de entender y apreciar como se deben. Requieren, eso sí, la mirada atenta de un conocedor de la época, pero siempre con el riesgo de referirlas preferentemente a unas experiencias singulares, concediéndoles entonces otro valor del que tienen en realidad. Pongamos por caso la boca sin muelas de don Quijote, consecuencia de la aventura de los cameros: ¿será lícito ver en ella una réplica de otra boca monda y desnuda, la del propio Cervantes, tal como se describe en el prólogo a las *Novelas Ejemplares*¹¹? Asimilación, por cierto, peligrosa.

En una conexión menos azarosa otras ocurrencias, esparcidas a lo largo de las dos partes de la novela, remiten, en forma más bien velada, a la gravitación del escritor, a su vida privada, a su formación intelectual, o a los variados ambientes que llegó a conocer. Esta contaminación del relato por el vivir cervantino puede observarse, a veces, en dichos que son reveladores, con toda probabilidad, de una actitud personal: no siempre de abierta disconformidad, pero sí, al menos, de marcada reserva frente al tono medio de la España filipina. Suele citarse, entre numerosos ejemplos, una conocida frase de Sancho, a veces aducida en el debate sobre la supuesta “raza” de Cervantes: ‘dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener’ (II, 6). También cabe mencionar, más allá de su posible relación con tal o cual fuente, oral o escrita, varias sentencias de don Quijote: sobre la virtud que “vale por sí sola lo que la sangre no vale”, o sobre si el juez ha de ser riguroso o compasivo (II, 20). Pero en esta reconstrucción problemática de una visión cervantina del mundo – por no decir de un “pensamiento” – hay que andar, por cierto, con pies de plomo¹². La defensa que hace don Quijote de la justicia en sí, a la hora de poner a los galeotes en libertad, puede leerse a la luz de los abusos cometidos en esta materia por los poderes públicos, indiferentes a la discordancia entre delitos y penas. Pero el campeón de esta justicia ideal sigue siendo un inadaptado: lo atestigua el que pida a los forzados, en señal de agradecimiento, ir a presentarse ante Dulcinea, cargados de sus cadenas. Mientras el ingenioso hidalgo queda atrapado en este absurdo, Cervantes se nos desliza¹³. Tampoco debe engañarnos el elogio de la libertad que se pone en boca del caballero: para entenderla en su

¹⁰ S. Bencheneb y Ch. Marcilly, “Qui était Cide Hamete Benengeli?”, *Mélanges offerts à Jean Sarrailh*, Paris. Éditions hispaniques, 1966, t.I, pp. 97-116.

¹¹ *Novelas ejemplares*. Prólogo, ed. Schevil-Bonilla, Madrid, 1922, t. I, p.20: “la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seys...”. Comp. *Don Quijote*, I, 18: “Pues, en esta parte de abajo – dijo Sancho – no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna...” (ed.cit. p.22)

¹² En 1925, Américo Castro operó, con *El pensamiento de Cervantes*, una manera de revolución copernicana en los estudios cervantinos. Medio siglo más tarde, en el prólogo a la nueva edición de esta obra, publicada en 1972, concedía que, “después de todo, algo se dice en ella de Cervantes y del *Quijote*”. Pero se mostraba más que reservado ante un libro que hubiera querido rehacer, considerando que ordenaba, de modo arbitrario, un ideario cervantino abstracto, desprendido de la “textura literaria”, de las obras aprovechadas como material de investigación. Vid. *El pensamiento de Cervantes*, ed.cit. pp.7-8.

¹³ Vid. sobre el particular Anthony J. Close, “Don Quixote’s sophistry and wisdom”, *Bulletin of Hispanic Studies*, LV, 1978, pp.104-111.

cabal sentido, conviene relacionarla con su contrario – el cautiverio – con el cual forma díptico aquí (II, 58). Dicho de otro modo, no hay que tomar estas oraciones al pie de la letra, ni separarlas de sus respectivas contextualizaciones, sino tener en cuenta la polifonía que las va diseminando entre don Quijote, Sancho, el cura Pero Pérez, Sansón Carrasco o Cide Hamete: uno de los muchos recursos aprovechados por Cervantes en la construcción de un relato que, en la historia de la prosa novelesca, iba a abrir un nuevo camino.

La voz del cautivo

Viene un momento, sin embargo, en que este entronque entre vida y literatura se vuelve muchísimo más llamativo; más exactamente en uno de los cuentos interpolados, la historia de Ruy Pérez de Viedma, la cual, es sabido, ocupa en su casi totalidad los capítulos 39 a 41 de la primera parte. Nutrido de la rememoración cervantina del cautiverio, este relato evidencia un autobiografismo ya no disperso, sino compacto; pero no por eso deja de mantener una relación ambigua con las experiencias del autor¹⁴. Los sucesos que nos refiere el capitán hasta su captura ofrecen, eso sí, un notable parecido con las aventuras del propio Cervantes; pero no menos significativos son los constantes desajustes, reveladores de una minuciosa reelaboración del material aprovechado. Las mocedades de Ruy Pérez de Viedma son tan azarosas como las del escritor; pero quien nos las cuenta no es hijo de cirujano alcalaíno, sino primogénito de un hidalgo leonés. Su partida a Italia corre parejas con la de Miguel, salvo que no es huida y le lleva, en una serie de rodeos, a alistarse en los tercios de Flandes. Luego, tras embarcarse en las galeras de la Santa Liga, a las órdenes del mismo Diego de Urbina, el narrador llega a combatir en Lepanto con tanta valentía como el famoso manco, pero no lo hace como soldado raso, sino en calidad de capitán de infantería; y en vez de quedar herido, es capturado por los Turcos, víctima de su temeridad.

Así es como el cautivo llega a presenciar, al año siguiente, la acción intentada por don Juan de Austria contra Ambarino; pero esta vez, la contempla desde el lado enemigo. De esta manera, está en condiciones de puntualizar “la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca” (I, 39); y desde el mismo enfoque, puede enjuiciar la caída de La Goleta, episodio funesto sucedido en agosto de 1574, a consecuencia de la recuperación de Túnez por los turcos. No sólo deplora las fuertes pérdidas sufridas, sino que nos da sin rodeos su opinión. Algunos, nos dice, han pretendido que se podía haber conservado la fortaleza, aunque no hubiera sido socorrida:

“Pero a muchos les pareció, y así me lo pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomía o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaba, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran” (I, 39).

Aquí, sin lugar a dudas, habla Cervantes, por boca del capitán: a la hora del balance, y con la altura de miras que se impone, aprueba el abandono de una plaza sin verdadero interés estratégico y la liquidación, por

¹⁴ Entre los numerosos trabajos dedicados a este episodio, vid., sobre su trasfondo histórico, el artículo pionero (aunque en varios aspectos discutible) de Jaime Oliver Asín, “La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes”, *Boletín de la Real Academia española*, XXVII, 1947-48, pp. 245-339. Desde un enfoque más amplio, merece leerse el rico y sugestivo estudio de Francisco Márquez Villanueva, “Leandra, Zoraida y sus fuentes francoitalianas”, en *Personajes y temas del “Quijote”*, Madrid, 1975, pp. 92-146.

dolorosa que fuera, de una conquista utópica e inútil como fue la del reino de Túnez. De hecho, así es como razonó Felipe II, al cual, dicho de pasada, Ruy Pérez de Viedma nunca llega a acusar.

Una vez en Argel en tanto que cautivo de rescate, Ruy Pérez de Viedma ve su destino coincidir de nuevo con el de su creador. Igual que él, aunque en distintas circunstancias, queda en poder del rey Hazán; y la visión que nos ofrece de los baños se nos aparece henchida de los recuerdos del escritor.

“[Yo estaba] encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares [...] Yo, pues, era uno de los de rescate; que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aproveché nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por rescate. Y aunque el hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba contra los cristianos” (I, 40).

Cervantes, como queda dicho, no era capitán; pero llevaba cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sessa, las cuales hicieron que los turcos lo considerasen como “persona principal”; de ahí los 500 escudos de oro que, a pesar de su “falta de hacienda”, su amo reclamó como precio de su rescate. Ahora bien, como para desmentir esta identificación, el narrador, en una manera de desdoblamiento, concluye esta evocación de las crueldades del rey incorporando la figura emblemática de un compañero:

“Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hechos cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas para alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entretenernos y admirarnos harto mejor que con el cuento de mi historia” (I, 40)¹⁵

En este deslinde entre historia y poesía, surge, pues, aquel soldado llamado Saavedra. Este nombre, como se sabe, es el segundo apellido que Cervantes, al iniciar sus comisiones andaluzas, añade a su patronímico: lo usa en el memorial de 1590, dirigido al Consejo de Indias. Pero no lo llevó ninguno de sus antepasados directos; lo tomó, probablemente, de uno de sus parientes lejanos, Gonzalo de Cervantes Saavedra, el cual había sido obligado a huir de Córdoba en 1568, tras un asunto de sangre, y se embarcó en las galeras de don Juan, llegando, tal vez, a combatir en Lepanto. Este segundo nombre, que se da a tres de los muchos personajes que pueblan las ficciones cervantinas, ha sido interpretado como una conducta de

¹⁵ Coincide aquí Ruy Pérez de Viedma con el autor de *la Topographía e historia general de Argel*, publicada en Madrid en 1612 a nombre de Diego de Haedo y atribuida hace un cuarto de siglo al Dr. Sosa, compañero de cautiverio del futuro autor del *Quijote*. Vid. George Camamis, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 124-150. En la *Topographía* se nos dice que “del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes pudiera hacerse particular historia” (fol.185 de la ed.original y p.165 del tomo III de la reed.de la Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid, 1929). Anteriormente a esta atribución, se había sugerido que, entre las fuentes utilizadas en la elaboración de esta obra tal vez figurasen informes debidos a Cervantes, cuyo segundo intento de evasión se relata aquí con todo detalle. De ahí el que otro especialista llegara a defender – sin ganar nuestra convicción – la paternidad cervantina de la *Topographía*. Vid. Daniel Eisenberg, “Cervantes autor de la *Topografía e historia general de Argel* publicada por Diego de Haedo”, *Cervantes*, XVI, 3 (1996), pp. 32-53.

compensación: a falta de poder deshacerse, por razones desconocidas, del patronímico paterno, Miguel lo habría doblado, en el plano social y simbólico. Sea lo que fuere, con el triunfo del *Quijote* la posteridad ha consagrado, definitivamente, el doble apellido de Cervantes Saavedra, en un desquite de todos los fracasos experimentados por el que lo forjó¹⁶.

Lo que sí viene a compensar la odisea del capitán es la frustración nacida de las cuatro evasiones fallidas del escritor. En enero de 1576, Cervantes trata en vano de huir por tierra al presidio español de Orán. En septiembre del año siguiente, espera un barco mallorquín que no acuda a la cita prevista. Seis meses después, en marzo de 1578, manda unas cartas al gobernador de Orán, por medio de un moro cómplice al que sorprenden a la entrada de dicha ciudad, y empalan, por orden del rey. Por fin, en octubre de 1579, proyecta armar una fragata de doce bancos y ganar España con sesenta pasajeros, pero es denunciado por un renegado florentino, manipulado por otro cautivo, el doctor Juan Blanco de Paz. El mismo anhelo de libertad anima, en el *Quijote*, a Ruy Pérez de Viedma:

“Pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso a la intención, luego, sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca” (I, 40)

Pero al contrario de Cervantes, su primera tentativa va a ser un éxito: quien le permite salir del baño, facilitándole los medios de su rescate y compartiendo su destino, es la hermosa Zoraida, hija de un rico renegado esclavón.

Aquí, por cierto, la odisea del capitán se separa definitivamente de la de su modelo: como ha mostrado Maxime Chevalier, se ciñe a una leyenda que desarrolla un motivo tradicional, a través de múltiples versiones entre las cuales destaca el cuento de *La hija del diablo*¹⁷. Dentro de la remodelación cervantina resalta, sin la menor duda, el papel concedido por el narrador al padre de Zoraida, cuando, tras haber sido informado por su hija de su conversión, ve alejarse desde la playa desértica en que ha sido abandonado por sus raptos al barco que lleva a la pareja. Pero, al dar a esta figura patética el nombre de Agi Morato, Cervantes la ha dotado de una identidad sacada de su propia experiencia, sin dejar, por supuesto, de acomodar a su relato la cronología de los hechos históricos. Agi Morato se llamaba, en efecto, aquel suegro del rey de Fez del que nos habla la *Topographía e Historia General de Argel*. Alcaide de La Pata, había peregrinado a La Meca y, según otro testimonio que conservamos, era tenido “por hombre de buen juicio y de muy buena manera”¹⁸. Por fin, en

¹⁶ Interpretación propuesta por Louis Combet, *Cervantes ou les incertitudes du decir*, Presses Universitaires de Lyon, 1980, pp. 553-558. Un segundo Saavedra aparece entre los cautivos de *El trato de Argel*; un tercero es el protagonista de *El gallardo español*.

¹⁶ Coincide aquí Ruy Pérez de Viedma con el autor de *la Topographía e historia general de Argel*, publicada en Madrid en 1612 a nombre de Diego de Haedo y atribuida hace un cuarto de siglo al Dr. Sosa, compañero de cautiverio del futuro autor del *Quijote*. Vid. George Camamis, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 124-150. En la *Topographía* se nos dice que “del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes pudiera hacerse particular historia” (fol.185 de la ed.original y p.165 del tomo III de la reed.de la Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid, 1929). Anteriormente a esta atribución, se había sugerido que, entre las fuentes utilizadas en la elaboración de esta obra tal vez figurasen informes debidos a Cervantes, cuyo segundo intento de evasión se relata aquí con todo detalle. De ahí el que otro especialista llegara a defender – sin ganar nuestra convicción – la paternidad cervantina de la *Topographía*. Vid. Daniel Eisenberg, “Cervantes autor de la *Topografía e historia general de Argel* publicada por Diego de Haedo”, *Cervantes*, XVI, 3 (1996), pp. 32-53.

¹⁶ Interpretación propuesta por Louis Combet, *Cervantes ou les incertitudes du decir*, Presses Universitaires de Lyon, 1980, pp. 553-558. Un segundo Saavedra aparece entre los cautivos de *El*

¹⁷ Maxime Chevalier, “*El Cautivo* entre cuento y novela”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXII, 1983, pp. 403-411.

¹⁸ “Respuestas de Juan Pezón, mercader de Valencia, a lo preguntado por el Duque de Gandía” (abril mayo de 1573), Simancas

tanto que *chauz*, (o enviado del Turco, desempeñó varias misiones secretas. Como queda dicho, Cervantes tenía en su poder, cuando fue capturado, cartas de recomendación. ¿Quién sabe si no fue introducido, como posible informador oficioso, en la intimidad de Agi Morato? Así se nos aclararía la extraña mansedumbre que le manifestó el rey de Argel después de sus tentativas, perdonándole tres veces la vida¹⁹.

Tal es el trasfondo sobre el cual se recortan los recuerdos personales esparcidos en la narración: entre otros detalles, la referencia al jardín de Agi Morato, cercano a la puerta de Babazón (I, 40); lo que no se nos dice del trato que solían mantener, en Argel, amos y esclavos (I, 41); el ansia de libertad de los renegados reconciliados, también llamados “tornadizos” (I, 40); el miedo de los mozos a los turcos (I, 41); o el uso de la “lingua franca”, “que en toda la Berbería, y aun en Constantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas con la cual todos nos entendemos” (I, 41). Desglosar alusiones en detrimento de su función artística para componer un cuadro pintoresco de la vida argelina nos llevaría, desde luego, a cometer un error de perspectiva. Pero otro error sería negarles, en un exceso de hipercriticismo, cualquier valor documental. Nuestro conocimiento del cautiverio cervantino se apoya en fuentes que, por varios motivos, reordenan, deforman u ocultan, a veces, los hechos ocurridos, y conviene manejarlas con precaución: así la relación firmada por Diego de Haedo no se puede separar de su requisitoria contra la ciudad y con sus piratas, lanzada con el fin de sacar la opinión española de su indiferencia y estimular la obra de las órdenes redentoras; las escrituras notariales referentes al caso se centran en las gestiones emprendidas por la familia del escritor para conseguir su rescate; en cuanto a las deposiciones de amigos y compañeros, fueron reunidas a petición del propio Cervantes en las dos informaciones de 1578 y 1580, como respuesta a los alegatos infamantes de sus enemigos. A diferencia de estos testimonios, el cuento del Cautivo nos restituye de modo insustituible, envuelta en el ropaje de una “fábula mentirosa”, la forma en que el futuro autor del *Quijote* interiorizó una experiencia excepcional.

El rostro del escritor

Este autobiografismo decantado por un propósito artístico, una constante voluntad de estilo, viene a cobrar un nuevo interés en cuanto nos descubre la otra cara del manco de Lepanto: ya no el cautivo de los baños argelinos, protagonista de un episodio concluso y rememorado por un *alter ego* de papel, sino el “raro inventor” que se insinúa en su propia creación, en una reconstrucción que llega a confundirse con el mismo proceso narrativo. Aquel Cervantes creador, que asomó por primera vez en el prólogo a la primera parte, reaparece en el capítulo sexto de la misma, aprovechando el forzoso descanso de don Quijote, al volver de su primera salida. El motivo de su intromisión no es otro que el famoso escrutinio de la biblioteca del hidalgo. Un escrutinio en el cual, dicho sea con perdón de don Miguel de Unamuno, no sólo se trata de libros, sino también de vida²⁰, ya que en las lecturas de don Quijote y en los juicios críticos que éstas merecen, algo se trasluce de las preferencias estéticas del escritor.

Entre los libros examinados figura *La Galatea*, cuya presencia en la biblioteca, suscita, por boca del Cura, la conmovida rememoración del autor:

Eº 487, citado en Jean Canavaggio, “Agi Morato entre historia y ficción”. *Cervantes entre vida y creación*, pp. 39-44.

¹⁹ Sobre la figura histórica de Agi Morato, vid., además del estudio citado en la nota anterior, otro trabajo nuestro, “Le “vrai” visage d’Agi Morato”, *Hommage à Louis Urrutia, Les Langues Néo-latines*, nº 239, 1980, pp. 23-38.

²⁰ Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, ed. Alberto Sánchez, Madrid, Cátedra, 1988, p.192.

“Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega” (I, 6).

En el momento en que escribe esta frase, Cervantes está a punto de corresponder a la espera del Cura: no con la segunda parte de su *Galatea*, nunca publicada, aunque sí prometida hasta en la dedicatoria del *Persiles*, sino con otra obra que alcanzaría “del todo” algo más que la “misericordia” que se negó a su primera novela. Pero no por eso va a convertirse en mero plumífero. Aun cuando se nos descubra su interés por las cuestiones de poética – aclarado por Edward C. Riley en su libro fundamental ²¹, nunca lo hace con el dogmatismo del preceptista. Su meditación sobre las formas y los fines de la literatura, diseminada entre sus portavoces, en los capítulos 47 a 50 de la primera parte, desarrolla dialécticamente el debate entre teoría y praxis novelesca, en el contraste de pareceres al que da lugar la crítica de los libros de caballerías. Y en cuanto a la condena de las comedias al uso, expresada conjuntamente por el Canónigo y el Cura, no sólo se articula con el recuerdo nostálgico del “arte antiguo”, cultivado en otros tiempos por el autor de la *Numancia*, también traduce el rencor experimentado ante el triunfo de un rival más joven y más afortunado: aquel Fénix de los Ingenios que quiso “acomodarse al gusto de los representantes”, adaptándose a las exigencias férreas de una producción masiva, y convirtiendo el teatro en “mercadería vendible”²².

En junio de 1605, a los pocos meses de publicarse la primera parte del *Quijote*, Andrea de Cervantes, a pesar suyo comprometida en la misteriosa muerte de un joven calavera, Gaspar de Ezpeleta, depone ante el juez Villarroel. Traza entonces un alusivo perfil de su hermano, “un hombre que escribe e trata negocios, e por su buena habilidad tiene amigos”²³. Menos confidencial, por cierto, y hartamente distinto es el retrato que, siete años más tarde, el escritor nos ofrece de sí mismo, en el prólogo a sus *Novelas Ejemplares*:

“Este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* [...] Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo...”²⁴.

Aquí, con trazo vigoroso, fija las pocas imágenes que todavía hoy, lo designan en la memoria colectiva: el combatiente de Lepanto, el cautivo de Argel, el autor del *Quijote*. Esta última estampa, que vimos surgir con motivo del escrutinio, es la que campea en las obras consecutivas al éxito de la primera parte, aquellas que salen a luz durante los diez años que median entre este éxito y la muerte del “raro inventor”. Diez años

²¹ Edward C. Riley, *Cervantes' Theory of the Novel*. Oxford University Press, 1962 (trad. castellana: *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1966).

²² El comentario más sugestivo de estos capítulos sigue siendo el de Alban K. Forcione, en *Cervantes, Aristotle and the "Persiles"*, Princeton University Press, 1970, pp. 91-130.

²³ Herido de muerte a las puertas de la casa del escritor, el 27 de junio de 1605, a consecuencia de una expedición amorosa nocturna, Gaspar de Ezpeleta fue transportado a ella y expiró a los dos días. En el proceso incoado a raíz de este misterioso asunto quedó Cervantes implicado con los suyos, viniendo sus hermanas y su hija a ser blanco de malintencionadas acusaciones. Vid. nuestro *Cervantes*, pp. 309-313. Se conservan las declaraciones tomadas por el juez en el ms nº 1 de la colección de la Real Academia española, publicado por Ramón León Máinez e incluido más tarde por Cristóbal Pérez Pastor en el tomo II de sus *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*. Vid. El resumen que da Luis Astrana Marín de este documento en su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Reus, t. VI, 1º, 1956, pp. 93-105.

²⁴ *Novelas ejemplares*, Prólogo, ed.cit., p.21.

que transcurren en Madrid, después del regreso de la corte, durante los cuales Cervantes reintegra el mundo de las letras. Entonces asiste con Lope de Vega a la Academia Selvaje, a la vez que ingresa por motivos que no debieron de ser exclusivamente religiosos en la Hermandad de los Esclavos del Santísimo Sacramento y en la Orden Terciaria Franciscana. Entonces empieza su período más fecundo, hasta tal punto que, para nosotros, su vivir acaba confundiendo con su quehacer literario. En 1613, se editan las *Novelas*: al año siguiente, *El Viaje del Parnaso*, sarta de alabanzas de poetas amigos, engastada en una odisea imaginaria cuyo alegorismo se compagina – otra vez – con un fino sentido autobiográfico²⁵; en 1615, las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*, dados a la imprenta tras padecer la indiferencia de empresarios y cómicos; en 1616 se redactan los últimos capítulos de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, “historia septentrional” con tono y traza de novela bizantina, concluida cuando el que la compuso tenía ya “el pie en el estribo” de la muerte, y que se publicará como libro póstumo²⁶. Pero, un año antes, había salido a la luz la segunda parte del *Quijote*, donde el “yo” cervantino, mal disimulado detrás de sus dobles, se deja de nuevo captar.

La reaparición de este “yo”, en el prólogo de 1615, no se produce en circunstancias idénticas a las que originaron el exordio de la primera parte. Cervantes, esta vez, no tiene por qué asumir ante los lectores la novedad de su empresa. En cambio, sí la reivindica frente a un nuevo interlocutor: el misterioso Avellaneda que, un año antes, había publicado una segunda parte espuria, conocida hoy como el *Quijote* apócrifo. Por cierto, no faltaban antecedentes: sin remontar a *La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes* había suscitado toda una descendencia, en tanto que Gaspar Gil Polo prolongaba la *Diana* de Montemayor con una *Diana enamorada* que no es indigna del modelo. En años más recientes, Mateo Luján había dado a luz una *Segunda Parte del Guzmán de Alfarache*, mientras Mateo Alemán trabajaba todavía en la suya. Pero Avellaneda, amén de esconderse detrás de una máscara, había acumulado calumnias y afrentas para su predecesor. En un prólogo “menos cacareado y agresor de sus lectores” – según él – que el de la primera parte, disparaba sin piedad los ataques *ad hominem*, burlándose de los achaques de su víctima, acusándole de tener “más lengua que manos” y concluyendo con esta agria advertencia: “Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus *Novelas*: no nos canse”²⁷.

No vamos a detenernos en este triste episodio. Pero sí recalcar el tono inconfundible de la respuesta, en un ajuste de cuentas del que brota el prólogo de 1615. Sabe Cervantes con qué impaciencia la está esperando el “lector ilustre o quier plebeyo”, con quien mantiene un trato preferente. Ahora bien, mejor le conviene burlar esta esperanza:

“Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya” (II, Prólogo)

¿Supo Cervantes quién se ocultaba tras el nombre de Avellaneda? Si hemos de creer a Martín de Riquer, éste no sería sino Jerónimo de Pasamonte, el soldado-escritor que, diez años antes, le inspiró el personaje de

²⁵ Hemos examinado este aspecto en “La dimensión autobiográfica del *Viaje del Parnaso*”, *Cervantes entre vida y creación*, pp. 73-83.

²⁶ Verso de romance engastado por Cervantes en la dedicatoria al conde de Lemos de su última obra. Vid. *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, ed. Schevill-Bonilla, Madrid, 1914, t. I, p.10.

²⁷ Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, ed. M. de Riquer, Madrid, 1972, Clásicos Castellanos, nº 174, t. I, p.12.

Ginés²⁸. Pero aquí, poco le importa ese oscuro compañero de milicia al que sólo reprocha expresamente una cosa, sus insultos personales.

“Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo (...), o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron, que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga” (II, Prólogo)

Aquí es donde la creación literaria se resorbe en la experiencia viva: la indignación del prologuista acaba por subvertir el discurso prologal. La respuesta no carece de garbo; pero respira, más que nada, la melancolía del superviviente de un tiempo caducado.

Enmarcado por dos textos de notable valor autobiográfico – por un lado, la aprobación del licenciado Márquez Torres, donde se inserta una anécdota protagonizada por Miguel (y, posiblemente, dictada por él); y, por otro lado, la irónica dedicatoria al conde de Lemos – el prólogo al segundo *Quijote* acaba devolviendo a Avellaneda a su oscuridad. En cuanto a la continuación espuria, Cervantes va a incorporarla a su modo en su propia obra. Examinar esta “mise en abyme” nos apartaría de nuestro cometido. Pero, al contemplar a don Quijote con el falso *Quijote* entre manos poniéndose a hojearlo “sin responder palabra” (II, 59), ¿cómo no pensar en su padre o padrastro, quien en la misma circunstancia, tuvo tal vez idéntica reacción?

Los disfraces del “raro inventor”

Pero no nos equivoquemos: la contaminación del relato por el vivir y el crear cervantinos no se encierra en los moldes de esta polémica, convertida, hoy en día, en pasto de eruditos. En dos momentos claves, por no decir nada de otros muchos, el “raro inventor” vuelve a asomar la oreja, aunque escondido detrás de sus portavoces. Primero, al confrontar a sus héroes con la historia de sus hazañas. Mejor dicho, con la noticia, comunicada por Sancho a su amo, de que dicha historia “anda ya en libros (...) con nombre de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*” (II, 2). El asombro del escudero, encantado de saber, por el bachiller Sansón Carrasco, que sus hechos están imbricados con los de su señor, corre parejas con la inquietud del caballero, a quien el mismo Sansón revela que la epopeya ideal de sus hazañas no es más que una crónica, compuesta por un moro mentiroso y traducida al “vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes” (II, 3). El “ridículo razonamiento” – divertido coloquio – que, sobre el particular, reúne a los tres interlocutores, es, por cierto, un hábil recurso literario: a través de su vaivén entre el perfil con que soñaba y el que se les ha impuesto, el ingenioso hidalgo afirma con pertinacia su independencia, reivindicando obstinadamente la imagen que quiere dejar de sí mismo. Pero también Cervantes se vale de este recurso, haciéndose eco de los juicios emitidos sobre el *Quijote* de 1605: disimulado detrás de sus tres portavoces, les da alternadamente la palabra, sin acreditar a ninguno como depositario de su propia opinión. Este procedimiento, entre otras consecuencias, le permite dar cuenta del éxito de su libro sin pecar de presumido.

²⁸ Vid. Martín de Riquer, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988. Esta hipótesis ha sido discutida por E.C. Riley: “¿Cómo era Pasamonte?”, *Actas del Tercer Congreso Internacional de Cervantistas*. Ed. Antonio Bemat Vistarini, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 1998, pp. 85-96.

Primero, encarga al bachiller que mencione, con tonillo de burla, los doce mil ejemplares que, “el día de hoy”, andan ya impresos, llegando a profetizar, en una paradójica premonición, “que no debe haber nación ni lengua donde no se traduzga” (II, 3). Más adelante, hace que el mismo don Quijote venga a comunicar la noticia a don Diego de Miranda, acrecentando la cifra y anticipando el acontecimiento, en un alarde de ingenua vanagloria:

“Por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en esta imprenta, en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia” (II, 16)

Otra de las máscaras elegidas por el “yo” cervantino es, por supuesto, Cide Hamete Benengeli. Desde la perspectiva que nos corresponde, tan sólo queremos aludir, aquí, a su intervención más significativa, cuando, al principio del capítulo 44 de la segunda parte, el “moro mentiroso” vuelve a abordar la cuestión de las novelas interpoladas, planteada inicialmente por Sansón Carrasco. Parece ser que la presencia de estos cuentos en el primer *Quijote*, si no dio lugar a una polémica, al menos suscitó opiniones contrarias, referidas aquí de modo explícito:

“Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse” (II, 44)

Como se echa de ver, la referencia respectiva a la “historia [...] de don Quijote” es casi la misma que hemos encontrado en el prólogo a la primera parte. Pero el “yo” del prólogo se sustituye aquí por todo un juego de encajes: mediante un doble giro impersonal – “dicen que [...] se lee”, nos enteramos de una infidelidad cometida por el supuesto traductor de la historia compuesta por un supuesto Cide Hamete. Esta distancia permite a Cervantes introducir con evidente ironía el tema que le preocupa:

“También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a sus novelas, y pasarían por ellas, o con prisa, o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostraría bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz. Y así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos, limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir” (II, 44)

Nada más ambiguo que esta aparente autocrítica. Tras recordar el procedimiento intercalador que usó en la primera parte, reemplazado, en la segunda, por una trabazón más íntima que supone una mayor colaboración del lector, Cervantes, con la soltura que le concede el artificio aquí elegido, desarrolla todo un proceso reflexivo que concluye con una clara autodefensa: la nueva relación establecida, en el segundo *Quijote*, entre fábula y episodios, no debe entenderse como corrección o enmienda; tampoco es mera concesión al gusto del público. En plena conformidad con la nueva lógica interna que rige la aventura, se impone como concertada y permanente tensión entre lo que se escribe y lo que se ha dejado de escribir.

Una manera de pacto

¿Quién será, a fin de cuentas, aquel “yo” al que hemos acosado, en un ímprobo esfuerzo para desalojarlo de las páginas del *Quijote*? No el Cervantes de carne y hueso, que muere a los pocos meses de publicar su gran libro, tras dictar, en su lecho de agonía, la dedicatoria del *Persiles*. Más bien la proyección de un individuo cuya obra, aunque exprese los deseos y los sueños del que la engendró, desborda su aventura personal al vivir con vida propia, cargándose, al correr de los siglos, con sentidos nuevos. Después de referir la muerte del ingenioso hidalgo, Cide Hamete, en una última advertencia a Avellaneda, da la palabra a su pluma; ésta, entonces, se despide del lector reivindicando su bien: “Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos, somos para en uno...” (II, 74). Prueba indiscutible, como observa José Manuel Martín Morán, de que, “tras los dos autores que hasta entonces han venido narrando las gestas de don Quijote, se esconden otros tantos desdoblamientos de un narrador incógnito que, sin gran esfuerzo por nuestra parte, podemos identificar con el propio Cervantes”²⁹. ¿En qué estriba, entonces la fascinación que ejerce, sobre nosotros, aquel narrador escondido? Probablemente en que el autobiografismo del *Quijote*, aun cuando no llegue a iluminar del todo un perfil perdido, nos permite eso sí, reconocer entre miles la voz de este incógnito: una voz apta para suscitar, de entrada, nuestra complicidad, antes de fundirse en una compleja polifonía que, si bien la disfraza, la difracta y hasta la oblitera, a veces, nunca la anula. Así es como esta voz establece, desde el principio, una manera de pacto que nunca se rompe ni disuelve; un pacto que no se limita a alimentar el encanto de nuestra lectura, sino que, entre otros muchos recursos, ha contribuido a sellar el acto de nacimiento de la novela moderna.

²⁹ J.M. Martín Morán, *El Quijote en ciernes*, p. 167.

LA LOCURA DE DON QUIJOTE Y LA SENSATEZ DE SANCHO PANZA

Ignacio ARELLANO

Don Quijote, grandísimo loco

Al comienzo de la Segunda Parte del Quijote llega a noticia del ingenioso hidalgo la fama que están alcanzando sus aventuras, que corren por ahí en un libro que los niños manosean, los mozos leen, los hombres entienden y los viejos celebran... Interesado por los comentarios de la gente don Quijote pregunta a Sancho:

dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballerescas?

Con la condición de que don Quijote no se enoje, Sancho responde :

Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante...

Grandísimo loco, dice la gente que es don Quijote, y un mentecato Sancho Panza. Y ciertamente que este hidalgo manchego es un caballero andante ridículo y que no hace nada a derechas. El mismo Sancho, que lo conoce bien, lo considera un loco; bachilleres y canónigos, caballeros y Duques, cabreros y cuadrilleros de la Santa Hermandad, venteros y porquerizos conocen la locura de don Quijote en cuanto lo ven, con su extraña y triste figura, y en cuanto le oyen todas aquellas intrincadas razones de una caballería arcaica y fuera del mundo y de la sociedad en la que vive. ¿Qué pueden pensar las mozas del partido que halla en la puerta de la venta cuando a ellas se dirige con caballeriles retóricas que no entienden?

No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran...

¿Quién si no un loco podría confundir a estas prostitutas nómadas y de ínfima categoría con altas doncellas, cosa, dice el narrador, tan fuera de su profesión, que les desata la risa?

La locura caballerescas

El puntual narrador de la historia ha explicado desde el comienzo cómo se produce la locura del caballero, pero deja al lector que saque su propio juicio sobre los límites y las funciones de la misma.

Conocemos, pues, la fuente de la locura: podemos reflexionar sobre sus dimensiones y objetivos profundos.

Es bien sabido que don Quijote se vuelve loco a fuerza de leer disparatados libros de caballerías, repletos de fantásticas aventuras de Amadis, Palmerines y Olivantes, vencedores de gigantes y defensores de princesas, caballeros en prodigiosas monturas y víctimas de encantadores malignos: oigamos a Cide Hamete Benengeli:

él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. ...En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Eterno nombre y fama, pretende don Quijote. Podremos comprender mejor esta ambición si pensamos en la vida (que Cervantes no cuenta) que ha podido llevar en su lugar manchego este hidalgo pobre, de rocín flaco y olla con algo más de vaca que de carnero. Así se lo imagina Unamuno en su libro *Vida de don Quijote y Sancho*:

Era pobre y ocioso; ocioso estaba los más ratos del año. ¡Cuántas veces soñó en sus mañaneras cacerías con que su nombre se desparramara en redondo por aquellas abiertas llanuras y rodeara ciñendo a los hogares todos y resonase en la anchura de la tierra y de los siglos. En aquellos cuarenta años de su oscura vida apacentó su corazón con las hazañas y proezas de aquellos esforzados caballeros que aspiraron a la gloria. El deseo de gloria fue su resorte de acción...

Deseo de gloria, y deseo de arreglar el mundo, de deshacer injusticias y ayudar a los débiles. Mi oficio, asegura don Quijote, "no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que reciben tuertos, y castigar alevosías".

¿Llamaremos locura a esto? Sí, claro que es locura, aunque una locura peculiar.

La percepción de la locura

En efecto, la locura quijotesca estriba en dos errores fundamentales, como ha señalado Martín de Riquer en su edición de la novela:

1) El primero, pensar que todo lo que ha leído en sus novelas de caballerías es verdad histórica y fiel narración de sucesos reales y verídicos. Creencia que supone una incapacidad para distinguir realidad y ficción literaria, como ha subrayado el cervantista Edward Riley, provocada por el exceso de lectura y la falta de discernimiento crítico lector.

2) El segundo error de don Quijote es pensar que en su época, a principios del siglo XVII, era posible resucitar la vida caballeresca de los tiempos antiguos y mantener una serie de ideales que chocarán enseguida con las nuevas formas de vida y los nuevos sistemas de valores. La locura de don Quijote no consiste exactamente en lo que se ha llamado su idealismo, sino precisamente en el propósito de llevar a la práctica tales ideales en un mundo que ya no es el pertinente.

En resumidas cuentas lo que sucede es que don Quijote se revela incapaz de comprender la realidad inmediata en la que se mueve, que observa desde una perspectiva dislocada por su locura caballeresca. Y esto explica su constante fracaso.

Los tuertos que endereza se quedan más tuertos que nunca, y las injusticias que quiere reparar no hacen casi nunca otra cosa que perjudicar más a las víctimas. Entre muchos episodios recuérdese el del pastorcillo Andrés, azotado por su amo Juan Haldudo el rico, vecino de Quintanar, por cuidar mal el rebaño confiado. Ante las amenazas de don Quijote promete pagarle su salario y dejar el castigo, pero apenas desaparece el caballero vuelve Haldudo a atar al árbol al descuidado muchacho, del que se burla cumplidamente mientras multiplica los latigazos:

por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y, asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde dio tantos azotes, que le dejó por muerto. -Llamad, señor Andrés, ahora -decía el labrador- al desfacedor de agravios, veréis cómo no desface aquéste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Las victorias con las que sueña don Quijote no parecen llegar: lo único que abunda son palos y piedras que le rompen los dientes y le bruman las costillas, y la misma cosecha disfrutan Rocinante o el fiel escudero Sancho. Pero no puede negarse, a la vez que su locura, su heroísmo: hace falta valor para salir a enfrentarse con tanto gigante como anda por esos mundos. Y no se diga que lo hace precisamente porque está loco, pues esa locura es parte de su heroísmo. No es poca la voluntad necesaria para transformar el mundo y hacer damas de las prostitutas y mozas de mesón, o para librar a los encadenados: que sean galeotes, asesinos y ladrones, poco importa a este loco de don Quijote, que se atiene al deber de socorrer al oprimido. Y si flaquea en algún momento, Sancho le asegura. Maltrecho de los golpes con que los galeotes han pagado su libertad, don Quijote se queja: “Siempre, Sancho, he oído decir que el hacer bien a villanos es echar agua al mar; pero ya está hecho; paciencia y a escarmentar para desde aquí adelante”. ¿Escarmentar? ¿Es que don Quijote va a regatear su ayuda a los necesitados a menos que estudie muy bien el expediente administrativo y los informes de algún funcionario? Claro que no: “Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco” dice Sancho, en una frase que entusiasma a Unamuno: “¡qué bien calaste, Sancho heroico, Sancho quijotesco, que tu amo no podía escarmentar de hacer el bien y cumplir la justicia verdadera!”.

Este objetivo es una constante seña de identidad del héroe cervantino, que se sobrepone a su locura, constante también hasta el desenlace.

La crítica, sin embargo, ha señalado en este sentido una importante diferencia entre la primera y segunda parte de la novela.

La locura en la primera y segunda parte

En la primera don Quijote confunde la realidad con sus lecturas: las ventas son para él castillos, el silbato

del castrapuerco trompeta de plata que saluda su llegada, los molinos de viento gigantes enemigos y los rebaños de ovejas ejércitos en batalla... En esta parte Sancho representa la visión realista que advierte a su señor la locura de tales fantasías, en un evidente contraste entre la manía del uno y la sensatez del otro:

ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

-¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves -respondió su amo - de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

La misma estructura antitética construye los episodios de la venta-castillo y de los ejércitos de ovejas. El empeño de don Quijote, enfrentándose a la realidad desde su loca fantasía, terminará siempre, como se sabe, en fracaso: los brazos de los fabulosos gigantes, que no son sino las aspas de los molinos, arrojarán al caballero y a su desdichado Rocinante por los aires, dejándolos maltrechos y apaleados, que ni menearse pueden tras la aventura. Palizas y revolcones, costillas doloridas y dientes quebrados serán los resultados de esta errada percepción de las cosas que la locura de don Quijote impone.

En la segunda parte don Quijote no ve castillos sino ventas, ni gigantes, sino molinos. Ve las cosas como son, pero eso no le hace renunciar a sus objetivos caballescicos. Ahora, curiosamente, serán los otros personajes los que se empeñen en hacer que don Quijote vea lo que no es: baste recordar el episodio en que Sancho Panza convence a su amo de que unas rústicas y groseras labradoras son Dulcinea y acompañantes, o las diversas burlas en el palacio de los Duques, en las que son estos quienes preparan las tramoyas y los escenarios precisos para que don Quijote entre en un mundo ficticio que él mismo construía en la primera parte, pero al que ahora parece refractario. Diríase que hay un proceso que va de la primera a la segunda parte en la evolución del caballero y que la realidad enemiga va apoderándose de la ficción fantástica que le ha querido imponer: no se podrá menos que recordar la confesión implícita a la salida de la cueva de Montesinos, cuando pide a Sancho que no investigue más en lo que cuenta, y solicita ser creído en correspondencia con otras veces en que él ha aceptado explicaciones de Sancho de igual inverosimilitud: ahí parece como si don Quijote hubiera empezado el camino de su derrota. En efecto, a las incrédulas palabras de Sancho sobre los sucesos de la cueva de Montesinos:

¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido!

Responderá don Quijote, cuando el escudero se inventa las estupendas mentiras de la excursión en Clavileño:

Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más.

El camino de don Quijote es, según piensa Riley, en buena parte un camino de desengaño que desembocará en la recuperación de la cordura y en la muerte del héroe:

Su progreso gradual hacia la cordura puede incluso describirse como un lento proceso de autoeducación que, siguiendo el curso de las ideas del siglo XVII termina con la austera lección de desengaño...

Dicho de otro modo: la locura de don Quijote no es una locura de dimensión única ni se puede identificar con un desarreglo total de su cerebro. Es algo más complejo que conviene examinar.

Facetas de la locura quijotesca

En buena parte hace del hidalgo un personaje cómico, que fue precisamente la interpretación general en su tiempo. Pero conforme avanza la novela la parodia fundamental va alcanzando otras dimensiones más amplias. No hay que olvidar, en cualquier caso, que todas pueden coexistir (en tal multiplicidad radica una de las grandezas literarias del *Quijote*). Los aspectos grotescos del personaje no ocultan, como se ha dicho, su nobleza esencial: no es la menor de las ironías cervantinas el hecho de asociar la locura con la verdad y la justicia, ni tampoco la de invertir sistemáticamente los resultados perseguidos por don Quijote, cuyas hazañas salvadoras suelen acabar en el mayor perjuicio de los socorridos por su fuerte brazo o en el apaleamiento que soporta él mismo, su escudero y su rocín.

Sea como fuere la locura de don Quijote no es una simple demencia. Como explica con claridad Jean Canavaggio en su espléndido libro *Cervantes, su locura es en realidad la "monomanía de un espíritu demasiado sutil: un ingenioso, víctima de una imaginación perturbada; un obstinado también, que para descifrar el mundo no quiere más código que el que ha encontrado en sus novelas"*. Así pues, "la verdad de don Quijote no es la de un pelele desarticulado que las alas del molino envían contra el polvo". Es, en palabras del estudiante poeta hijo del caballero del verde gabán, "un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos". Don Quijote solo desatina en tocándole su manía caballeresca. A lo largo de la novela lo oímos disertar sobre múltiples temas: las armas y las letras, los modos de buen gobierno, los requisitos de la poesía y el teatro, los valores y dificultades de la traducción, la prudencia que debe regir las relaciones entre gentes y pueblos... Sus consejos son bien sensatos cuando no está enajenado por su manía: en la guerra del pueblo de los alcaldes rebuznadores con sus vecinos recomienda con tales argumentos la paz que Sancho no puede menos de exclamar admirado: " El diablo me lleve si este mi amo no es tólogo; y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro". Y en otro lugar:

Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.

Los consejos que endereza a Sancho cuando el escudero marcha a la ínsula Barataria para ser gobernador tampoco admiten desperdicio. Comenta el narrador a este propósito:

¿Quién oyera el razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en ésta destes segundos documentos que dio a Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto.

Don Quijote es pues un maniático obsesivo, más que un loco disparatado. Dentro de su locura hay una coherencia rigurosa y un objetivo vital preciso al que se ordenan sus acciones. Lejos de desvariar arbitrariamente afirma su personalidad y su visión del mundo con total decisión: "Yo sé quién soy" proclama al regreso de su primera salida. Afirmación de voluntad y de persistencia en su personalidad, que se comprende con mayor evidencia si se compara este don Quijote cervantino con el personaje de Fernández de Avellaneda, el don Quijote apócrifo, el don Quijote malo. La diferencia básica de este Quijote con el de Cervantes es la gratuidad e incoherencia de la figura de Avellaneda frente a la de su modelo. El loco cervantino tiene, como he dicho, una locura coherente, una visión del mundo compleja, en muchos sentidos sensata y amplia, viva y ordenada a sus obsesiones que tienen su justificación. Una vez que ha elegido su identidad caballeresca la mantiene y la cultiva, la adapta y la moldea en una asunción auténtica de su papel. El loco de Avellaneda, en cambio, es simplemente un demente sin visión del mundo, ni conciencia de misión alguna: por tanto no puede evolucionar ni adaptarse en los enfrentamientos con el entorno. La conducta del Quijote apócrifo no se integra conflictivamente en el mundo que le rodea: vive aparte, en una incoherente atmósfera de locura vulgar: así puede creerse en diversas ocasiones Don Fernando el Católico, Aquiles, el Cid, Fernán González... Ni siquiera sabe quién es... El don Quijote cervantino solo muestra una indeterminación parecida en su primera salida. Se recordará que cuando lo recoge su vecino Pedro Alonso, maltrecho después de la paliza que le da el mozo de mulas de los mercaderes toledanos, Don Quijote se cree Valdovinos o el moro Abencerraje, en una fluctuación de personalidades que no se repetirá más en la novela. Es posible que este detalle confirme la sugerencia de Menéndez Pidal y otros críticos de que en su inicial concepción el Quijote podría haber sido una especie de novela ejemplar corta inspirada en el Entremés de los romances, cuyo protagonista es el labrador Bartolo, enloquecido por los romances, que sale de su casa decidido a imitar las hazañas de los héroes del romancero, hasta que un zagal lo apalea y regresa maltrecho a su casa, creyendo que lo auxilia el marqués de Mantua, igual que le pasa a don Quijote en este regreso a casa tras su primera salida. Pero Cervantes pronto supera ese estadio y construirá a su protagonista con una maravillosa densidad.

Todos somos locos

Un refrán que el maestro Gonzalo Correas recoge en su Vocabulario de refranes dice "Todos somos locos, los unos de los otros". Aspecto importante en la locura de don Quijote, y que puede arrojar algo de claridad sobre el pensamiento de Cervantes acerca de esta cuestión es el modo en que los demás personajes reaccionan ante el loco hidalgo. Hay dos reacciones fundamentales: en primer lugar están los que intentan divertirse con el caballero andante, al que toman como bufón y al que hacen objeto de burlas diversas. Baste

el ejemplo de los Duques, de los que comenta el narrador que al final parecen más mentecatos que el caballero, pues se obstinan sin misericordia en hacerle objeto de tantas burlas y necedades. En segundo lugar están los que ponen cara de sensatos y pretenden volver a don Quijote por el buen camino, empezando por sus vecinos el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco. Pero no siempre estos sensatos saben de qué hablan. El caso más llamativo es quizá el del clérigo de los duques que tan desabridamente reprende en público a don Quijote:

alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?

Pero buena respuesta se lleva:

Las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien que, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿No hay más sino a troche moche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y, habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad...

Bien respondido está y no hace falta decir más. La locura de don Quijote parece, en cierto modo, un espejo que denuncia las locuras encubiertas de otros personajes. En ese conflicto de perspectivas la tontería quijotesca puede revelarse como una verdad más profunda, justa y bondadosa, que las sensateces superficiales de los otros que se creen con derecho a burlarse o a reprender al esforzado caballero de los Leones.

La sensatez de Sancho y su locura

Es un lugar común confrontar el idealismo fantástico y loco de don Quijote con la visión realista y práctica de Sancho Panza. A Sancho los molinos le parecen molinos y las ovejas ovejas y las ventas ventas. No se olvida del provecho material y reclama los pollinos y el salario prometidos por su amo. Tiene buen cuidado con sus alforjas, que al menos no le falte su pedazo de queso y de pan y su bota de vino. Parece, pues, un aldeano sensato y con los pies bien en la tierra, no como el loco de su señor. Pero su sensatez no es solo la ramplona del estómago. Bien muestra su admirable discreción en los juicios que resuelve durante su gobernadería de la ínsula Barataria, y sobre todo en su abandono del poder gobernadoresco, conociendo que no está hecho para esos menesteres. Si don Quijote afirmaba "Yo sé quién soy", también Sancho sabe

—muestra definitiva de sabiduría— muy bien quién es él:

Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me rescite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido

Quizá Sancho sea otro héroe, tanto más heroico cuanto menos blasona de caballerías ni hazañas. Más qui jotismo prueba, dice Unamuno otra vez, seguir a un loco un cuerdo que seguir el loco sus propias locuras. Sirve fielmente a don Quijote y con él va en busca de aventuras peligrosas sin echarse atrás a pesar del miedo que a veces le domina. Defiende a su amo ante los enemigos y calumniadores. Sancho no traiciona, aunque dude alguna vez. ¿Qué más heroísmo y locura idealista cabe pedir a este campesino metido a escudero andante de un botarate como su amo, que piensa que puede enderezar el malhadado mundo de los hombres?

Dos locos heroicos

El mayor heroísmo de don Quijote y Sancho no se muestra, sin embargo, en las maravillosas aventuras de los gigantes o molinos de vientos, ni en los ejércitos o rebaños de ovejas, o de los barcos encantados y los Clavileños voladores... Se muestra en su sufrimiento de los políticamente correctos que les quieren volver al buen camino, sacándolos de sus peregrinaciones para reducirlos a la vida de la masa: el ama, la sobrina, Sansón Carrasco, clérigos y barberos... “Válame Dios —le dice su sobrina—, que vuestra merced dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo... Pero, ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados”... Y nada menos que don Quijote ha de soportar que “una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas” se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes, y a aconsejarle sensatez al enamorado de Dulcinea. ¡Claro! Es que don Quijote es ya viejo: debería estar jubilado. Y don Quijote, que será loco, pero héroe sin mancilla, celoso de su libertad, se sulfura: “Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote—, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo”. Y Sancho está de acuerdo. Sancho no quiere a don Quijote retirado, porque hay mucho que hacer, y lo primero cumplir su destino de hombres, esto es, libres, y apaleados y manteados y molidos y asendereados, no quieren encerrarse a ver pasar las iniquidades del mundo, o lo que es peor, a cerrar los ojos para no verlas. Quieren cabalgar a sus aventuras en Rocinante y el rucio compañero. Sansón Carrasco creyó vencer a don Quijote y el mismo caballero creyó morir en su cama, curado de locuras: “Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”. Pero estaban los dos equivocados. Pues es condición propia de los héroes resistir con tesón y ser inmortales. La locura de don Quijote es verdaderamente —como quería Unamuno— un impulso de vida: significativamente, al recobrar la cordura muere, a pesar de las incitaciones de Sancho, que considera el morirse como la peor de las

locuras. “No se muera vuestra merced, señor mío —le dice Sancho—, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía”.

Eternidad de don Quijote

Y don Quijote no se muere. Ni Sancho Panza tampoco: ahí siguen trotando por los caminos, siempre apaleados, sí, pero más vivos que nadie, y sin ninguna intención de meterse en un asilo, a pesar de todos los arrieros y galeotes, duques necios y amas, y clérigos y barberos y entrometidas sobrinas y bachilleres del mundo: lo dijo en versos admirables el maestro Rubén Darío en su *Letanía de nuestro señor don Quijote*:

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...
Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
con la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón...

Que así sea.

SEGUNDA PARTE

ARTÍCULOS

JUAN L. ORTIZ (1896-1978): LA EXPERIENCIA POÉTICA

Alberto Silva

¿En qué sentido me resulta posible hablar de la poesía? Con respeto por valorados colegas, pienso que no podría hacerlo en tanto que profesor de literatura. Carezco de la vocación y la versación necesaria. Y sobre todo no atino a encarar la obra literaria “desde el punto de vista de una obra hecha”, terminada (literalmente perfecta) que, si entiendo bien, podría ser el ángulo en el cual se sitúa quien estudia de forma sistemática una obra literaria. Tampoco consigo colocarme en el sitio del crítico de arte, porque, a juzgar por lo que acostumbro a leer (con interés sincero, me apresuro a agregar) en libros y periódicos, tampoco estoy cómodo situándome en el lugar de quien sabe algo y desde allí dirige unas reflexiones a lectores que eventualmente saben menos sobre el tema. Mi punto de partida desearía ser más sencillo: me pongo en lugar de lector y me arropo con los argumentos que grandes maestros han esgrimido cuando quisieron referirse al trascendente acto de leer.

El lugar del lector (no el “fraternal hipócrita” de Baudelaire, sino más bien el “irresponsable” y el “encantado” que, para sus textos, aspiraban respectivamente Cortázar y Stevenson) es el lugar de quien libremente revive, hace propia y prolonga la experiencia del autor del texto que está leyendo. Jorge Luis Borges insiste en que el lector verdadero es básicamente un gozador y que su placer al leer modifica de alguna forma el escrito original, consiguiendo algunas veces llevar esta misteriosa operación hasta un punto que podríamos considerar exagerado: si el lector escribe, se hace capaz de producir “algo nuevo” en y por el simple ejercicio de leer *El Quijote*, como en el célebre caso de Pierre Ménard. Octavio Paz comenta, por su parte, que la operación de leer produce una transmutación del original, literalmente una “traducción”, dice: en ella, el lector es único editor responsable, ante sí mismo, de los cambios intervenidos. Quizá, por obra de razonamientos como los que estoy recordando, toda operativa de creación literaria nace de una lectura y muchos escritores se consideran a sí mismos nada más que lectores, como lo han recordado, además de Cortázar, César Aira, Witold Gombrowicz y muchos otros.

Tal será mi modesta operación en esta lectura (necesariamente esquinada y personal) de la obra de Ortiz: leer la obra de un gran poeta, desde la experiencia de mi pequeña poesía. Operación simple, pero no por eso menos ambiciosa: de lo que se trata, desde mi punto de vista, es de “acompañar” la experiencia del poeta (“pasear a su lado”, dice otra vez Cortázar refiriéndose a su inimitable y voluminoso estudio de la poesía de John Keats), haciéndola propia y, eventualmente, viéndola “proliferar” deleuzianamente (para nada digo copiar, ni siquiera imitar) en la propia escritura. Ya se ve, y con esto termino el punto cero, que hablar de un poeta es también referirse a la escritura en general y a los vasos comunicantes que se establecen entre diferentes textos que, como enormes o minúsculos ríos (aprovecho para introducir la metáfora orticiana central), van circulando por el mapa literario y enhebrando sus diversos territorios hacia un punto impreciso que no tiene final.

1) Algunas circunstancias frecuentes en la poesía

Volviendo a Borges, podemos recordar otra opinión suya, publicada con la excusa de hablar del hoy olvidado poeta argentino Almafuerde, aunque a todas luces referida a un ámbito mucho más general: “El poeta argentino es un artesano o, si se prefiere, un artífice; su labor corresponde a una decisión, no a la

necesidad”.

Esta afirmación resulta a primera vista acertada en el caso de cualquier arte. En el fondo, ningún arte es “necesario” en el sentido en que lo son, por ejemplo, el transporte público o las vacunas. El arte es más bien una decisión, y a menudo una decisión tomada sin el acuerdo con los demás o en contra de los demás. “Los demás” pueden ser la familia, los amigos o el medio social (entre miles, pienso en el caso de Kohe-chan, compañero de colegio de mi hija pequeña, decidiendo estudiar música y así contrariando la preferencia de sus padres por las tranquilizadoras ciencias empresariales).

Pero la anterior ausencia de necesidad es más verdadera todavía, si la referimos a la poesía, la cual constituye el eslabón más débil de la cadena literaria. Los editores no suelen apostar fuertemente por ella. Los libros de poemas acaban siendo pastelitos de frutas del bosque exhibidos en una tienda cuyos managers prefieren la venta segura de barras de pan hecho a máquina. En la Argentina no existe el manto estatal que en otros países, como México o Cuba, abrigó y/o abriga el trabajo de los poetas. Ni la tupida red municipal que asegura audiencia digna a los poetas que ganan los concursos de los ayuntamientos (Ironías aparte, he de aclarar que, en este punto, un escritor argentino suele mirar con envidia a sus colegas mexicanos, cubanos o españoles y que, llegado el caso, intenta beneficiar de idénticas ayudas, presentando sus papelotes a los con frecuencia azarosos jurados de admisión).

La pobreza franciscana tiene una contrapartida: la posibilidad (a veces asumida) de una libertad de creación. Si la publicación depende de un estado, cabe la posibilidad de que el poeta acabe teniéndolo en cuenta (¿será por eso que en México ha surgido el notable proyecto de unas “Letras Libres”?). Si la publicación depende del jurado de un ayuntamiento, cabe la posibilidad de que el poeta intuya o descubra ciertas reglas que permiten llevarse el galardón (es de pública notoriedad el caso de Manuel Terrón, ganador de más de mil concursos literarios españoles, el cual da un indicio de que algunas “maneras poéticas” probablemente son más “ganadoras” que otras, a juicio de jurados no tan atentos como debieran a la novedad o repetición que encierran unas y otras escrituras).

Volvamos a la promesa de una libertad sobrevenida como escueto salario de la necesidad. Es esa necesidad la que hace del poeta argentino alguien independiente. Puede ser bueno o malo, esto vaya por delante con énfasis: pero probablemente es autónomo en lengua e intenciones, capaz de hacer lo que quiera (o sea: lo que pueda). Y con suerte, de inventar. Así no todas son penas para el poeta huérfano de instituciones. En el concurso sin jurado de la creación solitaria, puede acabar alcanzando dos premios:

- Conseguir una nueva “voz” (utilizando la feliz expresión de Octavio Paz para referirse a la escritura poética), o una nueva “entonación” (como prefiere Borges), o incluso su “tono justo” (al decir del norteamericano Walt Whitman), entendiendo, de acuerdo con Jacques Derrida que en esto sigue a Heidegger, que una persona (escritor o no) es habitante del lenguaje y de ninguna manera su propietario.
- Conseguir buenos lectores. A este respecto señalo que los novelistas suelen ser excelentes lectores de poesía y sé de diversos poetas que han salido adelante gracias al aprecio y la ayuda de sus colegas narradores, habitualmente más conocidos y con mayores influencias en el terreno editorial. Saben estos novelistas o cuentistas, o creen saber, que en la poesía pueden (con suerte) encontrar palabra en estado puro, vivo, por así decir “desapelmazado”.

Sin embargo, antes de los premios, cualquiera que estos sean, y a veces durante un periodo muy prolongado, el único premio del poeta es su soledad. Y es aquí en donde entra de lleno Juan Laurentino Ortiz, “Juanele”, el poeta en quien al escribir estas notas estoy pensando y que ha pasado a ser, lo digo de antemano,

una de las voces más apreciadas de la poesía argentina del siglo XX, lo cual no es poco decir.

Las editoriales no lo publicaron casi nunca antes de su muerte. Muchos buenos lectores posibles no lo leyeron hasta muy tarde. No había por entonces ayuntamientos que pudieran premiarlo. El estado no le concedió becas o ayudas. Los críticos prácticamente lo ignoraron hasta que su valoración fue impostergable para mantener su credibilidad. Los profesores no lo incluyeron en sus programas. Así, el reconocimiento tardó en llegarle. Debo decir con franqueza que los críticos literarios de los mass media muchas veces no tienen la necesaria capacidad de descubrimiento. En el actual ordenamiento de la a veces llamada República de las Letras Globalizadas, los críticos siguen en demasía los lineamientos de los emporios editoriales, lo cual cierra viciosamente un círculo en el que el aire de la novedad y del arte no entra tanto como debiera ni tan rápido como convendría.

Pero ahora no quiero polemizar con la crítica. Únicamente deseo señalar que una situación, la cual de suyo pone a prueba la determinación de un escritor de poesía, en el caso de Ortiz sirvió suplementariamente para demostrar la fuerza de su libre decisión de vivir entregado a la poesía durante más de sesenta años, alejado de círculos profesionales. La suya es una historia con (póstumo) final feliz porque, a pesar de todos los pesares, Ortiz consiguió hacerse conocer. Es más: hoy día se ha establecido cierta unanimidad entre críticos, profesores, escritores y lectores, quienes consideran que este autor de la provincia de Entre Ríos constituye una de las cumbres de la poesía argentina y una voz relevante de la lírica latinoamericana del siglo XX.

2) Juan L. Ortiz: el hombre

Es necesario contar algunas cosas sobre un poeta desconocido como éste, alguien que tuvo como único premio su más que solitaria libertad. Ortiz, hoy conocido como “Juanele”, como si fuera su apellido, vino del campo argentino. Digamos que la campiña, en Argentina, poco se parece al campo español o japonés, lleno de pueblos, caminos y todo tipo de huellas de una presencia humana de larga data. Se trata de la pampa, un campo vasto y solitario, más todavía que en las zonas rurales de otros países de América Latina, como por ejemplo el Chile del sur de Rancagua, o incluso el Uruguay ribereño. En todo caso, el campo de Argentina se parece al del Brasil a la altura de Porto Alegre o al de los llanos venezolanos. No mucha gente puebla esas interminables extensiones, pero en todo caso se trata de gente simple sumida en situaciones simples, como la que describía en este poema, “El aguaribay florecido”, escrito en 1951, a sus cincuenta y cinco años:

Muchachas de ojos de flores y de labios de flores.

En la sombra exhalada -¿de qué su dulce hálito?-

los vestidos ligeros, muy ligeros, con pintas....

“El campo” para Juanele es, concretamente, el de la provincia de Entre Ríos, cosa que, en el contexto territorial de la Argentina, inmediatamente se asocia con una imagen fuerte: el delta. Para ponerse en la situación de la poesía de Ortiz, será preciso imaginar la situación de un delta. ¿Y cómo es el delta del río de Paraná, en esa duda suya casi interminable antes de llegar y echarse a morir (y vivir) en otra inmensidad, la del Río de la Plata? Para los se apasionen por mapas y deltas, no se trata de la nítida geografía del Amazonas echándose en un Atlántico sin testigos, ni tampoco la jungla espesa del Ganges vertiéndose en el Índico, bajo la mirada entre atenta y fastidiada de millones de seres humanos arracimados en los bajíos de Bangladesh. El delta del Paraná, cuantioso él como los dos anteriores, no tiene límites precisos. Y sus escasos habitantes resuelven su difícil contencioso con la naturaleza en forma de poder sobrevivirla: o sea, se adaptan a ella por

la vía de acercársele. Mucho antes, en 1937, Ortiz ya lo expresaba con un detalle que se repetiría durante toda su obra poética, ganando en hondura y talento lo que nunca pretendió ganar en faciltona variedad. El poema no tiene título y dice así:

*Fui al río, y lo sentía
cerca de mí, enfrente de mí.
Las ramas tenían voces
que no llegaban hasta mí.
La corriente decía
cosas que no entendía.
Me angustiaba casi.
Quería comprenderlo,
sentir qué decía el cielo vago y pálido en él
con sus primeras sílabas alargadas,
pero no podía.*

*Regresaba
-¿Era yo el que regresaba?-
en la angustia vaga
de sentirme solo entre las cosas últimas y secretas.
De pronto sentí el río en mí,
corría en mí
con sus orillas trémulas de señas,
con sus hondos reflejos apenas estrellados.
Corría el río en mí con sus ramajes.
Era yo un río al anochecer,
y suspiraban en mí los árboles,
y el sendero y las hierbas se apagaban en mí.
Me atravesaba un río, me atravesaba un río!*

Tan radical acercamiento con el cosmos llega incluso a la identificación, como veremos en diferentes textos citados. Pero ahora quiero agregar algunos detalles sobre la vida de Ortiz. No es totalmente seguro que conocer la biografía de un artista siempre ayude a sentir más hondamente su obra, sí que estimula a comprender mejor el contexto en que dicha obra se cuece, homogéneo en extremo en el caso de un poeta como Juanele Ortiz, quien se puso a escribir sin parar entre 1917 y 1978, año de su muerte, en pleno desarrollo de una obra que, a juicio de diversos comentaristas contemporáneos, no llevaba incluido su punto final.

Nació Juanele en Puerto Ruiz, departamento de Gualaguay, en 1896. Era el menor de diez hermanos, en una casa sin lujos, aunque tampoco urgida por la necesidad. De hecho, tres años más tarde, su padre fue nombrado administrador de una estancia, en plena selva de Montiel. Poco que hacer, por lo que se ve, salvo ir a la escuela y zambullirse en la biblioteca, lugar que sería para él, desde pequeño, un ámbito propiciatorio para sus fantasías de evasión inmóvil. En una vida así se encuentra tiempo para todo: “el mundo interior” no necesita transformarse en refugio contra un exterior agresivo. Juan L. era un niño normal y corriente: jugaba

con los demás, exploraba el mundo circundante y reflexionaba en silencio, a escala de su edad, acerca de las maravillas que uno descubre en el mundo (cuando mira). Este comentario, sobre el crecimiento de Juanele como un niño igual a los demás, se entenderá si se recuerda la cantidad de extraordinarios literatos argentinos que tuvieron una niñez parecida a la de este niño peculiar: se me vienen ahora a la memoria, Juan José Saer (ya frecuente candidato al Premio Nobel), César Aira, Arturo Carrera, Manuel Puig, como parte de una lista que no alargo para no cansar (los chilenos recordarán inmediatamente el caso del Nefatalí Reyes, de Parral, y de numerosos poetas).

Juanele va a la escuela secundaria, que no termina. Milita en la izquierda como muchos a su alrededor, dando forma a una sensibilidad que ya nunca lo abandonaría, al considerar que el centro de su apasionada observación de la naturaleza seguía siendo el drama humano, navegando en sus caudalosos ríos poéticos. Lo mismo sucede, sea dicho de paso, con la poesía del haiku japonés: la tan mentada naturaleza no lleva a los haikin u hombres del haiku, salvo excepciones, al naturalismo: se trata para ellos, a mi entender, de una naturaleza a escala humana, vista y experimentada por quien nos la cuenta en tercetos elocuentes.

Ortiz pasa un año en Buenos Aires, ya “enganchado” a la literatura. Más tarde pasará breves meses como polizón en un barco y vagando por la ciudad de Marsella, Francia, adonde la nave se dirigía y desde donde volvió a Buenos Aires. Mucho más adelante pasará dos meses en China, invitado a uno de aquellos típicos congresos de escritores que la izquierda gustaba de convocar cuando tenía los medios y las ganas de hacerlo. Un total de tres salidas de su tierra en más de sesenta años. El resto del tiempo de una larga vida, Juanele lo pasó en Entre Ríos, mayormente en Gualeguay. No parece haber sentido ninguna claustrofobia, centrado en tan restringida geografía: un verdadero poeta es alguien capaz de asomarse al mundo incluso mirando por el ojo incómodo y estrecho de una cerradura.

Cuando le llega el turno, Ortiz consigue un puesto de funcionario público en el Registro Civil, primer y único trabajo que practicará como ganapán hasta jubilarse: anotar nacimientos y defunciones, mientras se abisma en el continuo nacer, morir y renacer de un universo más ancho y menos ajeno que su oficina. Se casa en 1924 con su primera y última novia, Gerarda Irazusta, quien le dará un varón, Evar, único hijo. Salvo las ocho horas de rutinaria labor administrativa, estimó que tenía todo el tiempo por delante para estar en casa y escribir. Deseando, como él deseaba, centrarse únicamente en la poesía, se estaba orientando a tener una existencia feliz. Con el apoyo y los cuidados de Gerarda, efectivamente Juan L. consiguió la plenitud en la vida simple e inmediata de un empleado provinciano raso. Me recuerda haberle escuchado decir a Julio Cortázar (por cierto: ¿sabría él algo de Ortiz, cuando en mis tiempos de estudiante tuve el honor de cruzármelo en París?) que sus años más plenos habían sido los primeros en la capital de Francia, trabajando como cadete multifacético en una librería del Barrio Latino: hacer paquetes, ir por recados al correo, abrir y cerrar la tienda, mientras la imaginación se le disparaba, elaborando historias que han hecho nuestras delicias, todas ellas teñidas del gozo de alguien viviendo a pleno pulmón, como en general pone a sus lectores, este gigante bueno. Idéntica imagen desprende la poesía de Ortiz y tal vez allí esté su primera característica: es capaz de “encantar” al lector, volviendo a la expresión de Stevenson.

Volvamos a la vida de Juanele. Como nadie publicaba sus escritos, decidió convertirse en su propio editor, cosa no difícil con los ahorritos de un pasar morigerado. Y así se le fueron escurriendo los años, publicando por cuenta propia, en ediciones de mal diseño y no escasas erratas (las imprentas cercanas no tenían correctores memorables), cada vez más deseoso de escuchar el secreto a voces de la naturaleza, que iba resonando en sus oídos de forma cada vez más rica y variada.

A veces, sucede que alguien lee libros de poesía que duermen apilados en las estanterías de bibliotecas o librerías. Y así, poco a poco, la poesía de Ortiz fue haciendo su camino al andar en la cabeza de unos pocos

lectores, por entonces en su mayoría “gente del oficio”. Desde los años sesenta (o sea: habiendo superado Ortiz con mucho sus sesenta años), más o menos coincidiendo con su única mudanza, desde Gualeguay a la ciudad de Paraná, frente al parque Urquiza, comienza a recibir visitas. Al principio, poetas y escritores de provincias argentinas (el mencionado Saer, el santafesino Hugo Gola, el chaqueño Alfredo Veyravé, Carlos Mastronardi). Con el tiempo vendría más y más gente de Buenos Aires y “del exterior”, como en Argentina se denomina al extranjero.

Un poeta inmóvil, completamente ajeno a los círculos artísticos, impertérrito ante el embrujo de la prensa, delgado y afilado como un asceta chino, fumando por una larga boquilla que parecía opiácea: a medida que pasaba el tiempo, el impulso vital se le desbordaba tanto que necesitaba más y más tiempo, recurriendo a estimulantes leves –en esa época lo usual eran las anfetaminas- para poder prolongar las jornadas, de mañana antes del alba y hasta irse a la oficina, de noche hasta que se agotara la inspiración del momento. Esa estampa empezó a fascinar a sus cada vez menos ocasionales visitantes: deslumbrados por su obra, querían ir más lejos y conocer al autor. Iban a verlo y se encontraban con un verdadero “personaje”, en el sentido retórico del término.

Nadie crea que estoy contando una “success story” con final hollywoodense. Ortiz se hizo notorio y eso sin duda le hizo bien. Sin embargo, nunca buscó representar un papel de santón. A esas alturas de su vida, ya estaba absorbido por otra interpretación, bastante más profunda y duradera: la del hombre que, como en ese río que jamás dejó de cantar, se zambulle en el discuir de todo lo que vive. Así lo encontró la muerte, sencillamente viviendo, lo que para él quería decir: escribiendo, afincado en el seno de su familia, recibiendo visitas u ocultándose de las que no le interesaban. Realmente una vida de poeta. Parafraseando a Cesare Pavese, en el caso de Ortiz “el oficio de vivir” acabó coincidiendo con “el oficio de poeta”.

3) La poesía de Ortiz

Lo primero que se aprecia leyendo los libros de Ortiz es cierto tono de elegía, en el contexto de una temática que gira incesante en torno al paisaje. La primera reacción de mucha gente podría ser y de hecho suele ser: ¡otro poeta de provincias!, ¡otro imitador de Garcilaso! Si lo que escribo lo leen latinoamericanos no sólo de Argentina, también de Uruguay, Chile, Bolivia o Perú, es posible que les haya ocurrido algo parecido al pensar en alguno de sus escritores nacionales del pasado.

Puede que al cabo de unas páginas cambiemos la actitud y empecemos a leer atentamente a Ortiz. Entonces veremos presas valiosas que se mueven por debajo como raros peces en el agua: en la poesía de Ortiz, la naturaleza se anuda al hombre y el hombre se anuda a la naturaleza, como vimos en el poema incluido más arriba. Hay abundantes ejemplos que podrían citarse. Sin embargo, sólo incluiré el siguiente, con el único fin de que el lector pueda apreciar el fraseo, característico, de la poesía de Ortiz:

*El río tiene esta mañana, amigos,
una fisonomía cambiante, móvil,
en su amor con el cielo melodioso de otoño.*

*Como una fisonomía dichosa cambia,
como una fisonomía sensible, sensitiva.*

Orillas. Isla de enfrente.

*Cómo danzaría la alegría allí,
cómo danzaría,
ebria de ritmo ante las formas de las nubes,
de las ramas, de la gracia de los follajes
penetrados de cielo pálido y dichoso!*

¡Cómo danzaría la alegría allí!

Orillas.

*Una mujer que va hacia una canoa.
Hombres del lado opuesto que cargan la suya.
Los gestos de los hombres y el paso de la mujer
y el canto de los pájaros se acuerdan
con el agua y el cielo en un secreto ritmo.*

*Un momento de olvido musical, un momento.
Un momento de olvido para nosotros, claro.*

La naturaleza nunca olvida, claro. Ya vamos viendo que, si tono naturalista hay, se absorbe, se subsume en la mirada que le echa un hombre. Y al decir el hombre, estamos hablando del “drama humano”. La naturaleza de por sí es belleza, nos dice a cada paso Ortiz. Y el hombre forma parte de ella. Pero en el mundo también está el dolor, no sólo metafísico, antes que nada histórico, y sentido físicamente, que perturba la contemplación y el gozo de lo que de todos modos nunca deja de ser belleza. Este drama, al que el poeta nunca conseguirá acostumbrarse, tiene un nombre: explotación, injusticia. El poeta recibe esas ondas constantes de desarmonía. En *El alba sube...*, de 1936, escribe Ortiz: “No es posible”, poema cuyo núcleo se desvela en los últimos seis versos:

*No, la muerte mágica de la música,
ni la turbadora sutileza,
mientras bajo la lluvia
hombres sin techo y sin pan
parados en los campos,
vacilan al entrar a la noche mojada!*

La respuesta de Ortiz a sufrimientos ante los cuales nadie sensible tendría que cerrar los ojos, fue una cada vez mayor complejidad narrativa. Porque, en efecto, la poética de Ortiz se presenta como “una lírica narrativa”, según acertadamente indicó Juan José Saer, prologuista de las obras completas de Ortiz. La poesía “es como un río”, dice el propio Juanele. Siempre fluye. Es algo que nunca se acaba de decir, igual a un río que nunca termina de pasar ante nuestros ojos. Esta mutua implicancia se tradujo en el intenso afán ortiziano por confeccionar una auténtica poesía-río, de la cual el poema “El Gualguay” constituye un ejemplo extraordinario. Dicho poema se extiende por espacio de casi cien páginas, ¡cien páginas!, sin que su lectura nos incite a sospechar que estamos delante de una hipérbole monstruosa o de una aburrida monserga. El

Danubio o el Níger no dejan de ser ríos maravillosos, cautivantes. Sucede únicamente que son muy largos: nuestra visión sólo puede abarcarlos convenientemente en medio de una navegación, jamás desde la orilla. Una poesía-río se transforma en algo nuestro en el momento en que decidimos “navegarla”, cuando la hacemos experiencia propia mediante una lectura atenta y consonante. Así empieza:

*Qué dulce calor, allá
de la hondonada que dejara, cuándo? el mar,
subió en una nube de paloma?
O venía él
con el hálito, gris y blanco, del mar?
Y qué viento, qué viento, vino al encuentro de la nube
para una hija que cayera, pálida,
o con todo el día en sus cintillos?:
Cómo fue aquella lluvia
de arpa ciega o de penumbra
o de juncos de vidrios que huían
o plantaba una hada brusca?
Y de qué mes, de cuál, sus cabellos o sus varas?*

Igual a un río, la poesía de Ortiz siempre es la misma y al mismo tiempo siempre está en movimiento, en dinámico proceso de cambio, como un espacio en continuada mutación. Igual que ocurre con Pablo Neruda, Saint-John Perse o Walt Whitman, la inagotable multiplicidad del mundo parece condensarse en el paisaje. Igual que en el caso de los haikus (y si los motes sirven para algo), hasta cierto punto podríamos hablar en el caso de Ortiz de un “materialismo lírico”. Su carácter “transitorio” (poesía del tránsito o del pasaje es básicamente ésta, semejante también por este rasgo a la poética del haiku, al menos hasta Shiki), sin por ello perder la huella o la estructura, ese carácter es el que otorga a la poesía de Ortiz una gran autonomía y una gran fortaleza.

- Autonomía en un doble sentido: como hecho artístico (¿de qué o de quién dependería un proyecto poético que se alimenta de su propio transcurso?: Ortiz no imita a nadie; se limita a seguir el hilo de su propia narración) y como estilo de vida (¿qué podría necesitar, además de tiempo, alguien que únicamente pretende observar el transcurso de las horas, formando parte, eso sí, de la mutación que es objeto de su atenta mirada: Ortiz no busca nada, ni siquiera acuñar un estilo propio; se limita a repetir los gestos que hacen única e irreplicable cualquier biografía humana).
- Fortaleza, igualmente, en un doble sentido: estética (la poética de Ortiz se desarrolla movida por las persuasivas razones de todo río: bajar, seguir, engrosarse, darse a algo que siempre se sitúa más allá) y moral (la poética de Ortiz no se afana en llegar a algún fin preestablecido; tiene algo similar a la actitud clásica del “carpe diem”, convencido de que si uno calibra el diapasón correctamente, llega a tiempo a cada momento, o sea que siempre está llegando hasta el final).

El tema de toda la poesía de Ortiz, metafórica por el río, viene a ser el propio “devenir”, como canta en múltiples ocasiones:

*Y el río devenía, así,
un niño,
un niño perdido, perdido, en un destino de llovizna,
con angustias de cinc,
entre unos aparecidos de herrumbre, humillados, humillados,
por los caminos de las ráfagas...
hasta el anochecer todo de hilas y clavado todavía
sobre su ceguedad lívida,
lívida,
por el llanto de los perros cimarrones que lo excedía, aún,
hacia no se sabía, no , qué espectros...
Y era él mismo, el que, bajo el más allá de los miedos,
se volvía en la penumbra
qué había ahogado, extrañísima, toda la selva y todo el cielo?*

Una estética y una práctica poética, las de Ortiz, orientadas a buscar un progresivo “desprendimiento”. Esto del desprendimiento merecería más palabras que las que le dedicaré. No tengo ahora posibilidad de analizar este punto más a fondo: simplemente quiero acabar insinuando el tema y dejando el detalle para una ocasión futura. Quiero simplemente plantear la consonancia del proyecto de escritura del argentino con otros que tenemos muy a mano en Japón y que, como ya aludí, veo representados por la poesía del haiku. El haiku de Bashô y Buson, de Issa, Ryôkan y Shiki, junto con el de sus mejores discípulos.

- En varios sentidos, en la obra de Ortiz la invitación es a “ponerse en marcha”. Pero no en el sentido de alguna “movilización” o “progreso” (ambos tomados en el sentido de dinámica de construcción de la propia destrucción, tan típica de la (pos)modernidad capitalista que nos toca vivir y que Peter Sloterdijk ha transformado en núcleo de un análisis filosófico que ahora sólo puedo mencionar, como si fuera simple nota al pasar), sino en el sentido de una “quietud perceptiva” (tan marcada en la biografía del poeta entrerriano, recordada en el párrafo 2 de estas notas), como se diría tal vez desde una perspectiva oriental. “Buda”, según ciertas interpretaciones, significa finalmente “el que está atento”, alguien al que nadie moviliza si su giroscopio interno no lo decidiera así, alguien en cambio al que nadie consigue desviar de las orientaciones por él tomadas.
- Es más, se trata, en la poesía de Ortiz, ya no de aceptar la marginalidad en que vive sumida la mayor parte de la humanidad, sino de situarse por propia voluntad, positivamente, “al margen” de ciertas humanas contiendas. De ninguna manera “fuera” del drama humano, el cual nos habita y nos puebla, al que no podemos ni debemos escapar, y del que sólo podemos testimoniar mediante una compasión activa con los desastres naturales y sociales. Se trata de situarse “entre” dos mundos posibles: entre líneas, entre ríos, entre discursos falsamente enfrentados, entre el centro de un poder mitificado y la vastedad de una periferia abandonada. Pero se trata, en ese “entre-estar” de establecer una nueva centralidad, la de aquellos que eligen su destino y hacen de su vida el motor de comprensión y de unión con las demás vidas: sin aceptar un verbo ajeno ni por eso quedarse callados.
- Se le hace entonces necesario desprenderse de los gravosos convencionalismos habituales, cuestionando el orden tácito que todos hemos heredado. Eso implica un cuestionamiento del orden social, aunque también del propio mundo personal en cuanto “parálisis” (como diría el James Joyce de “Dublineses”). Y,

dado que la poesía es incapaz, por sus propias fuerzas, de modificar el mundo, la transformación aludida tiene que empezar de inmediato y en la propia persona del poeta. Pero, ¿cómo logra transformar el poeta su existencia? Por el método (simple, radical y difícil, hay que reconocerlo) de transformarse en su escritura, mutándose en el (mudándose al) personaje mismo que narra (en el caso de Ortiz, el verbo “narrar” adquirió un sentido parecido al empleado para los “characters” de la novela o del teatro, como en Conrad o en Shakespeare), que narra el despliegue y el desvelamiento del completo universo a su alcance.

- La propia lógica de sus opciones lo obliga, finalmente, a entregarse al juego azaroso de la vida. A fuerza de vivir la circunstancia limitada y metódica de un solo lugar, de un solo trabajo, de un elenco limitadísimo de relaciones, el poeta Ortiz se volvió capaz de comprender que el flujo de la vida resulta de una variedad sorprendente, cuando somos capaces de abandonar nuestra mente al movimiento de la propia realidad, poniendo cualquier ritmo personal al diapasón del mundo exterior. Lo cual significa cuestionar la tiranía de una mente demasiado razonante, de una razón demasiado pensante. En un largo poema llamado, para variar, “Entre Ríos”, escuchamos lo siguiente:

*Cómo podría decirte, oh tú, el que no puede decirse
alma, ahora, del sauce:
el sauce que Michaux hubo de comprender, al parecer,
recién en Pekín?*

*Si el sauce eternamente se va,
hojeando sus pececillos, siempre, en una cita de ríos
que no pueden verse...
se va para la red que no sigue
la fuga de las escamas...
qué mallas, entonces, para lo que sólo se adivinaría
de este viaje?*

*Podríamos asir
el recuerdo de su humildad sobre la punta de los aires
y de ese sosiego
de las titilaciones mismas
que no dejaba de afinarnos, parecidamente, también,
tal a un arpa que debía reprimir
todos los días,
luego
una necesidad de lágrimas?...*

*Pero es mi “país” únicamente, el sauce
que sobrenadaría, hoy, sobre las direcciones de un limbo?
No es, asimismo,
el “laúd” de líneas de ave
y de líneas que apenas se miran...*

Bibliografía mínima:

Alfredo Veiravé: *Juan L. ORTIZ. La experiencia poética*, Carlos Lohlé, Buenos aires, 1984.

Arturo Carrera: *Nacen los otros*, Beatriz Viterbo, Rosario, 1993 (cap. 2).

JuanL.Ortiz: *Obra completa*, Centro de Publicaciones, Universidad del Litoral, Santa Fe, Argentina, 1996.

Tamara Kamenszain: "Juan L. Otiz: la lírica entre comillas", en *El texto silencioso. Tradición y vanguardia en la poesía sudamericana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.

CUATRO CONSTANTES TEMÁTICAS DE VARGAS LLOSA EN *EL PARAÍSO EN LA OTRA ESQUINA*

Jordi Juste Garrigós

Introducción

El propósito de este estudio es mostrar la coherencia temática de *El Paraíso en la otra esquina* (Vargas Llosa 2003) con el resto de la obra del autor, reflejada en la presencia en ella de cuatro de sus más importantes constantes. A tal objeto, me serviré de un análisis directo tanto de ésta como de sus otras obras del género así como de una revisión de algunos de los estudios más importantes que se han publicado hasta la fecha sobre las creaciones del escritor peruano.

Antes de comenzar el análisis pomenorizado, me gustaría referirme a dos ideas básicas en la creación de Vargas Llosa, las de “novela total” y “demonios”, que ayudan a comprender dos características de la misma: la profusión de temas y su recurrencia.

La novela total de Vargas Llosa

Por “novela total” hay que entender el resultado del afán de escribir una obra que sea un reflejo lo más amplio y diverso posible de la realidad. En palabras del propio Vargas Llosa, de perseguir una literatura “que ambiciona abrazar una realidad en todas sus fases, en todas sus manifestaciones. No puede hacerse nunca en todas. Pero mientras más fases consiga dar, la visión de la realidad será más amplia y la novela será más completa. (Osorio Tejeda)

Esta búsqueda de la “novela total” es la que lo lleva a pintar, por una parte, enormes murales humanos como *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la Catedral*, *La guerra del fin del mundo*, *La Fiesta del Chivo* y ahora *El Paraíso en la otra esquina* y, por otra parte, el resto de sus obras narrativas, de formato y ambiciones más reducidos pero que también forman parte del proyecto global de Mario Vargas Llosa, en el que se podrían incluir sus ensayos y obras de teatro, pero que en este estudio circunscribiré a su narrativa.

La ciudad y lo perros aprehendía la sociedad limeña en su diversidad social y racial, La casa verde mostraba la diversidad geográfica y cultural del Perú, Conversación en la Catedral transmitía el aire de toda la época de Odría, La guerra del fin del mundo nos enseñaba los tumultuosos y contradictorios primeros pasos del Brasil independiente, la Fiesta del Chivo reflejaba un país bajo los efectos de una larguísima dictadura y El Paraíso en la otra esquina nos ofrece ahora un panorama social e intelectual del siglo XIX en el Perú, en la Polinesia y, sobre todo, en Europa. Pero cada una de ellas, y cada una de las otras obras menores, incluye una enorme cantidad de temas y perspectivas y es una pieza de ese mosaico mayor, la “novela total”, que es la obra de Vargas Llosa en su conjunto. Una novela, por supuesto, inconclusa e inconcluyente.

Vargas Llosa y sus demonios

A pesar de que hay autores, como Williams, que consideran que hoy en día (para conformarse con la terminología prevalente en la crítica literaria) sería más apropiado hablar de “intertextualidad” en la obra de Vargas Llosa, creo que sigue siendo válida la idea de “demonios” para explicar la presencia de ciertas constantes temáticas en la narrativa del autor. Él mismo, en su estudio sobre García Márquez, daba una

definición de qué son los demonios de un autor: “hechos, personas, sueños, mitos, cuya presencia o cuya ausencia, cuya vida o cuya muerte lo enemistaron con la realidad, se grabaron con fuego en su memoria y atormentaron su espíritu, se convirtieron en los materiales de su empresa de reedificación de la realidad, y a los que tratará simultáneamente de recuperar y exorcizar, con las palabras y la fantasía, en el ejercicio de esa vocación que nació y se nutre de ellos, disfrazados o idénticos, omnipresentes o secretos, aparecen y reaparecen una y otra vez, convertidos en “temas”(Vargas Llosa 1971).

Como se ve, la definición de demonios o temas incluye un mundo vastísimo que por fuerza tiene que ser dinámico. Con el tiempo, los demonios crecen, se multiplican y, ocasionalmente, menguan, pero casi nunca llegan a desaparecer totalmente, aunque a veces se escondan. Por eso, estudios que ya tienen décadas de antigüedad nos sirven todavía para analizar las obra de Vargas Llosa, incluidas sus últimas producciones.

José Miguel Oviedo, al abordar las raíces de su novelística se refiere a la pasión del autor por “el carácter inapelable y contundente de los actos humanos y su interacción con la naturaleza; la mostración objetiva de los procesos sociales y de los oscuros movimientos que los impulsan o deforman. Pertinazmente, sus novelas registran los agónicos avatares que los personajes sufren en determinados contextos”(Oviedo). Julio Ortega también nos daba algunas de las claves para comprender la obra de Vargas Llosa en su totalidad: “serán temas o tópicos de Mario Vargas Llosa la moral conflictiva, las relaciones sin solución de padres e hijos, la violencia como máscara, señalados además por la ambigüedad, por el conflicto de valores y justicia, por la opacidad de una realidad en obvio proceso de cambio.” (Ortega). También Armas Marcelo se refiere a algunos de los temas constantes en la obra de Vargas Llosa: “la sociedad tribal y primitiva, la imposible independencia de la mujer, el uso y el abuso de los hombres con respecto a las mujeres, casi siempre prostituidas por el medio social en el que habitan, las prohibiciones tradicionales, los miedos psicológicos, las violencias contenidas, la sordidez.” (Armas).

Podrían añadirse otras citas, en todas las cuales aparecen mencionados algunos de los temas más recurrentes de la obra de Vargas Llosa, pero no todos. Esto se debe a que la temática vargasllosiana no es una masa monolítica que se reproduzca como un clon en cada uno de sus trabajos. De igual modo, la realidad que intenta reflejar es caótica y su aprehensión nunca se hace a partir de discursos parciales unitemáticos, por lo que es discutible dónde comienza un tema y termina otro. Así, por ejemplo, podemos analizar el tema de la prostitución como un apartado del sexo, de la mujer, de la sociedad, del fracaso, del machismo, de la adolescencia, de la discriminación, del destino...O podemos analizarlo independientemente, dada su pertinaz presencia.

El destino, la relación del hombre con su entorno físico, los procesos sociales, el fracaso, la transgresión, la moral conflictiva, las relaciones familiares, la violencia, la ambigüedad moral, la imposibilidad de conocer, la sociedad tribal y primitiva, la imposible independencia de la mujer, las prohibiciones tradicionales, los miedos psicológicos y la sordidez son los temas esenciales que nos destacan Oviedo, Ortega y Armas, pero podríamos añadir algunos tangentes, inclusivos, incluidos o independientes de los mismos, como el clasismo, la educación, la sumisión, la explotación, el cambio, el fanatismo, la religión, el sexo, la autoridad, la prensa, la literatura, el arte, la enfermedad...

Para simplificar, en lugar de analizar uno por uno todos los temas recurrentes, me centraré en cuatro que me parecen importantes para comprender *El Paraíso en la otra esquina* como una novela temáticamente coherente con la obra anterior del autor. Por economía expositiva, renuncio a hacer un catálogo exhaustivo que consigne todos los temas o todas y cada una de las anteriores apariciones de un tema determinado. En su lugar, intentaré que los ejemplos sean significativos.

El Paraíso en la otra esquina

El Paraíso en la otra esquina narra en paralelo la vida de la activista socialista francesa Flora Tristán y de su nieto, el pintor postimpresionista Paul Gauguin. A pesar de su cercano parentesco, sus vidas nunca se cruzaron, ya que Flora murió antes del nacimiento de Paul. Así pues, más allá de la escasa presencia de la abuela como referente de Gauguin, el verdadero nexo que hace de dos historias independientes una sola novela es el tema principal, reflejado en el título, de la imposibilidad de alcanzar el Paraíso.

Ambos, Flora y Paul, lo buscan con especial ahínco a partir de un período decisivo en sus vidas: la decisión de ella de dedicarse a la lucha política y de él de consagrar su vida al arte. Los dos fracasarán, ya que ni ella conseguirá hacer avanzar significativamente su utopía socialista ni él encontrará esa tierra habitada por seres humanos libérrimos y sin prejuicios donde poder crear obras maestras. La novela nos muestra la decadencia de ambos personajes hasta llegar a la muerte, el fracaso definitivo.

En los caminos vemos dos vidas llenas de contradicciones, de fracasos parciales, tanto en su vida pública como en la privada, pero sobre todo vemos dos vidas que, a partir de cierto momento, tienen un norte que les da sentido: la búsqueda de ese Paraíso que siempre queda una esquina más allá.

El fracaso en Vargas Llosa

El fracaso es uno de los temas omnipresentes en la obra de Vargas Llosa. Así, Flora Tristán y Paul Gauguin entran en una galería de fracasados vargasllosianos que inauguraron ya varios personajes de los cuentos de *Los jefes*¹; luego engrosó con los cadetes del Leoncio Prado; siguió aumentando con Pichula Cuéllar y sus “amigos” de *Los cachorros*; añadió nombres como Fushía y Anselmo en *La casa verde*; generó a uno de sus fracasados más entrañables, Santiago Zavala, en esa colección de frustraciones particulares y colectivas que es *Conversación en La Catedral*; se multiplicó en *La guerra del fin del mundo*, con el iluso revolucionario Galileo Gall y una pléyade de militares humillados, entre otros; recibió una aportación humorística en el “escribidor” Pedro Camacho de *La tía Julia* y con Pantaleón Pantoja; se alargó con el revolucionario Alejandro Mayta, el coronel Mindreau de *¿Quién mató a Palomino Molero?*, con el propio Trujillo de *La Fiesta del Chivo*, y con otros personajes menores que o bien nunca alcanzan sus altos objetivos o sólo lo hacen de forma efímera y en una versión devaluada.

Dorfman ha hecho un buen análisis de la doble condición de fracasado y de buscador del personaje vargasllosiano. Por una parte, el hombre “trata de arriesgarse en algo o en alguien que le pueda garantizar su propia persistencia, la arena movediza soñando con ser roca.” (Dorfman, p.140) Pero esa búsqueda se produce en circunstancias adversas, por lo que “se transforma, finalmente, en un penitente, un derrotado, dedicado a escuchar las voces fantasmales que le lega el pasado, donde ve configurado irónicamente, como un discurso que se repite en una radio que ya nadie escucha, su destino de ser que soñó y que ahora sabe los basurales en que desembocan los sueños. Mejor no soñar, susurra Vargas Llosa, aunque sabe que por lo menos en el fracaso de las ilusiones hay una profunda recuperación humana, el engaño permitirá el viaje hacia la muerte, hacia el autoconocimiento en la muerte” (Dorfman, p.140).

El fracaso en *El Paraíso en la otra esquina*

¹ Por ejemplo, los dos contendientes de “*Día domingo*” o el hermano menor del cuento homónimo.

Lo que dice Dorfman es exactamente lo que les sucede a Flora y Paul en *El Paraíso en la otra esquina*: Ninguno de los dos ha podido ver realizado su sueño, pero su persecución les ha dado a ambos un sentido a sus vidas, que de otro modo no hubieran sido más que un deambular en la mediocridad, en ese estado de renuncia permanente a los proyectos cuya personificación más acabada, en la obra de Vargas Llosa, es Santiago Zavala en *Conversación en La Catedral*.

Además, los fracasos de Flora y de Paul son bastante relativos. La voz que el narrador interpone entre el lector y los protagonistas le recuerda a Flora, poco antes de su muerte en Burdeos, que su lucha no ha sido en vano: “Pensándolo bien, Florita, la gira no había sido tan inútil. Esa movilización de comisarios y prefectos en las últimas semanas para impedirte los encuentros con los obreros ¿no indicaba que tu prédica iba germinando? Tal vez ganabas más prosélitos de lo que sospechabas. Las reverberaciones que habías dejado a tu paso irían extendiéndose hasta desembocar tarde o temprano en un gran movimiento. Francés, europeo, universal.”(p.446)

Por su parte, Paul, muere decrepito y casi ciego en las Marquesas, sabiendo que ya no va a encontrar el Paraíso: “Todavía no encontrabas ese escurridizo lugar, Koke. ¿Existía? ¿Era un fuego fatuo, un espejismo? No lo encontrarías tampoco en la otra vida, pues, como acababa de profetizar esa hermana de Cluny, lo seguro era que allá, a ti te hubieran reservado un lugar en el infierno.” (p.467)

La obra termina recordándonos el fracaso en vida y el éxito póstumo de Gauguin: “No vio ni oyó ni supo que su único epitafio fue una carta del obispo de Hiva Oa a sus superiores, que, con el correr de los años, Koke ya famoso, alabado y estudiado y sus cuadros disputados por coleccionistas y museos en el mundo entero, todos sus biógrafos citarían como símbolo de lo injusta que es a veces la suerte con los artistas que sueñan con encontrar el Paraíso en este terrenal valle de lágrimas: “Lo único digno de anotarse últimamente en esta isla ha sido la muerte súbita de un individuo llamado Paul Gauguin, un artista reputado pero enemigo de Dios y de todo lo que es decente en esta tierra.”

En conclusión, Paul y Flora, pertenecen a un género de fracasados que no han sido vencidos totalmente porque no se han rendido. Forman parte de ese elenco de personajes que, como dice Oviedo (p.113), a pesar de sus amarguras, nos transmiten entusiasmo, confianza y admiración por sus vidas, protagonizadas por la exictación, el afán de realización de sus sueños.

El destino en Vargas Llosa

El hombre enfrentado a fuerzas que le son superiores y que determinan su existencia, ya sea su actitud resignada ya de lucha, es uno de los temas que están presentes en *El Paraíso en la otra esquina* y en toda la obra de Vargas Llosa. Ello llevó a Luis Harss a calificarlo de “empedidamente determinista y antivisionario” (Harss 1966, pp.421 y 441). Por su parte, Oviedo matiza que “Vargas Llosa no les niega a sus personajes la libertad” (Oviedo, p.112) y enraza su determinismo en el concepto de “libertad situada” formulado por Jean Paul Sartre (Oviedo, pp. 114 y 115). Han abundado en el tema del determinismo vargasllosiano Boldori(p.24), Dorfman (p.146) o Estabilier (p.31), aportando a veces una visión de sus personajes como seres resignados, algo que contradicen Flora y Paul, cuyo perfil se ajusta más a la caracterización hecha por Oviedo.

Algunos ejemplos del peso del destino sobre los personajes vargasllosianos son: en *Los jefes* la rebelión estudiantil; en *La ciudad y los perros* que los dados decidan que Cava robe los exámenes o que Alberto se enamore de Teresa a quien va a llevarle una carta del Esclavo; en *La casa verde*, la ruleta rusa que mata a Seminario; en *Los cachorros* la emasculación de Cuéllar; en *Conversación en La Catedral* el accidente que

lleva a Zavalita a conocer a su esposa o en *La guerra del fin del mundo*, la traición de Rufino, que hace que Gall se quede sólo con Jurema y la viole.

El destino en *El paraíso en la otra esquina*

En *El Paraíso en la otra esquina*, el narrador y ambos protagonistas nos confirman en numerosas ocasiones, mediante preguntas a las que sólo pueden responder de forma especulativa, que su vida, “el presente, fugaz,” es, como dice Dorfman, “el producto de innumerables casualidades anteriores, paralelas y futuras. Todo momento es un accidente, pero absolutamente necesario una vez que haya ocurrido.” (p.157)

Sobre cómo habrían podido ser las cosas si esas “casualidades” se hubieran combinado de forma diferente, la voz que se interpone entre Flora y nosotros pregunta: “¿Qué habría pasado si el coronel don Mariano Tristán hubiera vivido muchos años más?” (p.15). Y, más adelante, afirma: “Qué madeja de coincidencias y azares decidían los destinos de las personas, ¿no, Florita? Qué distinta hubiera sido tu vida si aquella noche, en el pequeño comedor de la pensión parisina donde cenaban los pensionistas no te hubiera dirigido la palabra tu vecino de mesa:” (p.133). Y luego: “¿Cómo habría sido tu vida, Florita, si te casabas con Chabrié y te ibas a enterrar con él a California, sin volver a poner los pies en Francia?” (p.238).

Sobre las consecuencias de los actos en el propio destino pregunta: “¿Te habías arrepentido, Florita, en estos once años de haber jugado en aquel viaje con los sentimientos del buen Zacarías Chabrié?” (p.184). Luego se cuestiona: “¿Empezaste ahí, Florita, en esa hacienda cañera de las afueras de Lima, delante de este caballero limeño afrancesado, esclavista y feudal, tu carrera de agitadora y rebelde?” (p.323). Y más tarde, sobre su visita a Gran Bretaña añade: “...sin los trabajadores ingleses, escoceses e irlandeses, probablemente nunca hubieras llegado a darte cuenta de que la única manera de emancipar a la mujer...” (p.402)

Por otra parte, el destino es el acusado como responsable de que las cosas a veces no salgan como Flora las ha previsto: En Montpellier, llega agotada al hotel con ganas de descansar, pero “el destino decidió otra cosa” (p.349). Y hay algo más de fatalismo en la aceptación del carácter como determinante de la limitación de las opciones de vida: “Si no fueras como eres, Florita, hubieras podido convertirte en una gran dama” (p.364). Otras veces, Flora ejecuta sus opciones sin plan ni razón aparente, como empujada por una fuerza que no alcanza a comprender: “Muchas veces te habías preguntado por qué aquella tarde en vez de reaccionar como lo hubieras hecho si, en vez de Olympia, hubiera sido un hombre el que te besaba de improviso –abofeteándolo, mandándote mudar de esa casa al instante–, continuaste en la reunión, turbada, desconcertada, pero sin enojarte y sin deseos de partir.” (p.395)

Pero, en todo caso, el destino no está sólo, se le opone la voluntad que hace que Flora no sea un títere sino la prisionera de un laberinto del que intenta huir: “Lo habías hecho, Florita. Pese a la bala junto al corazón, a tus malestares, fatigas, y a ese ominoso, anónimo mal que te minaba las fuerzas, lo habías hecho en estos ocho últimos meses. Si las cosas no habían salido mejor no había sido por falta de esfuerzo, de convicción, de heroísmo, de idealismo. Si no habían salido mejor era porque en esta vida las cosas nunca salían tan bien como en los sueños. Lástima, Florita.” (p.459)

En cuanto a Paul, conocemos la influencia que ejercen en él otras personas, pero sabemos que no se limita a dejarse llevar, actúa: cuando su jefe en la agencia financiera lo despide, reacciona de una forma sorprendente: “le besaste las manos. A la vez que eufórico, le decías: “Gracias, *patron*. Usted acaba de hacer de mí un verdadero artista”. Loco de felicidad, corriste a informar a Mette que, a partir de ahora, nunca volverías a pisar una oficina. Te dedicarías a pintar.” (pp.388 y 389)

Por otra parte, en varias ocasiones encontramos referencias a la fortuna: la muerte del tío Zizí es

considerada “providencial” (p.111); su madre, desde un cuadro, le dice “te legué la mala suerte” (p.166); en París, “el azar” (p.430) pone en sus manos un libro que influirá decisivamente su arte; y, en Papeete, confía en que la suerte le traiga buenas noticias. (p.241) Además, en Tahití pinta un cuervo sin ojos en el cuadro *Nevermore* (p.203), como símbolo del destino ciego.

También en la historia de Paul aparecen referencias a lo que hubiera podido ser: “Así hubiera continuado su vida quién sabe hasta cuando, si, a comienzos de 1901, sus males físicos, que habían amainado por un buen tiempo, no se hubieran abatido de nuevo sobre él” (p.295); más tarde, en referencia a lo sorprendente de su transformación en artista, Paul reflexiona: “Era agente de Bolsa, financista, banquero- dijo Paul. Y aunque tampoco me lo crean, lo hacía bien. Si hubiera seguido en eso, tal vez sería millonario. Un gran burgués que fuma puros y mantiene dos o tres queridas.” (p.371); finalmente justifica su decisión, también en base a lo que hubiera podido pasar de no tomarla (p.418); en otra instancia usa el mismo tipo de reflexión en relación con la posibilidad que tuvo de convivir con un miembro de ese “tercer sexo” polinesio (p.472)

En resumen, como he dicho, Flora y Paul viven existencias moldeadas por fuerzas ajenas a su voluntad, y son conscientes de ello. Pero su respuesta no es dejarse llevar, sino tomar decisiones, a sabiendas de que estas también determinan irreversiblemente el curso de su existencia. Son seres libres, pero su libertad es finita.

La familia en Vargas Llosa

En los personajes vargasllosianos la familia, casi siempre su fracaso, es una influencia decisiva. Y en esas familias el padre tiene un papel especial, normalmente negativo. Algunas de las figuras paternas más memorables de la obra de Vargas Llosa son: en *La ciudad y los perros* el padre putero de Alberto y el autoritario del Esclavo; en *Conversación en La Catedral* Fermín Zavala; el padre del autor-protagonista de *La tía Julia y el escribidor*; el incestuoso coronel Mindreau de *¿Quién mató a Palomino Molero?*; el don Rigoberto de *Elogio de la madrastra* y *Los cuadernos de don Rigoberto*; y Agustín Cabral, el padre de Urania en *La Fiesta del Chivo*, donde según Williams (p.272) aparece también Trujillo como padre de la nación dominicana.

La familia, que ya es determinante en varios de los cuentos de *Los jefes*, pasa a ser una referencia constante para los personajes de *La ciudad y los perros*, y en *Los cachorros* es un factor clave para entender el desarrollo de la personalidad de Pichula Cuéllar; en cuanto a *La casa verde*, merece un estudio aparte porque, como dice Rodríguez Monegal (pp.63-64), “casi no hay paternidad en este libro que no plantee algún problema”; en *Conversación en La Catedral*, la familia es, por reacción, el motor que mueve la vida de Santiago; en *La tía Julia* el protagonista tiene que luchar por su voluntad contra los deseos de su familia; en *La guerra del fin del mundo* encontramos a varios personajes que buscan la familia que han perdido o que nunca tuvieron; en *Elogio...y Los cuadernos...*, la conflictiva relación triangular dentro de la familia es el eje de la narración; y en *La Fiesta del Chivo*, el conflicto se plantea en las familias Trujillo, Cabral y Estrella Sadalá.

La familia en *El Paraíso en la otra esquina*

En el *El paraíso en la otra esquina* la familia es a la vez culpable y víctima. Culpable por haber determinado la vida de los protagonistas y víctima porque ambos la sacrifican en su búsqueda del Paraíso. Flora Tristán es una hija bastarda no reconocida por la familia de su padre, educada en la sumisión por su

madre (que la repudia y traiciona cuando abandona a su marido, André Chazal) y que prácticamente abandona a sus hijos para dedicarse a su cruzada social. Por su parte, Paul Gauguin, huérfano de padre, educado en un internado al que lo envía su madre, la fría Aline, amante de su tutor Gustave Arosa, abandona a su mujer y a sus cinco hijos para consagrar su vida al arte y ni tan siquiera se acuerda de ellos cuando la fortuna le pone un puñado de francos en el bolsillo. En la Polinesia forja otros lazos familiares, pero siempre muy endeblés, como apéndices ensamblados para satisfacer sus necesidades, que se pueden descartar cuando estas cesan.

La vida forja en Flora una idea clara de lo que no debe ser la familia. Cuando la acusan de atacar a esta institución responde: “No es cristiano que en nombre de la santidad de la familia, un hombre se compre una mujer, la convierta en ponedora de hijos, en bestia de carga, y, encima, la muela a golpes cada vez que se pasa de tragos.”(p.17) Cuando recuerda su primera maternidad lo hace con una amargura sin matices: “Pero todavía peor que ser copulada, fue quedar embarazada a consecuencia de esos atropellos nocturnos. Peor. Sentir que te hinchabas, deformabas, que tu cuerpo y tu espíritu se trastomaban, sed, mareos, pesadez, el menor movimiento te costaba un esfuerzo doble o triple del normal. ¿Eso las bendiciones de la maternidad? ¿Eso lo que ansiaban las mujeres, con lo que cumplían su vocación íntima? ¿Hincharse, parir, esclavizarse a las crías como si no bastara ser esclavas del marido?” (p.53)

Por eso, en sus sueños de una sociedad más justa también tiene un rincón para la familia: “Imaginó una nueva forma de relación entre las personas, en la sociedad renovada gracias a la Unión Obrera. El matrimonio actual, esa compraventa de mujeres, habría sido reemplazado por alianzas libres. Las parejas se unirían porque se amaban y tenían fines comunes, y, a la menor desavenencia se separarían de manera amistosa.” (p.130)

Por el momento, a la espera de que llegue el día, vemos la desastrosa vida familiar de Flora Tristán, a los ojos de la sociedad “una esposa prófuga y una madre desalmada” (p.237) que encuentra en los parientes paternos de Arequipa una especie de espejismo de lo que hubiera podido ser de verdad su familia si las cosas hubieran ido de otra manera. El drama familiar de Flora se reproduce en su hija, la madre de Gauguin: “Esa niña sin padre y sin madre debió tener una infancia deprimente. Cuando la abuela Flora se fue al Perú, y se pasó dos años ausente, en Arequipa, Lima y cruzando los océanos, dejó a Aline olvidada donde una señora caritativa...” (p.161) Una existencia desgraciada, la de Aline, que culmina en los abusos que sufre por parte de su padre, quien “...la hacía acostarse desnuda con él en la única cama del lugar, y, él, asimismo desnudo, la abrazaba, la besaba, se frotaba contra ella, y quería que ella también lo abrazara y lo besara.” (p.165)

Precisamente, los desastres familiares de Flora y Paul se entroncan en la tragedia personal de la hija de la primera y madre del segundo cuando éste la recuerda: “No su hija Aline –la única de sus cinco hijos con Mette Gad a la que recordaba algunas veces-, sino su madre, Aline Chazal, convertida luego en madame Aline Gauguin, cuando las amistades políticas e intelectuales de la abuela Flora, a la muerte de ésta, ansiosas de asegurar un porvenir a la muchacha huérfana, la casaron en 1847 con el periodista republicano Clovis Gauguin, su padre. Matrimonio trágico, Koke, familia trágica la tuya.” (p.153)

Gauguin, al recordar la muerte de su madre, se pregunta sobre su difícil relación: “¿Nunca la habías querido, Paul? No la querías cuando murió, cierto. Pero la habías querido mucho de niño, allá en Lima, donde el tío don Pío Tristán.” (p.154) Y luego: “...no te quitó el rencor que te comía el corazón desde que, al regresar de Lima, luego de vivir unos años en Orleans, donde el tío Zizí, Aline te dejó allí interno en el colegio de curas de monseñor Dupanloup y se fue a París. ¡A ser amante y mantenida de Gustave Arosa, por supuesto! Nunca se lo habías perdonado, Koke.” (p.156)

Por su parte, él mismo, Paul Gauguin, otro desastre familiar, en ausencia de su propia consciencia, tiene

que recibir las protestas, sin mayor efecto, por cierto, de su esposa: “Desde que volvió a Tahití había escrito a la Vikinga que, apenas vendiera algunos cuadros y tuviera el pasaje iría a Copenhague a verlos a ella y a los chicos. Mette le contestó una carta sorprendida y dolida de que, apenas pisó Europa, no hubiera volado a ver a su familia. La inercia lo ganaba cada vez que le venía a la mente la imagen de su mujer e hijos. ¿Otra vez eso, Paul? ¿Ser de nuevo un padre de familia, tú?” (p.117); y, más tarde, “...le llegó una carta furibunda de la Vikinga, desde Copenhague. Se había enterado de la venta pública de sus pinturas y esculturas en el Hotel Drouot, y le reclamaba dinero. ¿Cómo era posible que se mostrara tan desnaturalizado con su esposa y esos cinco hijos suyos, a los que ella, haciendo milagros –daba clases de francés, hacía traducciones, mendigaba ayuda a sus parientes y amigos-, llevaba ya tantos años manteniendo? Era su obligación de padre y marido ayudarlos, enviándoles un giro de cuando en cuando. Ahora podía hacerlo, egoísta.” (p.127)

En Tahití, recuerda como si se tratara de otra vida: “Yo estaba casado. Y muy en serio. Tenía un hogar muy burgués, una mujer que me llenaba de hijos.” (p.378). En la Polinesia se amanceba con chicas casi adolescentes que le hacen más llevadera la existencia y a las que no toma demasiado en serio. Sobre una de sus mujeres, el narrador dice: “Si estaba callada, llegaba a sentir por Pau’ura cierto afecto; era una compañía, una ayuda, y, cuando lo asaltaba el deseo, algo que ahora le ocurría con menos frecuencia que antes, un cuerpo joven, duro, sensual.” (p.250)

Como hemos visto, la familia, el nexa anecdótico de sus dos historias, es, sobre todo, un elemento con un peso decisivo en las vidas de Flora y de Paul. Ambos son en parte el resultado de fracasos familiares y, posiblemente por eso, ambos son incapaces de mantener una familia y hacerla compatible con sus aspiraciones personales. La familia, atrapada, como en toda la obra de Vargas Llosa, “en la red de sus propias contradicciones”(Oviedo, p.104), es el pasado que nunca fue o el presente que se deja de lado para luchar por los propios sueños.

El sexo en Vargas Llosa

El sexo es otro de los “demonios” omnipresentes en la narrativa de Vargas Llosa, al extremo de permitir a Establier decir que el autor mantiene “lo sexual como elemento central en la vida del hombre, rigiendo su conducta y su destino” (Establier, p.26). También Oviedo concede a lo escatológico el rango principal dentro de las constantes de la narrativa de Vargas Llosa, al que califica como “especialista eminente” (Oviedo, p.270) en la materia.

En *Los jefes*, la sexualidad está presente con especial importancia en *Día domingo*, donde el desafío entre Miguel y Rubén se produce por la disputa de una mujer, y en *El hermano menor*, donde una presunta violación es el origen de la tragedia.

En su primera novela, *La ciudad y los perros*, la sexualidad, “impulso liberador de conflictos subterráneos” (Oviedo, p.129), de los cadetes, de sus padres y de sus profesores es un elemento básico de su personalidad. Entre los muchachos, la actitud ante el sexo es sobre todo una forma de definirse frente al grupo, de demostrar la virilidad y mostrarse dignos de pertenecer a él, algo que será también una constante en las demás obras del autor (y como negativo de esa hombría aparece ya la homosexualidad, otro tema que se repite en el universo de Vargas Llosa). Las hazañas sexuales, que incluyen la zoofilia, sirven para prestigiarse, para hacerse respetar, y para construir la autoestima, para respetarse uno mismo.

En *La casa verde*, el prostíbulo da nombre a la obra y marca el tono en el tratamiento que recibe la sexualidad, ya que significa “la instauración de la *orgía* como elemento reordenador de la vida colectiva” (Oviedo, p.155) Además de la vida del burdel, en la novela aparecen diversos casos de proxenetismo,

violaciones, corrupción de menores, poligamia...

En *Los cachorros*, la emasculación de Cuéllar, es decir su minusvalía sexual, lo convierte en un ser digno de lástima que es impulsado a convertirse en un paria.

En *Conversación en La Catedral*, el prostíbulo o “bulín”, vuelve a ser un eje fundamental. Además, en la sórdida vida sexual de los protagonistas está el impulso a muchas de sus acciones públicas. Aparecen dos adolescentes intentando abusar de una sirvienta, un director de gobierno “pornógrafo de dimensiones enfermizas” (Armas, p.286), su querida lesbiana, políticos adúlteros, un senador casado, con hijos y homosexual...

En *Pantaleón y las visitadoras*, la sexualidad recibe un tratamiento humorístico, pero ello no deja de revelarnos el papel central que le concede su autor, con la prostitución como una de sus vertientes más significativas por cuanto es la prueba de la doble moral que, en la materia, está instalada en nuestras sociedades.

Las revelaciones de la vida íntima del autor y de su primera esposa no son el único ingrediente sexual de *La tía Julia y el escribidor*, ya que también Pedro Camacho nos transmite, en sus alucinantes, relatos las frustraciones de su fracasada vida conyugal.

Como recuerda Oviedo (p.321), en *La guerra del fin del mundo*, a pesar de lo aparentemente alejado del tema principal, el sexo, como realidad o como puro deseo es una de las fuerzas que mueven a los individuos.

En *Historia de Mayta*, la reprimida homosexualidad de Alejandro marca su carácter y sirve para contrastar la utopía social con la liberación individual.

En *¿Quién mató a Palomino Molero?* el incesto es la práctica insana de las endogámicas clases dirigentes peruanas, mientras el prostíbulo (el “bulín”) reaparece como la válvula de escape natural de las pulsiones sexuales del pueblo llano, estribillo que volvemos a oír en *Lituma*.

Elogio de la madrastra y *Los cuadernos de don Rigoberto*, giran en torno a la sexualidad de un padre, su segunda esposa y el hijo del primero. En la historia real o en las fantasías del trío aparecen el incesto, la pedofilia, el fetichismo, el voyeurismo, la prostitución, la homosexualidad...

Por último, *La Fiesta del Chivo* es “una novela de truculencia no sólo política, sino sexual. Y como en la mayoría de las novelas del autor, lo que genera o cataliza muchas de las anécdotas no es la política o el poder (como se pensaría en una novela de esta índole) sino los deseos sexuales de los individuos” (Williams, p.268)

El sexo en *El paraíso en la otra esquina*

En *El Paraíso en la otra esquina* la sexualidad es el elemento que sirve al autor para establecer la diferencia primordial entre los caracteres de los dos protagonistas y entre las características de las utopías que persiguen: Flora aborrece el sexo y lo considera un estorbo para su causa; Paul no puede vivir sin él, lo contempla como un ingrediente de su creatividad. El Paraíso que sueña Flora suprime los efectos opresores del sexo; mientras que en el de Paul se eliminan las barreras para disfrutar del mismo en plenitud.

El autor no aporta referentes de la adolescencia de Flora que puedan explicar su actitud negativa para con el sexo (salvo el tío Giuseppe, borracho de mano larga que la “ensuciaba con la mirada y, a veces, pellizcaba” (p.14)). Todo parece venir de su bautismo sexual en manos de su futuro esposo: “A ti, que André Chazal, tu patrón, no todavía tu marido, te hiciera el amor en aquel *chaise-longue* de resortes que chirriaban, en su despacho del taller no te pareció romántico, bello, ni sentimental. Una asquerosidad, más bien. El cuerpo apestando a sudor que la aplastaba, esa lengua viscosa con aliento a tabaco y alcohol, la sensación de sentirse destrozada entre los muslos y el vientre, le dieron náuseas.” (p.49)

Con el paso del tiempo su vida marital no mejora: “Tú habías copulado, o, mejor dicho, habías sido copulada, cada noche, por esa bestia lasciva, hedionda a alcohol, que te asfixiaba con su peso y manoseaba y besuqueaba hasta desplomarse a tu lado como un animal ahíto. Cuánto habías llorado, Florita, de asco y de vergüenza, después de esas violaciones nocturnas a que te sometía ese tirano de tu libertad.” (p.53)

Estas experiencias pesarán en su memoria y la apartarán del sexo, con la excepción de sus relaciones lésbicas con Olympia, que se originan de una forma inesperada: “de pronto, te tomó por la cintura, te estrechó contra su cuerpo y te besó en los labios” (p.395) y truncan temporalmente su determinación de renuncia al placer: “Te había hecho gozar, Florita, sí, mucho”; “Olympia te enseñó que no había por qué sentir miedo ni asco del sexo, que abandonarse al deseo, hundirse en la sensualidad de las caricias, en la fruición del goce corporal, era una manera intensa y exaltante de vivir, aunque durara sólo una horas, unos minutos”(p.396). Sin embargo, sus prevenciones contra el sexo le impiden gozar plenamente: “Aunque nunca pudiste evitar, incluso en los días en que fuiste más feliz con Olympia, al entregarte al puro placer del cuerpo, un sentimiento de culpa, la sensación de dilapidar energías, de un desperdicio moral.” (p.397) Finalmente, decide abandonar a su amante porque tiene “una misión” (p.398), y posteriormente confirmará ante un pretendiente y amigo esa idea de incompatibilidad de su lucha con el goce físico: “Olvídese de la carne, Escudíé. Para la revolución sólo hace falta el espíritu, la idea. La carne es un estorbo.” (p.404)

La única conexión entre su utopía y el placer sexual no es esa, ya que el sexo es uno de los motivos que la llevan a discrepar con Charles Fourier y sus seguidores, en cuyos falansterios estaba prevista la acomodación de todo tipo de perversiones sexuales (pp.100 y 356). Algo que no sucede en su mundo ideal: “En su proyecto de Unión Obrera no había recetas sexuales; salvo la igualdad absoluta entre hombres y mujeres y el derecho al divorcio, el tema del sexo se evitaba” (p.101). Más tarde menciona a Eleonore Blanc, colaboradora a la que llega a desear abrazar y “sentir su cuerpo delgadito” (p.129) en referencia a su utopía: “En esa sociedad, tú y Eléonore podrían vivir juntas y amarse, como madre e hija, o como dos hermanas, o amantes, unidas por el ideal y la solidaridad hacia el prójimo. Y esa relación no tendría el sesgo excluyente y egoísta que tuvieron tus amores con Olympia –por eso los cortaste, renunciando a la única experiencia sexual placentera de tu vida, Florita-”. (p.130)

Por otra parte una de las “instituciones” sociales que más repugna a Flora es la prostitución, epítome de todo contra lo que ella lucha. Durante sus periplos visita diversos barrios prostibularios, como el de Lyon, donde encuentra a niñas de doce años y se pregunta: “¿Cómo es posible que los hombres se excitaran con estas criaturas puro hueso y pellejo, que no habían salido de la niñez y a las que rondaban la tisis y la sífilis, si es que ya no las habían contraído?” (p.99). En sus encuentros con trabajadores tiene que defender en diversas ocasiones su postura contraria a la práctica (pp.223 y 271). Y son especialmente significativos sus encuentros con las putas en Marsella (p.223) y Londres (pp.406-409) y con las rabinas de Arequipa (p.277).

Algunas de las otras instancias en las que el sexo aparece con fuerza en la historia de Flora son el malestar que le produce sentirse deseada por el doctor Goin (p.137), la escena en que el Eunuco Divino se masturba (p.144), su sospecha de que algunos marinos de *Le Mexicano* también se autosatisfacen pensando en ella (p.183) y los ya citados abusos incestuosos de André Chazal a su hija Aline.

Al igual que su abuela, Paul Gauguin también vive un camino de descubrimiento del placer sexual, pero en su caso es un camino sin retorno. “El sexo no había sido importante en su vida en la época que suele serlo para el común de los mortales, la juventud, la era del celo y de la fiebre” (p.76) y seguía los rituales prostibularios “más por seguir a sus compañeros y no parecer un anormal, que por placer” (p.76). “El sexo comenzó a ser importante para él a medida que iba siéndolo la pintura” (p.77). Su vida sexual toma un rumbo definitivo cuando, a los 36 años, decide dedicarse a la pintura: “Para entonces, el sexo se había vuelto una

preocupación central, una ansiedad constante, una fuente de fantasías atrevidas, de exagerado barroquismo”. (...) “...el sexo fue dominando su existencia, como una fuente de goce, pero, también, de ruptura de las viejas ataduras, de conquista de una nueva libertad.” (p.79)

A partir de aquí ya no se puede comprender su vida de artista sin tener en cuenta su actividad sexual: “Ahora el sexo no era para ti una forma refinada de decadencia espiritual, como para tantos artistas europeos, sino una fuente de energía y de salud, una manera de renovarte, de recargar el ánimo, el ímpetu y la voluntad, para crear mejor, para vivir mejor.” (p.79); “Pintar, luego de hacer el amor, con ese olor seminal en el ambiente, te rejuvenecía” (p.116). Una idea, a propósito, que no compartía su amigo van Gogh, quien “estaba convencido de que la energía se le iba en fornicar” (p.333), pensamiento que curiosamente coincide con el expresado por Flaubert, uno de los “ídolos” literarios de Vargas Llosa, que lo recoge en su estudio sobre el autor francés (Vargas Llosa 1975).

Otra forma de conocer la idea que tiene Paul del sexo es ver las referencias a sus mujeres: de la única legal, Mette Gad, se nos dice que “nunca haría el amor como una martiniquesa o una tahitiana, su religión y su cultura se lo impedían. Sería siempre un ser a medias, una mujer a la que le marchitaron el sexo antes de nacer” (p.83); de Titi Pechitos que era “una gozadora incansable” (p.27); de Teha’amana que era “una fuente inagotable de placer” (p.29); de Annah sabemos que “En la cama, era difícil saber si la Javanesa gozaba o fingía. En todo caso, te hacía gozar a ti, y, a la vez, te divertía.” (p.112); y, finalmente, de Vaeoho, “una chiquilla de catorce años” sabemos que comprársela a su familia “le costó doscientos francos” (p.338).

Además, Paul, pornógrafo que atesora una colección de fotos que compró en Port-Said (p.151), es un hombre que abusa de Judith (p.113), la hija de sus vecinos, los Molard, que seduce a Louise (p.438), la esposa de Schuff, uno de sus mejores amigos, y que les hace el amor a dos mujeres, Maoriana (p.39) y Tohotama (p.339), en presencia de sus esposos y de sus propias mujeres, Teha’amana y Vaeoho.

Existe otro punto en la vida sexual de Paul que sirve de enlace y contraste con la de su abuela: la homosexualidad. Paul, que había asistido en su juventud a la violación en alta mar del joven Junot por parte de sus camaradas y había conseguido ser licenciado “con el trasero incolume como seis años atrás” (p.76), vive en la Polinesia una experiencia sexual con un nativo, Jotefa, que le permite descubrir que “en el fondo de tu corazón, escondido en el gigante viril que eras, se agazapaba una mujer” (p.73).

Vemos pues como, tanto en Flora como en Paul, el sexo es, por reacción o por acción, una de las fuerzas que mueven su psicología y su vida pública, algo que se entronca en el conjunto de la obra de Vargas Llosa. Como en otras obras (y otros asuntos), la actitud del autor es antidogmática y nos ofrece más preguntas que respuestas. Nos demuestra que el sexo está ahí, con sus contradicciones, como parte fundamental de ese todo que es la vida humana que pretende captar.

Conclusión

Creo que con esta exposición ha quedado claro que *El Paraíso en la otra esquina* es una obra coherente con la trayectoria narrativa del autor desde un punto de vista temático. Tanto es así que se la puede considerar un resumen de las anteriores. En mi estudio me he centrado en cuatro temas (el fracaso, el destino, la familia y el sexo), pero en *El Paraíso en la otra esquina* aparecen otras constantes vargasllosianas, como la religión, los militares, los indígenas y la aculturación. Por otra parte, también en el terreno técnico se puede considerar esta obra como típica de su autor, pero ese deberá ser el objeto de otra investigación.

Bibliografía

- Armas Marcelo, J.J. :*Vargas Llosa. El vicio de escribir*. Alfaguara. Madrid, 2002.
- Boldori de Baldussi, R.: *Vargas Llosa: un narrador y sus demonios*, Fernando García Cambeiro, Buenos Aires, 1974.
- Dorfman, A.: *José María Arguedas y Mario Vargas Llosa: dos visiones de una sola América*. en Varios autores (Giacoman, H. F. y Oviedo, J.M., editores) *Homenaje a Mario Vargas Llosa. Variaciones interpretativas entorno a su obra*, Las Américas, Nueva York.
- Establier Pérez, H.: *Vargas llosa y el nuevo arte de hacer novelas*. Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 1997.
- Ortega, Julio :*Sobre Los cachorros* en Varios autores (Giacoman, H. F. y Oviedo, J.M., editores) *Homenaje a Mario Vargas Llosa. Variaciones interpretativas entorno a su obra*, Las Américas, Nueva York.
- Osorio Tejada, N.: La expresión de los niveles de la realidad en la narrativa de Vargas Llosa. en Varios autores (Giacoman, H. F. y Oviedo, J.M., editores) *Homenaje a Mario Vargas Llosa. Variaciones interpretativas entorno a su obra*, Las Américas, Nueva York, 1972.
- Oviedo, J. M.: *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*. Seix Barral, Barcelona, 1982.
- Rodríguez Monegal, E.: *Madurez de Vargas Llosa*, en Varios autores (Giacoman, H. F. y Oviedo, J.M., editores) *Homenaje a Mario Vargas Llosa. Variaciones interpretativas entorno a su obra*, Las Américas, Nueva York, 1972.
- Vargas Llosa, M.:*La ciudad y los perros*, Seix Barral, Barcelona, 1963.
- : *La casa verde*, Lumen, Barcelona, 1966.
 - : *Los cachorros*, Seix Barral, Barcelona, 1967.
 - : *Conversación en La Catedral*, Seix Barral, Barcelona, 1969.
 - : *Historia secreta de una novela*. Tusquets, Barcelona, 1971.
 - : *Pantaleón y las visitadoras*, Seix Barral, Barcelona, 1973.
 - : *La tía Julia y el escribidor*, Seix Barral, Barcelona, 1977.
 - : *Los jefes*, Seix Barral, Barcelona, 1980.
 - : *La guerra del fin del mundo*, Seix Barral, Barcelona, 1981.
 - : *Historia de Mayta*, Seix Barral, Barcelona, 1984.
 - : *¿Quién mató a Palomino Molero?*, Seix Barral, Barcelona, 1986.
 - : *El hablador*, Seix Barral, Barcelona, 1987.
 - : *Elogio de la madrastra*, Tusquets, Madrid, 1988.
 - : *Lituma en los Andes*, Planeta, Barcelona, 1993.
 - : *Los cuadernos de don Rigoberto*, Alfaguara, Madrid, 1997.
 - : *La Fiesta del Chivo*, Alfaguara, Madrid, 2000.
 - : *El Paraíso en la otra esquina*. Alfaguara, Madrid, 2003.
- Williams, Raymond L. 2001, *Vargas Llosa, otra historia de un deicidio*. Taurus, México,.

LA "MEDITACIÓN DE LA TÉCNICA" DE ORTEGA Y GASSET 70 AÑOS DESPUÉS

Fernando Blanco Cendón

Introducción

El hombre es técnico por naturaleza: esta afirmación, aparentemente contradictoria, es cierta desde el momento que descubrimos que el hombre no puede prescindir de la técnica para pervivir. Sin embargo, Ortega advierte que "la técnica cuya misión es resolverle al hombre problemas se ha convertido de pronto en un nuevo y gigantesco problema".

Esta advertencia la hizo Ortega hace ya 70 años, cuando aún no existía la televisión y el mundo subatómico estaba apenas comenzando a desvelar sus secretos. Hoy, cuando la técnica ha avanzado, podríamos decir, 70 años-luz, las reflexiones de Ortega ¿pueden decirnos algo todavía o se han quedado del todo obsoletas?

Personalmente no me cabe ninguna duda de que dichas reflexiones pueden servirnos de guía eficaz en esta era de informatización y globalización. Por eso, primero voy a presentar un resumen de la obra de Ortega y luego, de su mano, voy a hacer una reflexión sobre la época que nos ha tocado vivir para tratar de comprender mejor el "lugar" en que nos encontramos.

1. La Meditación de la técnica de Ortega y Gasset¹

1.1. El fenómeno de la técnica

La *Meditación de la técnica* intenta contestar a una pregunta: ¿Qué es la técnica?² Una primera respuesta a este interrogante es la siguiente: la técnica "es la reforma que el hombre impone a la naturaleza en

¹ Utilizo la edición de la colección *El arquero: Meditación de la técnica y otros ensayos*, Ediciones de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1977, 7ª ed. Los números entre paréntesis indican la página de dicha edición.

² La *Meditación de la técnica* se encuentra salpicada de definiciones de la técnica. Presento aquí agrupadas las que no aparecen en el resumen que ofrezco. Muchas son similares, y solo aportan un matiz peculiar.

La técnica es "la reacción enérgica contra la naturaleza o circunstancia que lleva a crear entre estas y el hombre una nueva naturaleza puesta sobre aquella, una sobrenaturaleza" (32).

"La técnica es la reforma de la naturaleza, de esa naturaleza que nos hace necesitados y menesterosos, reforma en sentido tal que las necesidades queden a ser posible anuladas por dejar de ser problema su satisfacción" (32).

"Hombre, técnica y bienestar son, en última instancia, sinónimos" (40).

"Como la técnica es el repertorio de actos provocados, suscitados *por* e inspirados *en* el sistema de esas necesidades, será también una realidad proteiforme, en constante mutación" (41).

Técnica es "lo que hacemos para evitar por completo, o en parte, los quehaceres que la circunstancia primariamente nos impone" (49).

"La inteligencia técnica es una capacidad, pero la técnica es el ejercicio efectivo de esa capacidad" (85).

La técnica es una capacidad especialísima del hombre "que le permite reformar la naturaleza en el sentido de sus deseos" (93).

La técnica es "una capacidad de cambio y progreso, en principio, ilimitados" (94).

La técnica es una "función genérica e ilimitada" (98).

"Toda técnica consiste en dos cosas: una, invención de un plan de actividades, de un método, procedimiento *-mechané*, decían los griegos-, y otra, ejecución de ese plan. Aquella es en sentido estricto la técnica; esta es solo la operación y el obrar" (101).

La técnica es una "capacidad, en principio, ilimitada" (102).

"De puro llena de posibilidades, la técnica es una mera forma hueca—como la lógica más formalista—, es incapaz de determinar el contenido de la vida" (103).

vista de la satisfacción de sus necesidades" (32).

Se trata, por tanto, de un medio para la consecución de un fin. Pero despleguemos una tal definición en toda su amplitud. En primer lugar, ¿de qué naturaleza se trata? La naturaleza según está ahí, lo que rodea al hombre, la circunstancia, el puro sistema de facilidades y dificultades con que el "hombre-programático" se encuentra y donde va a realizarse.

El hombre en tal entorno quiere vivir, pero se encuentra con que no puede hacerlo a no ser realizando una serie de actos para vencer unas dificultades que atentan contra su deseo de vivir; esto es, en su anhelo de vivir surgen necesidades (por ejemplo, evitar el frío), que el hombre *siente* como condiciones *sine quibus non* para pervivir; tales necesidades imponen otras (así, por ejemplo, caminar para acercarse al fuego). Existe, por tanto, un sistema de necesidades con que el hombre se encuentra, y un repertorio de actividades para subsanarlas (calentarse). Si la naturaleza no le presenta los medios para subsanar tal o cual necesidad, el hombre no se resigna y pone en juego una segunda línea de actividades (*hace* fuego).

Según esto, la técnica aparece como el conjunto de actos técnicos –que son específicos del hombre–, los cuales modifican o reforman la circunstancia o naturaleza para que en ella haya lo que no hay. Actos que tienen una estructura común: "todos ellos presuponen y llevan en sí la invención de un procedimiento que nos permite, dentro de ciertos límites, obtener con seguridad, a nuestro antojo y conveniencia, lo que no hay en la naturaleza, pero que necesitamos" (31). Se trata, pues, de una reacción contra la naturaleza; esta impone necesidades al hombre, quien responde imponiendo a su vez un cambio a la naturaleza, originando una "sobrenaturaleza". El sujeto, lejos de adaptarse al medio, fuerza a este a adaptarse a él.

Así, la técnica es una reacción a las necesidades orgánicas o biológicas; pero estas son tales –necesidades– en cuanto condiciones del vivir o perdurar: necesidad de las necesidades. Pero ocurre que, tan antiguos como los inventos para subsanar dichas necesidades, son otros con los que el hombre busca otras cosas, innecesarias en ese sentido biológico, pero que el hombre *siente* como necesidades. De manera que "el concepto de «necesidad humana» abarca indiferentemente lo objetivamente necesario y lo superfluo" (37). Mas ¿qué cosas son necesarias y qué superfluas?, porque, de hecho, frente a necesidades elementales el hombre muestra una gran elasticidad y, sin embargo, le cuesta o no puede prescindir de cosas superfluas; por otra parte, el empeño por estar en el mundo es inseparable de su empeño por estar bien, y así siente las necesidades del estar en cuanto que este es supuesto del bienestar, con lo cual la necesidad de las necesidades es el bienestar y no el estar. Es decir, que solo es necesario lo objetivamente superfluo: las necesidades biológicamente objetivas solo son necesidades cuando son condiciones del estar, que solo es necesario subjetivamente: porque posibilita el bienestar y la superfluidad. De modo que "lo que es objetivamente necesario solo lo es para el hombre cuando es referido a la superfluidad" (39). Y esto es de capital importancia para entender la técnica, que no es otra cosa que la producción de lo superfluo y que solo en este sentido se puede entender como "medio para satisfacer las necesidades humanas" (40).

"El hombre es hombre porque para él existir significa desde luego y siempre bienestar; por eso es *a nativitate* técnico, creador de lo superfluo" (40).

Resulta, pues, que el hombre cuenta con dos sistemas de actos con distinta finalidad: los instintivos del animal para servir a la vida orgánica, como adaptación del sujeto al medio, simple estar en la naturaleza; y los técnicos del hombre, para servir a la buena vida, como adaptación del medio al sujeto, bienestar.

Las necesidades humanas surgen en función del bienestar, y sob al determinar este sabremos cuáles serán aquellas; mas el bienestar viene entendido de muy diversas maneras, cada hombre lo concibe a su modo, es –en definitiva– relativo al hombre; por tanto el sistema de necesidades también lo será. Así, mientras el simple estar es una magnitud fija, el bienestar es una magnitud variable; y como el sistema de necesidades

humanas depende del bienestar será un sistema variable; y dado que la técnica está íntimamente ligada a tales necesidades, se sigue que la técnica es también variable.

Precisemos un poco más. Los actos técnicos no son aquellos en que hacemos esfuerzos para satisfacer directamente las necesidades (sean elementales o superfluas), sino aquellos en que dedicamos el esfuerzo en primer lugar a inventar, y luego a ejecutar un plan de actividades que permita, por una parte, asegurar las necesidades con el mínimo esfuerzo y, por otra, abrir nuevas posibilidades produciendo objetos que no hay en la naturaleza. Tenemos así que la técnica es el esfuerzo para ahorrar esfuerzo, "lo que hacemos para evitar por completo, o en parte, los quehaceres que la circunstancia primariamente nos impone" (49), y esto es esencial a la técnica, lo que la inspira. Pero, ¿qué se hace y dónde va ese esfuerzo que se ahorra? Nos ha resultado un hombre ocioso: ¿en qué emplea su tiempo?

Aquí surge una pregunta fundamental: ¿por qué la técnica? Un ente –el hombre– es obligado a existir en otro –el mundo–. Esta relación puede tomar varias modalidades: –que el mundo le ofrezca todas las facilidades; –que no le ofrezca ninguna, solo dificultades; –que le ofrezca tanto unas como otras. Es esta última la que se da en realidad. El hombre y el mundo coinciden en algo y divergen en algo; es decir, el hombre tiene un ser natural y un ser extranatural: a un proyecto, un programa (de la especie y de cada hombre) a realizar en la circunstancia o naturaleza, en el sistema de facilidades y dificultades con que el hombre se encuentra. Y es que "existir es para nosotros hallarnos de pronto teniendo que realizar la pretensión que somos en una determinada circunstancia" (58). La vida, pues, es pura tarea, el hombre debe autofabricarse –es en esencia técnico–, esto es, hallar los medios para realizar el programa que es: su destino extranatural (no está en la naturaleza); este programa es pre-técnico. La técnica, de este modo, ocupa un segundo plano, su sentido y su causa están fuera de ella: "en el empleo que da el hombre a sus energías vacantes, liberadas por aquella" (63); el hombre ahorra esfuerzo y este esfuerzo ahorrado lo dedica a ser sí mismo, a realizar el programa que es.

La técnica es función variable del programa humano: cada programa suscita una técnica. La técnica es el ejercicio de una capacidad que el hombre posee: la inteligencia técnica, pero esta está al servicio de una imaginación creadora de un programa vital. "Solo en una entidad donde la inteligencia funciona al servicio de una imaginación, no técnica, sino creadora de proyectos vitales, puede constituirse la capacidad técnica" (87).

En resumen: "La reforma de la naturaleza o técnica, como todo cambio o mutación, es un movimiento con sus dos términos, *a quo* y *ad quem*. El término *a quo* es la naturaleza según está ahí. Para modificarla hay que fijar el otro término hacia el cual se la va a conformar. Este término *ad quem* es el programa vital del hombre. ¿Cómo llamaríamos al logro pleno de este? Evidentemente, bienestar del hombre, felicidad" (67-68).

1.2. Estadios de la técnica

El criterio para establecer los estadios de la técnica es la relación entre el hombre y su técnica, la idea que el hombre ha ido teniendo de su técnica, de la función técnica en general (92). Siguiendo este criterio, Ortega establece tres estadios: la técnica del azar, la técnica del artesano y la técnica del técnico.

En la **técnica del azar** (93-96), el azar es el técnico, el hombre primitivo no tiene conciencia de su técnica como tal. El escaso repertorio de actos técnicos, menor que el de sus actos naturales, es un repertorio fijo como el de estos; por ser sencillos y pocos, son actos ejercitados por todos los miembros de la colectividad (la diferenciación entre hombre y mujer, que aparece pronto, se da también en los actos naturales). El hombre primitivo no tiene conciencia del acto técnico como algo peculiar, ignora su propia capacidad técnica y no sabe que puede inventar; el invento se produce por puro azar, como si la naturaleza le

revelara un misterio, de manera que la invención aparece rodeada de un halo mágico, pero como una dimensión más de la naturaleza. La técnica primitiva, "se da, pues, en el hombre todavía como naturaleza" (96).

La **técnica del artesano** (97-101) se caracteriza por el crecimiento enorme de actos técnicos, algunos tan complicados que no todos pueden ejercitarlos y a ellos se dedican especialistas: los artesanos. Esto significa una primera toma de conciencia de la técnica como algo especial, exclusivo del hombre, pero que posee como algo fijo. "La técnica pertenece a la naturaleza del hombre" (99), el hombre vive instalado en el sistema fijo de los movimientos de su cuerpo y en el sistema fijo de las artes, pero la desaparición de las técnicas no impediría al hombre retrotraerse a una vida primitiva, pues la base sobre la que el hombre se apoya es lo natural (así lo siente él). El modo de adquisición de las técnicas es el aprendizaje, repetición de tradiciones que no concede apenas margen a la invención, y el hombre no tiene clara conciencia de la técnica como una función genérica e ilimitada. El invento, además, no ha llegado a producir máquinas, solo instrumentos, utensilios como complementos del hombre, que es el actor principal; "el artesano es, a la par e indivisiblemente, el técnico y el obrero" (101).

En la **técnica del técnico** (100-108) se produce la separación radical entre el obrero y el técnico. Gracias a la producción de máquinas, la técnica deja de ser manipulación y se convierte en fabricación. La máquina "al trabajar por sí y desprenderse del hombre, ha hecho a este caer intuitivamente en la cuenta de que la técnica es una función aparte del hombre natural, muy independiente de este y *no atendida a los límites de este*" (100). El hombre toma conciencia clara de que posee una capacidad particular: *la técnica*, que es "un hontanar de actividades humanas, en principio, ilimitadas" (101). En este estadio se ha producido un crecimiento fabuloso de actos y resultados técnicos, de manera que hoy, los supuestos técnicos de la vida superan en tal medida los naturales que materialmente el hombre no puede vivir sin la técnica. El hombre ha llegado "a interponer entre la naturaleza y él una zona de pura creación técnica tan espesa y profunda que ha venido a constituir una sobrenaturaleza" (106). El hombre está inmerso en esa sobrenaturaleza, la considera natural y corre el riesgo de "que puede llegar a perder la conciencia de la técnica y de las condiciones, por ejemplo, morales en que esta se produce, volviendo, como el primitivo, a no ver en ella sino dones naturales que se tienen desde luego y no reclaman esforzado sostenimiento" (107). O sea que la expansión de la técnica, que condujo a la toma de conciencia de ella, puede ocasionar, con la progresiva expansión, la obnubilación de esta conciencia.

Es evidente que la técnica no sería lo que es si el tecnicismo, que es "el método intelectual que opera en la creación técnica" (108), no hubiese sufrido una transformación radical. "El nuevo tecnicismo, en efecto, procede exactamente como va a proceder la *nuova scienza*. No va sin más de la imagen del resultado que se quiere obtener a la busca de medios que lo logran. No. Se detiene ante el propósito y opera sobre él. Lo *analiza*. Es decir, descompone el resultado total –que es el único primeramente deseado– en los resultados parciales de que surge, en el proceso de su génesis. Por tanto, en sus «causas» o fenómenos ingredientes" (113).

Esta unidad de método intelectual, de "análisis de la naturaleza", es lo que funda la unión entre el nuevo tecnicismo y la ciencia. "Esto da a la técnica moderna independencia y plena seguridad en sí misma. No es una inspiración como mágica ni puro azar, sino «método», camino preestablecido, firme, consciente de sus fundamentos" (113-114).

2. Reflexión sobre la técnica en los albores del siglo XXI

Han pasado 70 años y, sin embargo, la *Meditación de la técnica* no se ha quedado obsoleta. Muy al contrario, está en plena vigencia. Y la razón es que nos proporciona las claves –y aun el contenido– para acercarnos al problema, para meditar sobre este fenómeno llamado "técnica". Y ello a pesar de que en estas siete décadas la técnica ha avanzado a un ritmo vertiginoso; la ciencia moderna, emergente precisamente en el primer tercio del siglo XX, ha provocado un desarrollo inusitado de la técnica a todos los niveles.

La misma palabra *técnica* se nos ha quedado "pequeña" y ahora hablamos de "tecnología" (y le solemos añadir algunos modificadores como "punta", "de la información", o prefijos como "nano"). Hoy nos sentimos fascinados y, a la vez, desbordados por los avances de la tecnología. Es necesario hacer una reflexión siguiendo las líneas maestras trazadas por Ortega.

Uno de los cauces por los que discurre la *Meditación* de Ortega es el concepto de "necesidades humanas"; otro, fundamento, a su vez, del primero, es la idea de "hombre programático" y, finalmente, la relación del hombre con su técnica a lo largo de la historia.

2.1. Las necesidades humanas

Para Ortega no cabe dudar de la verdad del siguiente aserto: "el concepto de «necesidades humanas» es el más importante para aclarar lo que es la técnica" (38); y ello porque la técnica es reacción para subvenir a estas necesidades.

Hemos visto como, según Ortega, las necesidades humanas son subjetivas y condicionales; que abarcan lo objetivamente necesario y lo superfluo y que, en última instancia, la necesidad de las necesidades es el *bienestar*. Las necesidades humanas, pues, lo son en función del bienestar; de manera que determinar cuáles sean aquellas dependerá de lo que se entienda por este. Y aquí es donde comienzan los problemas, porque el mundo técnico o *sobrenaturalidad* en que el hombre vive inmerso es una maraña tan difícil de desentrañar que podríamos calificar de imposible todo intento por hacerlo. No es fácil, sino todo lo contrario, distinguir entre lo necesario y lo superfluo.³

Dado por sentado este paradójico axioma, es decir, admitiendo la necesidad de lo superfluo, podemos intentar un acercamiento al mundo actual y descubrir que solo en raras ocasiones el proceso técnico se realiza en su prístina simpleza: el hombre siente una necesidad y ejecuta su capacidad técnica para satisfacerla. Si observamos la vertiginosa producción técnica nos daremos cuenta de que en su origen no hay el menor rastro de dicho planteamiento, entre otras cosas y ante todo porque es imposible que al hombre le surjan necesidades a un ritmo tan trepidante. Incluso allí donde el planteamiento es reconocible, se descubre con harta frecuencia que se halla contaminado de no pocos motivos espurios.

Los criterios que parecen regir la producción de artilugios no están basados tanto en su utilidad como en su rentabilidad. Exagerando las cosas podríamos decir que los productos técnicos no se ponen en circulación al servicio del hombre, sino que simplemente salen a la venta. A la hora de producir algo no suele plantearse si es útil, sino más bien si es interesante o divertido o cosas semejantes y, sobre todo, si se vende.

Evidentemente, el repertorio de necesidades humanas es una cadena. Unas necesidades llevan a otras, o mejor, la satisfacción de unas necesidades provoca nuevas necesidades, y así sucesivamente. Pero este

³ "Si nosotros nos comprometíamos a distinguir cuáles de entre nuestras necesidades son rigurosamente necesarias, ineludibles, y cuáles superfluas, nos veríamos en el mayor aprieto" (37).

Esta situación se ha desarrollado a un ritmo exponencial. No resulta infrecuente en el hombre moderno el deseo de escapar del agobio a que la sociedad tecnológica lo somete y retrotraerse a un estadio de vida más natural, pero ¿hasta qué nivel se considera que se podría huir "del mundanal ruido"?

encadenamiento tiene dos vertientes: una natural o lógica y otra artificial o manipulada. En la actualidad asistimos a la manipulación desenfrenada y descarada de las necesidades humanas. Ya hemos dicho que necesidad, para el hombre, incluye lo superfluo; pues bien, es precisamente aquí, en la superfluidad, donde la manipulación es más rampante por obra y gracia de la propaganda⁴ y el marketing que se sirven, precisamente, de la propia técnica. Hoy día resulta asombrosamente fácil provocar (crear) una necesidad. Estas necesidades suelen arraigar con no menos sorprendente facilidad y en muy breve tiempo se *sienten* como verdaderas e ineludibles necesidades perentorias. Desbrozar el terreno y delimitar cuáles son auténticas necesidades, se torna, repito una vez más, tarea poco menos que imposible, o imposible sin más. La cargazón subjetiva, e incluso la adicción y dependencia son ya enormes, por lo que es imposible negarles por completo el carácter de necesidad. A lo más que se puede llegar es a conseguir que se admita la relatividad de la necesidad.

Que las necesidades humanas sean relativas, superfluas o pura invención⁵, no les quita nada de su necesidad. Al contrario, nos pone de manifiesto que son necesidades en función de algo más básico: la necesidad de las necesidades que, para el hombre, no es otra que el *bienestar*. Sin embargo, conviene no confundir bienestar con hedonismo, y mucho menos reducir aquel a este. Se debe replantear el concepto de bienestar, entendido como felicidad o realización plena del hombre. Y esto nos lleva a la siguiente clave: el hombre y su programa vital.

2.2. El hombre

Determinar, decíamos, el repertorio de necesidades humanas, exige como paso previo establecer en qué consiste el bienestar del hombre, en función del cual son aquellas necesidades: condiciones que el hombre siente necesarias para ser hombre. De manera que en el subsuelo de la técnica nos topamos con la antropología⁶.

Para Ortega⁷, el hombre es una pretensión, un ser inacabado, obligado a realizarse en una circunstancia o sistema de facilidades y dificultades con que el hombre se encuentra y en el que debe realizar el programa en que el hombre consiste. El hombre tiene un ser natural, en cuanto que él mismo forma parte de la Naturaleza; y un ser extranatural, que es el programa vital que aspira a realizar y en cuyo cumplimiento cifra su felicidad. Precisamente debido a esta extraña condición ontológica el hombre es técnico –el hombre no es hombre por la técnica, sino que tiene técnica porque es hombre–: la técnica libera al hombre de sus necesidades, satisfaciéndolas, para que el hombre pueda dedicarse a ser sí mismo, a realizar su programa vital; adapta el medio al sujeto para que el hombre pueda insertar en él su ser extranatural⁸.

⁴ Ya en 1933 Ortega declaraba que la propaganda "es siempre falsedad, juego sucio y retórica" (79). Hoy, seguramente, añadiría el término "espejismo" o "ilusión", en referencia a la propaganda visual, que en una época en la que no había televisión, estaba en sus albores.

⁵ "El técnico o la capacidad técnica del hombre tiene a su cargo inventar los procedimientos más simples y seguros para lograr las necesidades del hombre. Pero estas, como hemos visto, son también una invención; son lo que en cada época, pueblo o persona el hombre pretende ser" (65).

⁶ "Y he aquí cómo la meditación sobre la técnica nos hace tropezar dentro de ella, como con el hueso en un fruto, con el raro misterio del ser del hombre" (50).

⁷ No pretendo presentar de forma exhaustiva la visión antropológica orteguiana, porque él mismo no lo hace. Los trazos esquemáticos que presento son suficientes para afrontar el tema que nos ocupa.

⁸ "Si nuestra existencia no fuese ya desde un principio la forzosidad de construir con el material de la naturaleza la pretensión extranatural que es el hombre, ninguna de esas técnicas existiría. El hecho absoluto, el puro fenómeno del universo que es la técnica, solo puede darse en esa extraña, patética, dramática combinación metafísica de que dos entes heterogéneos –el hombre y el mundo– se vean obligados a unificarse, de modo que uno de ellos, el hombre, logre insertar su ser extramundano en el otro, que

Pues bien, la técnica actual ¿hace feliz al hombre? Habría que ser muy optimista para responder afirmativamente. Pero quizá la pregunta es demasiado pretenciosa, por absoluta. Rebajemos un poco sus exigencias: la técnica actual, ¿ayuda al hombre a ser feliz? Aun en este caso, la respuesta no puede ser una ingenua afirmación. Ciertamente la técnica actual ha conseguido que el hombre viva más y más cómodamente; se han alcanzado cotas altas de bienestar –incluso de habla de "Estado del bienestar"–, pero solo en un cierto sentido y de forma parcial. Porque la clave es: la técnica actual, ¿ayuda al hombre a sentirse realizado como hombre?

A poco que se recapacite sobre ello, uno se topa con una llamativa paradoja: la técnica libera esclavizando. Veamos. Es innegable que gracias a la técnica el hombre se siente liberado, no tiene que preocuparse por la satisfacción de innumerables necesidades; a veces da la impresión de que el hombre dispone de tanto tiempo libre que no sabe qué hacer con él, y se encuentra ante un vacío terrible. Pero esto es solo una "impresión"; la realidad es que todas esas energías liberadas por la técnica, el hombre no las emplea en realizarse a sí mismo, sino que debe emplearlas en la misma técnica, en aprenderla, en familiarizarse con ella para poder usarla. La técnica que aparece como reforma de la Naturaleza en el sentido de adaptar el medio al sujeto, acaba por hacer al hombre su esclavo. El hombre debe adaptarse al nuevo medio, a esa sobrenaturaleza que ha creado gracias a la técnica y en la que vive inmerso.

En la actualidad, el hombre vive tan rodeado de productos técnicos que ya no sabe, ni puede, vivir sin ellos. Se encuentra en la situación de que los árboles le impiden ver el bosque; y ha perdido de vista un aspecto fundamental: que esos productos son productos suyos, que la técnica es una capacidad que él tiene al servicio de un fin más elevado: ser sí mismo. Y es que este parece ser el problema fundamental: el hombre padece una crisis de identidad⁹. A la vista de los grandes avances tecnológicos; más aún, a la vista de la urgencia que el hombre parece tener de que nuevos avances se produzcan, existe la fuerte impresión de que el hombre actual no cuenta con un programa vital; o, peor aún, que ha erigido en programa vital lo que no es más que un medio para conseguir su realización.

El fracaso estrepitoso y terriblemente cruento de las ideologías nacidas y desaparecidas en el siglo XX (quizá los últimos intentos de creación de un programa vital), ha provocado un desencanto profundo en el hombre, que se conforma simplemente con vivir de la forma más cómoda posible, sin otras complicaciones.

El hombre no ha acompañado sus logros técnicos con la correspondiente evolución y madurez moral. Salvar el tremendo hiato que existe entre ética y tecnología no es tarea fácil, si bien es necesaria. Quizá habría que comenzar por tomar conciencia de que la técnica no es algo absoluto.

2.3. Límites de la técnica

En sí misma, en absoluto, la técnica no tiene límites: es una capacidad, en principio, ilimitada¹⁰. Esta ilimitación, si bien confiere a la técnica la característica de ser una fuente inagotable de soluciones (a necesidades humanas), por otra parte la convierte también en fuente de problemas y de peligros, siendo el

es precisamente el mundo" (64-65).

⁹ "...el repertorio con que hoy cuenta el hombre para vivir, no solo es incomparablemente superior al que nunca ha gozado [...], sino que tenemos la clara conciencia de que [las fuerzas creadas en la técnica] son superabundantes, y sin embargo, la desazón es enorme, y es que el hombre actual no sabe qué ser, le falta imaginación para inventar el argumento de su propia vida" (66-67).

¹⁰ Ortega insiste repetidamente –sobre todo a partir de la página 94– en este rasgo de la técnica: ser una capacidad ilimitada. En ocasiones, con palabras que hoy nos provocan una sonrisa: "...la idea que hoy tenemos de la técnica –...– nos coloca en la situación tragicómica –...– de que cuando se nos ocurre la cosa más extravagante nos sorprendemos en azoramiento porque en nuestra última sinceridad no nos atrevemos a asegurar que esa extravagancia –el viaje a los astros, por ejemplo– es imposible de realizar" (102).

"último" de ellos el de la posibilidad de su autodestrucción.

Conviene, pues, desde fuera, aplicar a la técnica ciertos límites. En primer lugar, por parte de la Naturaleza. La técnica, como reforma del medio o circunstancia es, en definitiva, una forma de "violentar" a la Naturaleza. Aparte de que la Naturaleza, no pocas veces, termina vengándose de tales atropellos, es importante recordar que el hombre no existe sino inserto en una circunstancia que debe respetar porque, en definitiva, es parte de ella. Más, el hombre tiene la grave responsabilidad, la obligación moral de dejar en herencia a futuras generaciones un entorno habitable. No es casualidad que la conciencia ecológica haya surgido en la era de la tecnología más avanzada. Lamentablemente, esta conciencia es aún bastante tenue y privan sobre ella otro tipo de intereses que no es necesario mencionar.

El otro polo desde el cual deben establecerse los límites de la técnica, es el hombre mismo. Las cuestiones éticas que suscita el desarrollo tecnológico son formidables. Este problema no se puede soslayar arguyendo que la técnica es neutral, sencillamente porque no lo es; el desarrollo técnico se ha visto impulsado siempre por intereses de todo tipo (políticos, industriales, económicos, sociales... o meramente lúdicos) de manera que la supuesta neutralidad de la técnica no pasa de ser pura entelequia. Porque la técnica debe estar al servicio del hombre, su ejercicio ha de respetar a este. Y ello solo se logrará dentro de los límites marcados por la ética, la cual, a su vez, está basada en la concepción del hombre. Vivir éticamente es vivir humanamente, y la técnica no es más que *una* dimensión (ni la única, ni la más importante) del hombre¹¹. La dimensión ética de la técnica suele ponerse sobre el tapete solo ante cuestiones límite; quizá haya que plantearse si no sería conveniente examinar las connotaciones éticas de la técnica a niveles más "caseros".

2.4. ¿Nuevo estadio de la técnica?

A pesar de que el desarrollo de la técnica en estos últimos 70 años ha sido formidable, considero que sería prematuro hablar de un estadio nuevo en la historia de la técnica. Sobre todo si mantenemos, siendo lógicos, el criterio elegido por Ortega para establecer dicha división: la relación del hombre con su técnica. Seguimos, pues, en ese tercer estadio que Ortega denomina "la técnica del técnico". Sí es cierto, no obstante, que las características¹² de este estadio se han acentuado hasta el extremo.

La proliferación de actos y productos técnicos es inconmensurable; continuamente aparecen nuevos productos en imparable avalancha. El hombre vive inmerso en esa sobrenaturaleza técnica que ha creado y que es cada día más tupida. Por una parte, el hombre es cada vez más dependiente de la técnica, y no solo a nivel fisiológico (para existir o sobrevivir físicamente), sino también a nivel anímico (la técnica ha originado nuevas actitudes psicológicas que son ya constitutivas del hombre). Mas por otra parte, la técnica aparece cada vez más alejada del hombre; la técnica se ha tornado más sofisticada y con ello más opaca o invisible: no se ve su funcionamiento, no se entienden sus entresijos; el usuario usa de la técnica como podría usar una varita mágica. La tan cacareada facilidad de manejo se ha convertido en un espeso muro que separa al hombre de la técnica, la cual aparece envuelta en un halo de misterio; el hombre deja de indagar el porqué de las cosas y la técnica queda reservada al exclusivo grupo de los que la entienden, con los consiguientes peligros que esto encierra (control, dominación, manipulación...).

Una de las características más destacables de la técnica actual es su dimensión social, quiero decir, el

¹¹ El hombre es, ciertamente, un animal técnico; pero no agota aquí todas sus dimensiones, todo su ser. Su dimensión religiosa, o espiritual o, simplemente, no-material, tantas veces ignorada, descuidada o despreciada y negada, debe ser tomada en consideración.

¹² Ortega afirma que la pólvora, la imprenta, la brújula y el compás, "esos cuatro inventos obtienen la unión del hombre con lo distante –son la técnica de la *actio in distans*, que es el subsuelo de la técnica actual" (92).

papel que desempeña en las relaciones humanas. La técnica, esa especie de "segunda naturaleza" que el hombre interpone entre él y la Naturaleza o circunstancia en que se encuentra inmerso, ha pasado a desempeñar también la función de intermediario entre unos hombres y otros. La técnica pone al hombre en contacto con la Naturaleza y también en contacto con otros hombres. Se han originado así nuevas formas de relaciones humanas –no todas ellas deseables–, a todos los niveles y en todas las edades¹³.

Cabría preguntarse si no estará apareciendo o a punto de aparecer un nuevo tipo de hombre. Y esta pregunta no es puramente retórica, sino que quiero dotarle de su significado más profundo y radical. Si la técnica jugó algún papel relevante en el proceso evolutivo que separó o seleccionó una rama de los homínidos, podríamos estar en el pórtico de un nuevo salto evolutivo¹⁴. Las diferencias entre unos pueblos y otros, entre pueblos desarrollados y no-desarrollados son muchísimo más profundas y graves de lo que la simple desigualdad económica pudiera sugerir.

Si este fuera el caso¹⁵, nos obligaría a dar por iniciado un nuevo estadio de la técnica. Hasta ahora, la técnica ha sido y es un producto del hombre. En el nuevo estadio, el hombre sería un producto de la técnica.

¹³ Aparecen nuevas formas de expresión y de lenguaje.

Hay gente adicta al teléfono móvil, al ordenador, etc. Gente que se comunica con infinidad de personas, pero solo desde la soledad de su cuarto. Introversos ante una persona física, tremendamente extroversos en Internet.

Los límites entre mundo real y mundo virtual se tornan, en ocasiones, borrosos.

La intimidad es no pocas veces violada.

Etc.

¹⁴ Puede esto parecer exagerado, y hasta motivo de hilaridad. Aunque pueda parecer broma, adviértase que, al menos en Japón, se han preguntado –y han respondido negativamente– si la morfología de la mano humana está cambiando a causa de la frenética movilidad que desarrolla el dedo pulgar en el manejo de móviles.

¹⁵ Personalmente estimo que no lo es. Primero porque el ser del hombre no se agota, como he dicho, en la dimensión técnica; y porque la técnica no puede reducirse a la técnica occidental. Dice Ortega: "Pero la vida humana no es solo lucha con la materia, sino también lucha del hombre con su alma. ¿Qué cuadro puede Euramérica oponer a ese como repertorio de técnicas de alma? ¿No ha sido, en este orden, muy superior el Asia profunda?" (118).

APUNTES SOBRE EL USO DE LA TIERRA EN LA NUEVA ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS LEYES

Reiko Tateiwa

Introducción

Para estudios de la historia del México colonial es fundamental conocer el uso de la tierra: de cómo los españoles la ocuparon a partir de la conquista, de qué manera le sacaron provecho y cómo la conservaron. Trabajos como *La formación de los grandes latifundios* de Francisco Chevalier y *Los aztecas bajo el dominio español* de Charles Gibson han ilustrado el proceso de la ocupación de tierra por españoles hasta la formación de grandes propiedades pasando por el establecimiento de la encomienda, aunque dejaron de tarea algunos aspectos pendientes para futuras investigaciones.¹

Lo cierto es que el cambio de sistema, de la encomienda a la hacienda, había sido gradual y este lento proceso es lo que hace difícil comprender el uso de la tierra en la Nueva España en relación al desarrollo de la sociedad novohispana en conjunto. Los estudios sobre la hacienda ya sea por región o por propietario, tienden a acentuar en su variedad y particularidad más que en sus rasgos comunes.

En este trabajo haremos un análisis somero acerca del uso de la tierra según dictan las leyes expedidas para la Nueva España, con el fin de encontrar algún lineamiento en la política llevada a cabo por la Corona española. Me parece, además, que existe escaso interés por conocer las leyes relativas al uso de la tierra. Es muy probable que muchos de los historiadores las hayan considerado meramente teóricas y nunca respetadas en práctica.

El presente trabajo se basará en las fuentes como la recopilación de las leyes de los reinos de las Indias, las instrucciones reales que recibieron los virreyes y las *memorias* que dejaron los mismos virreyes a sus sucesores, que tendrán que completarse en el futuro con las leyes del siglo XVIII ilustrado; para que nuestro argumento sea más convincente.

En el primer apartado de este trabajo vamos a observar la relación que guarda el reparto de la tierra con la supervivencia de los españoles. Nuestra intención no está en examinar la necesidad que hubo de mano de obra de los indios, de la que existe abundante bibliografía, sino en resaltar la necesidad de acelerar la inmigración española para fundar el asentamiento. En el segundo apartado, destacaremos el difícil equilibrio entre la ganadería y la agricultura, sin olvidar de atender los aspectos negativos de dicho desarrollo paralelo y prolongado. En el último apartado haremos una breve observación cronológica de las leyes sobre la política de composición que parece haber sido una de las causas que formó grandes propiedades en el México colonial.

I. Reparto de la tierra

Para los conquistadores la tierra era, en primera instancia, el objeto de exploración para alcanzar a aquel

¹ Ver M?ner, "The Spanish American Hacienda: A Survey of Recent Reserch and Debate", *pássim*.

“el dorado” y hacerse rico. El típico ejemplo es el mismísimo Hernán Cortés quien continúa con su marcha dejando la ciudad recién conquistada en manos de sus hombres. Así en 1524 emprende una expedición al sur por dos años y somete bajo su dominio desde Hibueras, actual Guatemala, hasta Honduras para encontrar más oro en su camino hacia el imperio inca. En 1527 Cortés envía una armada hasta las islas de las especies en Asia. Finalmente en 1535 hace su tercer viaje por el Mar del Sur hasta California donde encontró las perlas.

Para extraer toda la riqueza a lo largo de la tierra conquistada, ésta se debía poblar para que así poder establecer una base de asentamiento o ciudades para continuar con las expediciones, aprovechar y disfrutar de la riqueza hallada, y mejor sería después radicarse en la ciudad que ellos mismos la hayan creado. En la Nueva España fue Cortés quien promocionó la inmigración española y fomentó la siembra de cultivos alimenticios; en 1524 ordenó a todos los españoles, vecinos y moradores, de la Nueva España a plantar la vid, el trigo, la cebada y los legumbres traídos de España “en los pueblos de los indios que tuvieren, ...”² Eran los indios quienes se dedicaban a la agricultura para pagar tributo en especie a los españoles. A todos los que se les había repartido indios se les obligaba a quedarse ocho años en la Nueva España, con el argumento de que la obra de conversión de los indios requería que los españoles se quedaran a vivir “y no estén de cada día con pensamientos de la dejar y se ir en España, que sería de causa de disipar las dichas tierras y naturales dellas.”³

Para conservar a sus indios de repartimiento y la tierra concedida como gratificación, los españoles, hombres en su absoluta mayoría, debían ser casados o traer a sus mujeres dentro de un período de un año y medio si eran solteros. En caso de no cumplir con esta ordenanza, se les condenaba con la pérdida de los indios y todo lo que con ellos habían adquirido y granjeado.⁴ Así, según Cortés, “teniendo en estas partes legítimo heredero y sucesor, sucederá en dichos indios y los tendrán para siempre de juro y de heredad como cosa suya propia, y prometo de lo enviar a suplicar a mi costa a Su Majestad, ...”⁵

Cortés trataba de acondicionar el reino para ofrecer a sus hombres una vida prometedoras en la tierra de la que era gobernador. Con la fecha del 15 de octubre de 1524 Cortés escribe al Carlos V:

“en estas partes los españoles no tienen otros géneros de provechos, ni maneras de vivir ni sustentarse en ellas, sino por la ayuda que de los naturales reciben, y faltándoles esto no se podrían sostener y forzado habían de desamparar la tierra, y los que en ella estuviesen, en la nueva no vendrían otros, ...”⁶

Al año, 1525, Carlos V respondió con una cédula que permitía la venta de casas, solares, tierras, caballerías y peonías a aquellos que habían pasado cuatro años instaurados en la Nueva España con casa y trabajo “a su voluntad libremente como suya propia.”⁷ Esta concesión es significativa ya que se muestra el interés por parte de la Corona de fomentar las actividades productivas en las manos libres de los pobladores y al mismo tiempo promover el sistema de la encomienda. La concentración de la tierra en un número limitado de personas, fenómeno que se produjo durante la Reconquista en la península Ibérica, todavía no preocupaba a la Corona en esta etapa de economía incipiente novohispana.

² Martínez, I, p. 279.

³ Martínez, I, p. 281.

⁴ *Loc. cit.*

⁵ *Loc. cit.*

⁶ Martínez, I, p. 287.

⁷ *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias* (En adelante, como *RLRI*), I - XII - i.

No todo era libre. Se advirtió que un poblador no podía tener tierra ni solar en más de un lugar, salvo que hubiesen vivido más de cuatro años en el primer lugar. El abandono de la primera tierra resultaba ser una pena contra la merced y tenía una multa de diez mil maravedíes.⁸ Además les era prohibido a los pobladores a vender sus tierras al clero, puesto que de hacerb éstos recibirían la pena de perder toda su propiedad, repartiéndola a otros,⁹ y no a la Corona.

El reparto de la tierra continúa durante el siglo XVI. Con la fecha del 25 de abril de 1535 el primer virrey Antonio de Mendoza recibe una instrucción real donde la Corona expresa su gratificación “honesta y moderadamente” a cada uno de los conquistadores que se quedaron a poblar y a permanecer con alguna merced “en feudo o en otro título” y para ello pide al virrey una lista de las personas con sus méritos, tierra adquirida y renta que se saca de ella.¹⁰ Con esta instrucción, aparentemente a favor de los conquistadores, la Corona comienza a recolectar la información sobre la distribución de la riqueza en la Nueva España, lo que más tarde se convertiría en una política que pondría límite en la sucesión de la encomienda.

Con la promulgación de las Leyes Nuevas de 1542 la Corona introduce cambios sustanciales en el concepto de tierra; ya no es el instrumento para atraer inmigrantes ni de otorgarla como merced sino extraerla para frenar la concentración de tierras en manos de unas cuantas prósperas familias descendientes de los conquistadores. La reacción fue inmediata y se organizó una fuerte resistencia violenta contra estas leyes, por lo que la Corona tuvo que concederles la tenencia de su encomienda hasta la cuarta vida.¹¹

Al contrario de lo que tendemos a pensar, los dueños de las tierras concedidas a los españoles ya no eran sólo blancos sino mestizos e incluso mulatos, lo que nos lleva a reconsiderar la imagen que siempre se tiene de la sociedad colonial: los encomenderos blancos como señores de toda la riqueza. En 1607 el virrey marqués de Montesclaros deja en su *memoria* una observación interesante que nos revela la realidad de los descendientes españoles ya en el siglo XVII:

“... habiendo de tratar de todos como nacidos en la misma conquista, aunque se haga agravio a mucha gente principal que a ella vino, dejando más raíces de nobleza en España, es menester entender que con la falta que al principio hubo de mu jeres con quien casarse, son innumerables los mestizos y mulatos que hoy son nietos de conquistadores, ...”¹²

El marqués opina que el trato por igual a los hacedores de la Nueva España había hecho que todos estos nietos esperaran siempre algún mérito como descendientes de los conquistadores y primeros pobladores y que sugiere a su sucesor que pusiera algún remedio para frenar la demanda de estos:

“... de la misma manera sea benemérito y espere paga el carpintero que fabricó los bergantines, y el herrero que hizo los clavos, y el que empedró las calles de México, todos por sus jornales, como el marqués del Valle que lo conquistó. Por lo menos, señor, tenga cada cosa en su lugar y pare en cierta raya, sin que se trate de ello tan por mayor como hasta aquí, ...”¹³

⁸ *RLRI*, I - XII - ii.

⁹ *RLRI*, I - XII - x.

¹⁰ *Instrucciones y memorias*, I, p. 84.

¹¹ Ver Reiko Tateiwa, “La rebelión del marqués del Valle: un examen del gobierno virreinal en Nueva España en 1566”, Capítulo II, pp. 15-28.

¹² *Instrucciones y memorias*, I, p. 306.

¹³ *Instrucciones y memorias*, I, p. 307.

Después de las Leyes Nuevas, ya no se gratificaba a estos descendientes con la tierra, sino que se les premiaba con puestos en la burocracia virreinal:

“ ... corra voz común que forzoso han de ser corregidores y administradores de justicia sólo los descendientes de conquistadores, ... Y certifico a V. M. que ha sido la materia más perjudicial que se podía introducir para el bien de los mismos onquistadores, porque los oficios de justicia sin duda no alcanzan a la décima parte de los pretensores, ...”¹⁴

Lo que es evidente aquí es que para finales del siglo XVI ya no sobraba tierra que repartir entre los héroes de la conquista y sus descendientes, además del descenso demográfico de los indios que se registró por esas épocas, ni tampoco había suficiente lugares o puestos en el gobierno o en la burocracia para ofrecerles como gratificación; lo que viene a afirmar el fin de una época de efímera prosperidad que sería desplazada por el desarrollo de actividades económicas donde los pobladores debían buscar su vida no sólo recurriendo a los indios sino también a los negros en caso de la producción de caña de azúcar y a los mestizos en busca de sustento en las minas y el campo.

II. Fomento de la ganadería

A pesar de la conquista los indios continuaron cosechando sus tradicionales cultivos como maíz, papa (patata), tomate y frutas. Los españoles rápidamente los incorporaron en su dieta y fueron apreciados incluso en las mesas de gala. Para finales del XVI en la mesa se servía tanto de la cocina española y de la indígena. Para una comida dedicada a la Nuestra Señora de Guadalupe que se dio en el castillo de Chapultepec se compraron carne de puerco, carne de vaca, gallinas, guajolote, oca, huevo, cabrito, arroz, harina, maíz, almendra, pasa, dátil, avellana, nueces, canela, chile, tomate, fruta, tamales, mostaza, azúcar, vinagre, vino y leche.¹⁵

No obstante, los españoles intentaron primero a implantar sus cultivos europeos, de los que en México no dieron frutos el olivo ni la vid por el clima tropical, y además se prohibió cultivarlos en el Nuevo Mundo para proteger la agricultura de la Península. Sólo los grandes mineros lograron a producir en pequeñas porciones para ciertos mercados. El trigo era lo que más les urgía a los españoles para su pan, dieta diaria, aunque se cosechaba sólo una vez al año y requería de cierto cuidado y más aun en las nuevas tierras. Fue difícil obligar a los indios a producirlo ya que ellos no veían ninguna necesidad de cultivarlo por tener el maíz para ellos. El rechazo a cultivar trigo en lugar de maíz fue tan persistente que los españoles,¹⁶ desesperados, comenzaron a ocupar la tierra de los indios y sembrar allí trigo para disponer de su mano de obra. Es una de las razones por la que fracasó el sistema de encomienda casi desde su inicio. La escasez de trigo para el pan llegó a tal grado que se decidió exigir a los indios entregar el tributo en trigo e incluso Antonio de Mendoza, el primer virrey de Nueva España, tuvo que ir de pueblo en pueblo para pedir que produjeran trigo para el

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ Archivo General de Indias, México, 318, Traslado sacado del gasto que se hizo de una comida que se dio a la Justicia y regidores de la ciudad de México y otras personas que se fueron a la lista de los términos y ejidos, 1549.

¹⁶ Es interesante la observación que hace Solange Albero en su trabajo *Del Gachupín al Criollo o de cómo los españoles de México dejaron de serlo*, refiriéndose al maíz y el trigo. Ver, pp. 82-84.

sustento de los españoles. La demanda por el trigo se incrementó para satisfacer a las ciudades que iban naciendo al rededor de las ciudades mineras. Para finales del siglo XVI la tierra había acogido el trigo y se extendieron los trigales en grandes dimensiones.

Los indios, sin embargo, no eran despojados de todo y conservaban su tierra como lo señala la siguiente ley:

“... a los indios se les dejen sus tierras, heredades y pastos de forma que no les falte lo necesario y tengan todo el alivio y descanso posible para el sustento de sus casas y familias.”¹⁷

No obstante, los pueblos de indios no podían escaparse de los efectos que producía el reparto de la tierra entre los españoles, sobre todo el de los ganados que se propagaron aceleradamente. Los ganados se utilizaban para el transporte, hacer embutidos y fabricar artículos de cuero. La ganadería fue, desde un principio, una de las actividades económicas más prósperas en la Nueva España, pronto respaldada por la experiencia castellana y la organización de la Mesta en México.¹⁸ Tan bien se adaptaron al clima tropical los animales como puercos, ovejas, vacas, caballos traídos de las Antillas, que comenzaron a multiplicarse con el maíz de los indios y la vasta extensión de pasto. No sólo se hacía el repartimiento de los indios y la tierra, sino también del agua, abrevaderos y pasto. Era entonces necesario hacer visibles los límites de los terrenos para que estos animales no pasaran a otros. Así se estableció que perderían sus tierras los que no plantasen “sauces y árboles” en los límites de su tierra dentro de los tres años a partir de su adquisición.¹⁹ En 1550 Carlos V mandó también administrar las estancias de ganado lejos de los pueblos de los indios” porque “hacen gran daño en los maizales de los indios”.²⁰

Parece ser que fue difícil poner el fin al daño a la cosecha. La situación se puso tan tensa entre los dueños del ganado y los indios:

“... que las justicias que procedieran contra indios culpados de matar ganados, demás de condenarlos a azotes, lo sean también a que paguen a los dueños el interés del ganado que hubieren muerto.”²¹

La Corona intentó aliviar la situación y encargó encarecidamente a los virreyes la siguiente instrucción real en 1580, 1585 y 1596:

“... muchas de las estancias y ganados de españoles en perjuicio de los indios por estar en sus tierras o muy cerca de sus labranzas y haciendas, a cuya causa dichos ganados les comen y destruyen sus sementeras o les hacen otros daños. Y para remedio de esto proveereis que el oidor que fuere a visitar una de las principales cosas que lleve a cargo, sea visitar dichas estancias sin ser requerido, y ver si están en su juicio o en sus tierras, de oficio las mande luego quitar y pasar a otra parte que sean baldíos

¹⁷ *RLRI*, I - XII - v.

¹⁸ Ver el trabajo de William H. Dusenberry, *The Mexican Mesta: The Administration of Ranching in Colonial Mexico*, sobre todo el capítulo III: Introduction of the Mesta into New Spain, pp. 44-53.

¹⁹ *RLRI*, I - XII - xi.

²⁰ *RLRI*, IV - XII - xii.

²¹ Bentura Beleña, *Recopilación sumaria de todos los autos acordados de la Real Audiencia y sala del crimen desta Nueva España*, México, 1787, Vol. 1, p. 110, citado en Alejandro Moreno, p. 71.

sin perjuicio de nadie, ...”²²

Los ganados no sólo causaron daños a los pueblos indígenas sino también a la tierra cultivable dejándola en condiciones lamentable, aunque el pastoreo estimuló la búsqueda de nuevas tierras al norte para conseguir el terreno para pastorear. La siguiente instrucción que recibieron los virreyes del Rey se repitió a finales del siglo XVI:

“... algunas de dichas estancias de ganados ocupan algunas tierras de regadío muy buenas para sembrar trigo, y si allí no estuviesen dichas estancias los indios sembrarían dichas tierras de trigo de que vendría mucho bien y provecho a la república. Porque el trigo de regadío no se hiela y el que se coge sin regarse por la mayor parte recibe daño de los hielos, y por esta causa algunas veces dicen que hay falta de pan en la Nueva España. ... las tierras que hubiere de regadíos y dareis orden cómo se siembre de trigo y si algunas estancias de ganados en ellas hubiese que no tengan título legítimo a las tierras, las mandaréis quitar y pasar a otras partes adonde estén sin perjuicio y daréis orden con los indios cómo en todas las tierras de regadío siembren trigo, porque la tierra sea bien abastecida, ...”²³

El uso del agua y la técnica de regadío son temas de los que tampoco abundan estudios monográficos. Al parecer la importancia de esta instrucción, ya que el documento termina con “... proveereis para seguridad y población de la tierra”, fue de peso mayor puesto que las autoridades atendieron con seriedad y urgencia y no vuelve a aparecer en las épocas posteriores.

III. El nacimiento de la hacienda

A partir de los fines del siglo XVI y todo el siglo XVII, la Corona les encarga a los virreyes de reorganizar la posesión de tierras, poniéndolas a la venta para sacar fondos con el fin de financiar las guerras europeas. Y esta política de confiscación de tierra sin títulos, se ve implementada en el período de la baja producción minera en la segunda mitad del siglo XVII. Entonces los dueños ilegales, incluso legales, pagaban cierta cantidad para obtener el título y así asegurarse de sus tierras. Para la Corona la legitimidad del título tal vez no era tan importante, pues el resultado era lo mismo: el dinero por la compra del título igualmente pararía en el fisco.

Las leyes relativas a la confiscación fueron varias. Ya pronto en 1589 se les concedió a los virreyes la facultad de:

“revocar y dar por ningunas gracias que los cabildos de las ciudades hubieren hecho, o hicieren de tierras en sus distritos, si no estuvieren confirmados por Nos y si fueren de indios, se las mandan volver y las baldías que den por tales y admitan a composición a los que las tuvieron, sirviéndonos por ellas con la cantidad que fuere justo.”²⁴

Para 1613 va a ser más explícita la intención de la Corona por obtener fondo a base de tierras sin dueño y ponerlas en producción y así se les ordenó a los virreyes que:

²² *Instrucciones y memorias*, I, pp. 198, 215 y 253.

²³ *Loc. cit.*

²⁴ *RLRI*, IV - XII - xx.

“en las tierras compuestas por sus antecesores no inoven, dejando a los dueños en su pacífica posesión; y los que se hubieren introducido y usurpado más de los que les pertenece, conforme a las medidas sean admitidos en cuanto al exceso a moderada composición y se les despachen nuevos títulos; y todas las que estuvieren por componer, absolutamente harán que se vendan a vela y pregón y rematen en el mayor ponedor, ...”²⁵

Por otro lado, la Corona siempre nunca dejó de proteger a los indios de los abusos y así en 1646 se mandó que :

“... las composiciones de tierras no sean de las que los españoles hubieren adquirido de indios contra nuestras cédulas reales y ordenanzas o poseyeran con título vicioso ...”²⁶

Además se expidieron algunas leyes que promovieron a favorecer el reparto de la tierra a los indios; por ejemplo, en 1642 y 1646 se ordenó que:

“... la venta, beneficio y composición de tierras se haga con tal antelación que a los indios se les dejen con sobra todas las que les pertenecieren así, en particular, como por comunidades y las aguas y riegos.”²⁷

E incluso se admitió a los indios a adquirir tierra a través de esta política de composición:

“No sea admitido a composición de tierras el que no las hubiere poseído por diez años, aunque alegue que las está poseyendo, porque este pretexto sólo no ha de ser bastante y las comunidades de indios sean admitidas a composición con relación a las demás personas particulares, haciéndoles toda conveniencia.”²⁸

La reorganización de la tierra se fue completando, tal vez, absorbiendo los problemas derivados de la misma: movilizándolo los pueblos enteros de indios a otras zonas y esperando que el terreno se quedara sin dueño, a pesar de que existía el mecanismo de justicia para resolver los problemas en cuanto a la adquisición de tierra. He aquí la diferencia de entre la teoría y la práctica, la laguna de la historia. Lo que sabemos es que durante el siglo XVII se formaron las grandes propiedades con sus propias administraciones y milicias.

El hecho de que no hayamos encontrado ningún documento tocante a la tierra durante el siglo XVIII en nuestras fuentes, demuestra en cierta forma el desinterés de los Borbones en el campo de la agricultura, salvo el de cuidar los cultivos de materia prima para exportar a España, o de fomentar el comercio exterior; pero sin intervenir en la economía interna de Nueva España. Tal parece que los propietarios aprovecharon de esta supuesta libertad y se enriquecieron. El segundo conde de Revillagigedo, ilustrado virrey observó con minuciosidad su reino en 1794:

²⁵ *RLRI*, IV - XII - xv.

²⁶ *RLRI*, IV - XII - xvii.

²⁷ *RLRI*, IV - XII - xviii.

²⁸ *RLRI*, IV - XII - xix.

“La división de las tierras en estos reinos, es mucho más igual que en España, como que hay varios hacendados que poseen terreno suficiente para fundar un reino entero, ...”²⁹

El conde destaca el aspecto autónomo de los grandes propietarios:

“... sin embargo, no causa esto tanto daño en América como causaría en Europa, porque la desidia y mala educación de los indios, hace que arrienden las tierras a los españoles, o las cultiven de modo que no saquen de ellas la utilidad que en manos de estos.”³⁰

Dejando a un lado la mirada despectiva hacia los indios, típica del siglo XVIII en la Nueva España ilustrada, el conde proporciona una información importante: que sí se les guardó la tierra a los indios, al menos en términos de título.

Concluye el conde que:

“En todas partes serían cortos los progresos de la agricultura, mientras se limiten a los consumos del país, y no haya extracción de ellos para otras partes, lo cual debe proporcionar el comercio.”³¹

Esta observación nos habla de una agricultura desarrollada para el mercado interior, un mundo cerrado, pero autosuficiente y autónomo que ya comenzaba a desligarse del poder central de la ciudad de México.

Comentarios finales

La cuestión de la tierra en México es fundamental para conocer su historia única. Las investigaciones no sólo intentan aclarar aspectos económicos sino hasta los acontecimientos históricos como la Independencia, la Revolución, la expropiación petrolera de las que la tierra hablaría por sí misma.

Fue precisamente la conquista llevada a cabo por Cortés la que introdujo cambios significativos en el suelo mexicano con la introducción de cultivos y animales nunca vistos en América prehispánica. Tan rápido y acelerado fue la adaptación de las especies europeas al clima tropical y la exploración por el mundo desconocido que ya para fines del siglo XVI el asentamiento español había echado sus raíces, incluso adquirido caracteres propios en cada región.

El análisis somero presentado aquí no contiene más que unas cuantas observaciones simples acerca de las leyes sobre el uso de la tierra en la Nueva España; no obstante, muestra bien la preocupación de la Corona por estimular la industria, frenando la formación de grandes grupos de poder privilegiados, y por cuidar a los indios del abuso, promoviendo el crecimiento económico. Esta realidad dual a la que siempre se ha enfrentado la Corona en América.

La repetición de las leyes desde la segunda mitad del siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XVII nos revela el lento proceso de reorganización de la tierra; más aun, si se tiene en cuenta la incorporación gradual de nuevos territorios del norte de México. No hay que olvidar que México fue un territorio en

²⁹ *Instrucciones y memorias*, II, p. 1102 .

³⁰ *Loc. cit.*

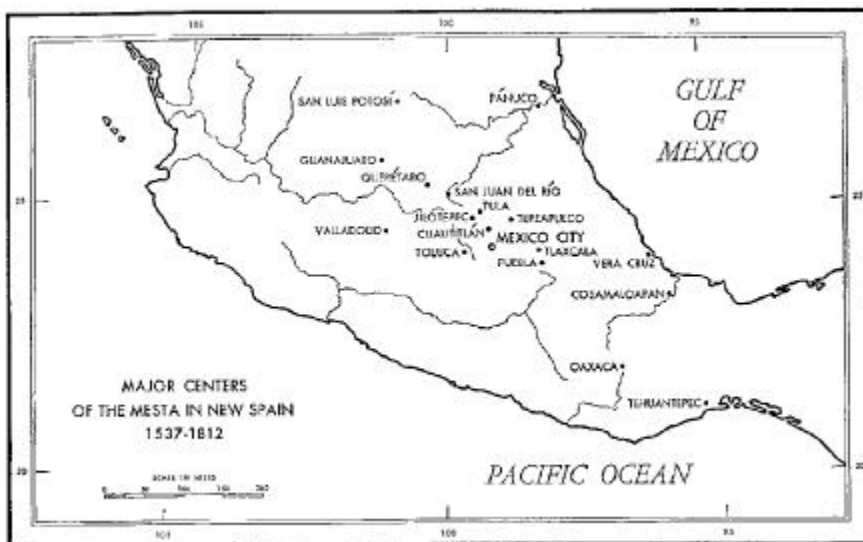
³¹ *Instrucciones y memorias*, II, p. 1103.

constante expansión a lo largo del período colonial.

Este pequeño trabajo no es más que unas simples observaciones que se tendrían que complementar posteriormente, entre otras cosas, con las otras ordenanzas más específicas de cada ramo de la industria.

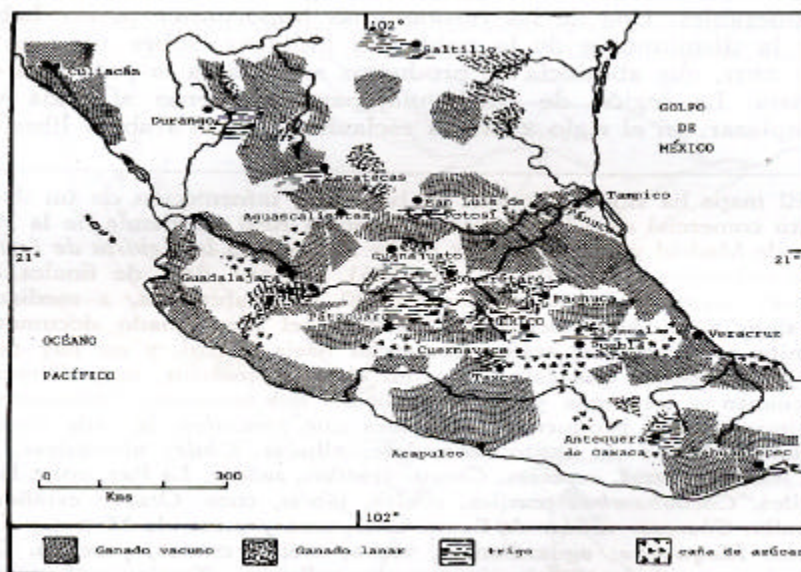
Apéndice

1) Los principales centros de la Mesta en la Nueva España (1537 - 1812)



Fuente: William H. Dusenberry, *The Mexican Mesta, The Administration of Ranching in Colonial Mexico*, p. 52.

2) La economía de Nueva España (Sigos XVII y XVIII)



Fuente:
Ciro F.
S.

Bibliografía

Fuente documental:

Archivo General de Indias, Sevilla
México, 318

Fuentes documentales impresas:

Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos, 2 tomos, Porrúa, México, D. F., 1991.
Martínez, José Luis (ed.), *Documentos cortesinos*, 4 vols., FCE, México, D. F., 1990.
Recopilación de leyes de los reinos de las Indias, 5 vols., Miguel Ángel Porrúa, México, D. F., 1987.

Libros y artículos:

- Borah Woodrow: *New Spain's Century of Depression*, University of California Press, Berkley/Los Angeles, 1951.
"Fluctuaciones de la población mexicana", en Enrique Cárdenas (comp.), *Historia económica de México*, FCE, México, D. F., 1989, pp. 272 - 292.
- Calderón, Francisco R.: *Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Austrias*, FCE, México, D. F., 1988.
- Cardelús, Borja: *Luces de la cultura hispana*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, 2002.
- Cardoso, Ciro F. S., y Pérez Brignoli, Héctor: *Historia económica de América Latina*, 2 vols., Crítica, Barcelona, 1999.
- Chevalier, François: *Land and society in colonial Mexico*, University of California Press, Berkley / Los Angeles, 1963.
- De la Peña, José F.: *Oligarquía y propiedad en Nueva España 1550 - 1624*, FCE, México, D. F., 1983.
- Dusenberry, William H.: *The Mexican Mesta, The Administration of Ranching in Colonial Mexico*, University of Illinois Press, Urbana 1963.
- Florescano, Enrique: "El abasto y la legislación de granos en el siglo XVI", *Historia Mexicana*, Vo. XIII, Núm 4, Abr - Jun, 1965.
- : "Los fundamentos de la propiedad: Los títulos originarios de la propiedad de la tierra en la Nueva España", en Enrique Cárdenas (comp.), *Historia económica de México*, FCE, México, D. F., 1989, pp. 329 - 375.
- , y Margarita Menegus: "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico (1750 - 1808), en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, D. F., 2000, pp. 361 - 430.
- García Martínez, Bernardo: "La creación de Nueva España", en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, D. F., 2000, pp. 235 - 306.
- Gemelli Careli, Giovanni Francesco, *Viaje a la Nueva España*, UNAM, México, D. F., 1983.
- Gibson, Charles, *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indias of the Valley of Mexico 1519 - 1810*, Stanford University Press, Stanford, 1964.
- : *Spain in America*, Harper & Row, New York, 1966.
- Guijo, Gregorio M. de: *Diario (1648 - 1664)*, 2 vols., Porrúa, México, D. F., 1952.
- Ladd, Doris : *The Mexican Nobility at Independence, 1780 - 1826*, University of Texas at Austin, Austin, 1976.
- Lee, Raymond L: "Grain Legislation in Colonial Mexico, 1575 - 1585", *Hispanic American Historical Review*, Vol. XXVII, No. 4, Nov., 1947, pp. 647 - 660.
- Lira, Andrés, y Luis Muro: "El siglo de la integración", en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, D. F., 2000, pp. 307 - 362.
- López Rosado, Diego: *El abasto de productos alimenticios en la ciudad de México*, FCE, México, D. F., 1998.
- Martínez, José Luis : *Hernán Cortés*, FCE, México, D. F., 1990.
- Mijares, Ivonne: *Mestizaje alimentario, El abasto en la ciudad de México en el siglo XVI*, UNAM, México, D. F., 1993.

- M?ner, Magnus: "The Spanish American Hacienda: A Survey of Recent Research and Debate", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 53, No. 1, Feb. 1973, pp. 183 - 215.
- Moreno Toscano, Alejandro: "Tres problemas en la geografía del maíz 1600 - 1624", *Historia Mexicana*, Vo. XIV, Núm. 4, Abr - Jun, 1965, pp. 631 - 655.
- : *Geografía económica de México (Siglo XVI)*, El Colegio de México, México, D. F., 1968.
- Morilla Critz, José: "Crisis y transformación de la economía de Nueva España en el siglo XVII. Un ensayo crítico", *Anuario de Estudios Americanos*, XLV, 1988, pp. 241 - 272.
- Robles Antonio de: *Diario de sucesos notables (1665 - 1703)*, 3 vols., Porrúa, México, D. F., 1946.
- Rubio Mañé, Jorge Ignacio: *El virreinato*, 4 vols., UNAM/ FCE, México, D. F., 1992.
- Solange, Alberro: *Del gachupín al criollo o de cómo los españoles de México dejaron de serlo*, El Colegio de México, México D. F., 1997.
- Stein, Stanley J, y Barbara H Stein: "La economía colonial" en Enrique Cárdenas (comp.), *Historia económica de México*, FCE, México, D. F., 1989, pp. 254 - 271.
- Tateiwa, Reiko: "La rebelión del marqués del Valle: un examen del gobierno virreinal en Nueva España en 1566", *Cuadernos de Investigación del Mundo Latino*, No. 16, Universidad de Nanzan, Nagoya, 45 pp.
- Verlinda, Charles: "Las reducciones y los cambios estructurales en el México hispano (siglos XVI - XVII)", *Revista Compuense de Historia de América*, No. 20, Editorial Compuense, 1994, pp. 13 - 49.
- Wobeser, Gisela von: *Dominación colonial, La consolidación de vales reales, 1804 - 1812*, UNAM, México, D. F., 2003.
- Young, Eric von: "La historia rural de México desde Chevalier: Historiografía de la hacienda colonial", en Enrique Cárdenas (comp.), *Historia económica de México*, FCE, México, D. F., 1989, pp. 376 - 438.
- Zavala, Ignacio: *La encomienda indiana*, Porrúa, México, D. F., 1973.

LOS TÍTULOS PRIMORDIALES DEL CENTRO DE MÉXICO: UNA PERSPECTIVA PARA SU ANÁLISIS

Yukitaka Inoue

Introducción

La época novohispana, lejos de ser una “siesta colonial” según una visión ya anticuada de este período, se caracterizó por una serie de acontecimientos culturales importantes. Uno de los ejemplos más interesantes, relacionado con la formación de los pueblos indígenas en esta época corresponde a una serie de documentos llamados *títulos primordiales* de varias comunidades indígenas del Centro de México. El objeto de este artículo es proponer algunas líneas de análisis tentativas que sirvan para futuras investigaciones.

Primero, se describirán brevemente las características de los *títulos* y se presentarán los estudios recientes sobre ellos. Luego nos ocuparemos de algunos problemas acerca de estos documentos. En particular, se analizará con detenimiento el motivo y el contexto por los cuales se produjeron los *títulos*, los supuestos lectores, el tema de la “inexactitud” de los datos históricos contenidos, y el criterio de agrupación de los documentos. Finalmente se considerará el lugar de estos documentos en la historiografía indígena novohispana.

I. Los *títulos primordiales*

Aunque se conocen desde el siglo XIX con el nombre de *títulos primordiales*, no se trata de documentos realizados y otorgados por el gobierno. La mayoría se elaboró en los siglos XVII-XVIII y normalmente son documentos escritos en náhuatl con alfabeto, acompañados algunas veces por dibujos sencillos y/o por mapas¹. En algunos casos conocemos solamente la traducción castellana de aquella época o de algún momento posterior. Este artículo se basará en los *títulos* –algunos publicados y otros inéditos– que aparecen en la tabla I. Todos pertenecen a la zona del Valle de México o de sus alrededores. Aunque los hay de otras regiones del territorio que formaban la Nueva España, este trabajo se dedicará exclusivamente a los del Centro de México².

El tema más frecuentemente tratado en los *títulos* es la legitimidad de la posesión de las tierras del pueblo: hablan de los linderos, la medida de tierras en el siglo XVI o alguna merced de dicho siglo. Hay veces en que el narrador se presenta como un señor principal que pertenece a un período de tiempo anterior; en otros casos es el virrey que habla en primera persona³. Algunos *títulos* también narran sucesos prehispánicos y coloniales tempranos como la fundación del pueblo, la invasión mexicana, el arribo de los primeros españoles, la llegada del cristianismo o la construcción de su iglesia.

¹ En este artículo se analizará únicamente los textos escritos.

² Véase Roskamp (1998) para el caso michoacano.

³ El primer caso nos remite a la posibilidad de que un discurso público por alguna persona importante del pueblo fuera transcrito en algún momento; el segundo caso ostenta ser copia de documentos del siglo XVI.

TABLA I: LOS TÍTULOS PRIMORDIALES DEL CENTRO DE MÉXICO

Región	Lugar o nombre del documento	Fecha ¹⁾	Fecha ²⁾	Dibujo y texto ³⁾
Chalco	Atlautla	1861	1552	D, N, E
	Cuixingo	1702	1530, 1532, 1591	D, N, E
	Los Reyes	1731	1556	D, N, E
	Sula	1778		E
	Sultepeque	1704	1660	D, N, E
	Tenango	1757		D, N, E
	Zoyatzingo	1699	1532, 1559	D, N, E
Cuernavaca	Chapultepec	1756	1358?	N, E
	Chiamilpa	1732		N, E
	Cuauhcomulco	1789	1419	N
	Cuernavaca			
	(a) Códice municipal...	1898		N, E
	(b) Reedificación...	1898	1419, 1575 (1715?)	N?, E
	(c) Unos títulos...	s. XVIII	1552	N
Ocatepec	1732	1674, 1667	N, E	
Milpa Alta	Milpa Alta	1621, 1697, s.XIX	1565, 1657	N, E
	Mixquic	1621, s. XIX		E
	Tetelco	1699		D, N, E
	Xocotepetlpan	1727		D, N, E
Texcoco	Tetzcotzincó	1828	1537	N, E
Tlalpan	Ajusco	1710	1531, 1551	N, E
	Xicalco	1604	1544, 1546	D, E
Toluca	Capulhuac	1774		D, N, E
	Coatepec	fin. s.XVII-prin. s.XVIII	1550?	N
	Metepec	?	1532, 1649	N
	Ocoyoacac	1869	1521, 1576	D, N, E
	Tlacotepec	1588, 1561		E
	Totoltepec	1703	1545	E
Xochimilco	Acapulco	?	1532, 1595, 1603	D, N, E?
	Cuacuazentlalpan	?		N?

Fuente: López Caballero 2000; AGN *Colección de Documentos y Títulos...*; Códices de Cuernavaca 1991; Títulos de Atlautla 1981; Títulos de Coatepec 1995; Títulos de Tetzcotzincó 1946.

Nota: 1): Fecha de elaboración del manuscrito.

2): Fechas de redacción que aparece en el documento.

3): "D" significa dibujos y/o mapas; "N", texto en náhuatl; "E", texto en español.

Hasta hace poco, los *títulos* se consideraban como documentos "falsos". Aunque se habían publicado algunos *títulos* hasta mediados del siglo pasado, apenas hace unas pocas décadas que se comenzaron a estudiar como material de análisis histórico. El primer investigador que opinó sobre el conjunto de estos documentos es Charles Gibson. Según este investigador, se trata de documentos no oficiales que los indígenas elaboraron para impedir la entrada de los españoles a sus tierras (Gibson 1964: 271, 287-288). En otro artículo también comenta que en estos documentos "la memoria pudo haber sido mal aconsejada o deliberadamente inventada" (Gibson 1975: 321).

Sólo a partir de los años de 1980 aparecen nuevas tendencias y empiezan a calificar los *títulos* como fuentes históricas relevantes. James Lockhart, de la escuela norteamericana de la "Nueva Filología", propone la posibilidad de observar la mentalidad indígena en estos documentos y afirma que los *títulos* son una "evidencia de vitalidad y creatividad culturales de generaciones después de que comenzó la confrontación

con los españoles” (Lockhart 1992: 418). Otra investigadora también norteamericana, Stephanie Wood, es la que ha publicado el mayor número de trabajos sobre el tema. Esta historiadora, tomando en cuenta la propuesta de Lockhart, ha profundizado notablemente el estudio de los *títulos* como documentos en los que se puede observar la reinterpretación de la historia por parte de los indígenas de las comunidades coloniales.

Otros investigadores también han tratado de observar la memoria histórica de los indígenas en los *títulos*. Serge Gruzinski, interesado en la “historia de mentalidades” de la escuela francesa de los *Anales*, señala la adopción de elementos europeos llevado a cabo por los indígenas, formando parte de lo que este autor denomina “occidentalización” (Gruzinski 1991: 104-148). Enrique Florescano, famoso historiador mexicano, sintetiza, por su parte, los argumentos de varios estudiosos sobre este tema y concluye que los *títulos* son creación de la memoria histórica por los indígenas bajo la dominación española (Florescano 1994: 361-369).

Recientemente, con el estudio de Menegus Bornemann se propone una interpretación distinta a los estudiosos que acabamos de mencionar. Esta historiadora, cuyo acercamiento es más bien desde la historia jurídica, niega la posibilidad de observar, a través de estos documentos, el pensamiento o cosmovisión, en fin, la mentalidad indígena y acentúa que se trata, antes que nada, de documentos jurídicos (Menegus Bornemann 1999: 145).

Así, gracias a las investigaciones de estas últimas décadas, los *títulos primordiales*, que una vez se calificaron como documentos falsos e inútiles, han sido reivindicados, dejando abiertas varias opciones posibles para futuras investigaciones.

II. Los motivos de la redacción y los autores de los *títulos*

Hasta mediados del siglo pasado se había considerado que los *títulos* eran del siglo XVI, pero nuevos hallazgos y la revisión de los textos conocidos hasta entonces revelaron que no procedían de esa época, sino que eran posteriores en su mayoría, perteneciendo a los siglos XVII y XVIII. Aunque todavía carecemos de datos exactos de la elaboración de los *títulos*, ahora sabemos más del contexto histórico de su aparición. Wood refiere a las congregaciones y las visitas del mediados del siglo XVI; las congregaciones a fines del siglo XVI y principios del XVII; y las llamadas “composiciones” de los siglos XVII-XVIII (Wood 1998a: 206-209). Así se ha hablado principalmente de dos contextos clave: la política de congregación y las composiciones de tierras.

Con el fin de reunir a la población indígena dispersa y controlarla económica, política y religiosamente, los españoles aplicaron la política de congregación o reducción (Torre Villar 1995: 9). Se puede hablar de dos momentos clave de esta política en Nueva España. El primero comenzó a mediados del siglo XVI, bajo el gobierno de Luis de Velasco, que se interrumpió por otros asuntos más urgentes. El segundo momento fue entre fines del siglo XVI y principios del XVII, ejecutado a gran escala. Especialmente entre los años 1590 y 1615, se cambió el mapa de la distribución demográfica y la situación total de la población indígena (Torre Villar 1995: 25). Así las congregaciones provocaron una profunda reorganización de los poblados indígenas, muchos de los cuales siguen vigente como demarcación política hasta el día de hoy.

Por otra parte, desde mediados del siglo XVI, junto con la dramática disminución de la población indígena por causas epidémicas, empezó a aumentar la ocupación “ilegal” de tierras por los colonos españoles. Por ello, entre los años 1572 y 1575 se llegó a discutir, entre el virrey Martín Enríquez y la Audiencia, si se

debía exigir o no sus títulos de propiedad de tierras a los colonos españoles. En 1581⁴, Felipe II ordenó al virrey de entonces, conde de Coruña, a investigar el asunto. Todo este proceso resultó en el reordenamiento de la posesión de tierras, promulgadas como cédulas reales en 1591. La “composición” que proponían estas cédulas fue “una figura jurídica por la cual, en determinadas circunstancias, una situación de hecho producida al margen o en contra del Derecho –podía convertirse en una situación de derecho mediante el pago al Fisco de una cierta cantidad”⁵. Estas cédulas de composición de tierras fueron ejecutadas en fechas posteriores, principalmente entre las décadas de 1620 y 1640, lo que obligó a los pueblos indígenas que tuvieran también sus títulos⁶.

Menegus Bornemann, aunque también refiere a la importancia de las congregaciones, acentúa, sin embargo, la importancia de estas composiciones (Menegus Bornemann 1999: 138-143). Esta investigadora las asocia directamente con el motivo de la redacción de los *títulos*, considerando que Felipe II, quien promovió esta política, “fue quien rompió el pacto establecido con Carlos V”, en el que “los indios le tributan en reconocimiento a la soberanía del monarca, y él, al reconocerlos como sus vasallos, les reconoce su derecho a la propiedad” (Menegus Bornemann 1999: 149, 153-154). Es verdad que los *títulos* se hicieron indispensables con la demanda de que los pueblos antes congregados y ahora amenazados por las composiciones, tuvieran documentos que les sirvieran de fundamento para la posesión de sus tierras. No obstante, no sabemos con exactitud si la congregación y la composición hayan sido los motivos directos de su elaboración o sólo el contexto histórico de su aparición.

La imposibilidad de resolver este dilema del motivo/contexto proviene del hecho de que no sabemos con exactitud quiénes fueron los autores de los *títulos*. Suelen pensarse que se escribieron en cada pueblo, por personas de cada comunidad (Gruzinski 1991: 113). Sin embargo, gracias a los estudios de Wood, tenemos noticias de personas como Pedro Villafranca y Diego García de Moctezuma, que se dedicaban a la producción o a la venta de los *títulos* (Wood 1987, 1989). Por otra parte, se ha sugerido también la posibilidad de que se copiaran los *títulos* entre sí (Gruzinski 1991: 133; Wood 1998a: 216). Entonces, lo que se puede afirmar es que la hipótesis de una redacción por personas dentro de cada comunidad, motivadas directamente por las políticas españolas, no está comprobada.

III. El problema de los lectores y los datos “inexactos” en los *títulos*

Relacionado con el problema de los autores, también está pendiente quiénes eran los supuestos lectores. Este aspecto es igualmente muy importante, ya que el aclarar a quiénes fueron dirigidos los *títulos* podrá ayudar mucho en el análisis del contenido. Mientras algunos investigadores piensan que los compusieron para comprobar el derecho de la comunidad sobre su tierra (Gibson 1975: 321; Lockhart 1991: 42), otros suponen que eran destinados originalmente a los de cada pueblo (Wood 2003: 109-111). De hecho, a veces el mismo texto afirma que no debían mostrarse a los españoles (Wood 1998a: 220; 1998b: 187). Posiblemente los *títulos* falsificados y comprados eran dirigidos desde el principio a los españoles. Pero para otros *títulos*

⁴ Menegus Bornemann (1999: 139) dice que fue en 1582, pero Torales Pacheco (1990: 90) afirma que la fecha de este mandamiento del monarca fue el 13 de noviembre de 1581.

⁵ Ots Capdequi, citado en Vélez Pliego (1990: 71).

⁶ Esta decisión de la Corona ciertamente tuvo que ver con sus serios problemas financieros, y resultó en la formación de grandes haciendas (Vélez Pliego 1990: 72). Sin embargo, por lo que toca a los pueblos indígenas, significó que tenían que poder mostrar algún documento que justificara su posesión de tierras igual que los colonos españoles; si no, tendrían que hacer el pago para legalizar la posesión de sus tierras.

puede pensarse en la posibilidad de que algunas personas locales quisieran fortalecer su posición social dentro de la comunidad con esos documentos⁷.

Es importante agregar que la existencia de muchísimos datos “inexactos” contenidos en los *títulos* son, a nuestro juicio, indicios de que eran originalmente para el consumo de la comunidad. Por ejemplo, en los *Títulos de Tenango* dice:

“[...] quando Vinieron los españoles [...] en el año de mill quinientos y viente y uno a cinco de Agosto *que fue quando vino el emperador Y Rey Don Carlos quinto* cuando se llamaron a todos los del Pueblo y los de Mexico para Resevir su Donasion de tierras y haver donde Acavan sus Linderos en los Serros y a donde formaron sus Pueblos y Pusieron sus Yglesias para que en todas partes contribuyeran el tributo [...]” (López Caballero 2000: 342-343)⁸

Como se sabe, Carlos V nunca viajó a las tierras americanas. Obviamente este documento se refiere a un hecho imposible, inventado y falsificado. Si analizamos detenidamente la cita, se observa que los del pueblo de Tenango se juntan “para recibir su donación de tierras” y “a ver donde acaban sus linderos”. Aquí el énfasis está en el acto de la “donación” por parte de la “autoridad”, en este caso, el monarca español, siendo menos importante si ese Don Carlos V haya venido a México. Algo similar pasa con los *Títulos de Totoltepec*. Al narrar la fundación del pueblo, dice que estuvo presente el mismo virrey, suceso que se puede señalar como muy improbable:

“Y aqui los Resivimos los santos sacramentos del ssto. Baupmo; *estando presente el gran Prinsipe dn. Antonio de mendossa*; nuestro amo Repartio dhas tierras [...]” (Wood 1989: 262)⁹

También se encuentran, con frecuencia, confusiones de personajes históricas muy conocidas. Por ejemplo, los *Títulos de Zoyatzinco* mencionan a “el Rey nuestro señor que esta en la Ciudad de Mexico nuestro Rey Marques del Valle” (López Caballero 2000: 282). Aquí se funden las dos figuras importantísimas del siglo XVI: Hernán Cortés, marqués del Valle y el rey de España.

TABLA II: NOMBRES Y CARGOS “INEXACTOS” EN LOS TÍTULOS

Documento	Texto náhuatl	Traducción directa del texto náhuatl*	Texto de la traducción castellana
Atlauhtla	Rey Don Antonio de Mendoza	rey don Antonio de Mendoza	Visorrey Don Antonio de Mendoza
	Rey Don Luis de Velasco	rey don Luis de Velasco	Visorrey Don Luis de Velasco
Capulhuac	Bernaldo/Bernal Cortes	Bernaldo/Bernal Cortes	Fernando/Fernan Cortes
	don lois de belasquis	don Luis de Velázquez	Don Luis de Velasco Altamirano
Cuixingo	y[n] do[n] tlatoatzin Señor marquez del panle señor cordez de sanlina	el don <i>tlatoani</i> señor marqués del valle, señor Cortés de Salinas	el Señor Marquez del Valle / el Señor Marques de Salinas
	don luis de belascon Rey	don Luis de Velasco rey	Don Luis de Velasco Virrey
Los Reyes	in Dios Ntro Sr Caxtila tlatoaca	el Dios nuestro señor, <i>tlatoani</i> de Castilla	el Rei Nuestro Señor de España

⁷ Wood (1992b: 176-177) sugiere la posibilidad de que los recopiladores fueran “individuos temporalmente fuera de la política local, que buscaban restablecer el continuo acceso de sus familias al poder y a la tierra” o “personajes jóvenes con la intención de ascender socialmente, posiblemente con raíces cuestionables”.

⁸ El subrayado es mío.

⁹ El subrayado es mío.

	Rey Don Loyns de Belasco	rey don Luis de Velasco	don Luis de Belasco
Ocoyoacac	y[n] do rey Don Antonio de Mendoza yn emperador y Rey Do[n] Lois de pelascon yehuatz[n] do Rey mexico	el nuestro rey, don Antonio de Mendoza el emperador y rey don Luis de Velasco él, nuestro rey de México	nuestro gran Señor Don Antonio de Mendoza Señor Rey emperador / Don Luis de Velasco el mismo Virrey de Mexico
Tepopula	Don Antonio de mendosa Rey Rey mexico gobernador	don Antonio de Mendoza, rey rey de México, gobernador	Don Antonio de Mendoza Virrey señor Virrey de Mexico
Tetelco	obixiqui franciscano	obispo franciscano	un Religioso franciscano
Tetzcotzinc	in tohueytlatoatzin REY	nuestro gran <i>tlatoani</i> , rey	S[feñ]or. viRey
Zoyatzingo	y[n] Cortes don luys de pelasco marques tlatoatzin marques y hua[n] viRey de Calinas	el Cortés, don Luis de Velasco, marqués <i>tlatoani</i> marqués y virrey De Salians	Cortés y después Don Luis de Velasco Marques el Excelentísimo Señor Marques de Salinas

Fuente: López Caballero 2000; Títulos de Atlautla 1981; Títulos de Tetzcotzinc 1946.

*La traducción directa es mía.

Se encuentran numerosos ejemplos de tales datos “incorrectos”, algunos de los cuales se muestran en la tabla II. Es interesante hacer una comparación entre la versión en náhuatl y la española. Podemos observar cierta corrección o manejo de la información a la hora de traducción. En el caso de Zoyatzinc, el personaje llamado “el Cortes, don Luis de Velasco, marques”, sería dos personas en la traducción española. En el caso de los *Títulos de Los Reyes*, “el Dios nuestro señor, *tlatoani* de Castilla” en náhuatl se convertiría en “el rey, nuestro señor de España”, porque obviamente el monarca español no es Dios. En *los de Capulhuac*, Luis de “Velázquez” en el original sería corregido en la traducción castellana en donde dice “Velasco”. Muchas veces “Rey” en el texto náhuatl sería corregido y en las traducciones dicen “virrey”¹⁰.

En cualquier caso, es esa “autoridad” la que reconoció la posesión de las tierras del pueblo. Estos ejemplos nos inclinan a pensar que los *títulos* podrían estar dirigidos originalmente al público interno de la comunidad o al de las comunidades vecinas, porque, como hemos señalado arriba, parece haber acentuado más el acto de “donación” de las tierras que lo que ocurrió realmente. Si hubieran sido destinados a los españoles, se habrían manejado con más cuidado los datos, porque es más razonable pensar que los autores sabían que esa inexactitud fácilmente podía anular la validez del documento ante los oficiales españoles.

También es notable la confusión cronológica de los acontecimientos. Algunos *títulos* narran historias muy curiosas. Por ejemplo, en los *Títulos de Capulhuac*, la fe llega “nuevamente” en 1509 junto con la llegada de Cortés, quien “bino a ganar esta Nueva tierra” (López Caballero 2000: 109). En los *Títulos de Sula* se han amalgamado amenazas prehispánicas –es decir, la invasión mexicana– y de la posconquista –con la llegada de una familia García (Lockhart 1991: 49-52). Este relato habla básicamente del arribo de los mexicas tenochcas a esta población. Sin embargo, los dos señores del pueblo tienen nombres cristianos –se llaman Martín Molcatzin y Martín Huitzcol– y entre los que llegan están unas personas llamadas Ana García y Juana García.

En otros casos también aparecen personajes prehispánicos con nombres cristianos. En los *Títulos de Chapultepec* de Cuernavaca, se recogen las voces de “Don francisco Axayacatzin”, “Don Juan quauhtzin” y “Don Miguel tzitlaltzin” que están hablando en 1358 (López Caballero 2000: 168). ¿Cómo podemos

¹⁰ Al respecto dudo la siguiente posibilidad. En náhuatl, los préstamos castellanos que empezaban con in(im)- se les omitía muchas veces la primera sílaba. Esto ocurrió por su similitud fonética con la partícula “in”, que puede corresponder al artículo en castellano. Por tanto, es posible que *in rey* (“el rey”) y *virrey*, pudieran causar confusión por su sonido parecido.

interpretar estos datos? Es obvio que los oficiales españoles no iban a considerar estos documentos como valederas. Nos parece oportuno, pues, pensar que habría otros factores que explican la naturaleza de estos datos inexactos que contienen los *títulos*.

IV. La “lógica” en los *títulos*

Una de las tendencias de los estudios recientes ha sido la búsqueda e identificación de los hechos reales correspondientes a lo narrado en los *títulos*. Sin embargo, igualmente creemos indispensable considerar su “lógica”, es decir, su propia manera de interpretar y narrar la realidad, según la cual registraron esos datos confundidos o inexactos en estos documentos. En otros términos, no se debe desechar sucesos que se escapan en la búsqueda de los “hechos históricos”. Un ejemplo será el nagualismo¹¹, al que mencionan algunos *títulos*.

En el relato de Sula que mencionamos arriba, es interesante observar cómo el señor del pueblo –el Zoltecutli, Martín Molcatzin– atemorizó a los invasores, los mexicas–los García. Se transformó en “una culebra a modo de codornis”¹²; así los mexicas se fueron y la población no fue invadida (Lockhart 1991: 50).

Los *Títulos de Capulhuac*, narrado por el fundador del pueblo llamado Bartolomé Miguel, también hablan de los naguales. En un pasado, posiblemente muy remoto, antes de la venida de los españoles, “todas las noches benian los naguales que nos espantaban [...] se querian juir dichas jentes”, pero cuando este señor rogó a Dios, “los naguales ya no parecieron por Respetto de Dios Nuestro Señor” (López Caballero 2000: 108-109).

Cabe señalar, por el momento, que posiblemente se introdujo estos relatos de naguales en los *títulos*, por haber tenido alguna función particular para la propia gente que los redactó y quizás que los leyera también.

Al respecto, consideramos de gran importancia la siguiente sugerencia de Lockhart:

“Muchos ‘títulos’ señalan que, después del examen original de linderos de la posconquista, el gobernante local ofrecía una comida (pavo, atole, etc.) tanto para los del pueblo como para los vecinos, después de la cual todos partirían contentos. [...] El banquete parece haber tenido una función parecida a la firma en la tradición española, sello indispensable y símbolo de que una acción ya era irrevocable.” (Lockhart 1999: 111)¹³

Es cierto que los *títulos* hablan de las autoridades españolas o la llegada de la fe cristiana, pero tales elementos introducidos por los europeos no significan que los indígenas de esos pueblos abandonaran totalmente su manera de pensar. Nos sería bastante fácil buscar tales elementos extranjeros en los *títulos*, precisamente porque son documentos de una época plenamente colonial. Pero, ¿esos elementos europeos seguían siendo extranjeros para ellos mismos? Diríamos que no necesariamente. El cristianismo, por lo menos, ya no era un elemento extranjero, sino parte de su propia cultura “tradicional”. Esto se comprueba con el relato de Capulhuac al decir que en tiempos prehispánicos los naguales ya no aparecieron “por respeto de Dios”.

¹¹ Según la concepción mesoamericana, el nagualismo se refiere a “la transformación corporal del mago, que cambia su materia totalmente humana por otra de apariencia animal” (López Austin 1989: 422).

¹² *Zolcōatl*, “codorniz-serpiente” en náhuatl, posiblemente se trata de una serpiente (*cōatl*) con plumas de codorniz (*zolín*).

¹³ Entre las comunidades actuales, sigue teniendo un papel importante la comida o banquete, hoy día ofrecida muchas veces por los mayordomos en ocasiones de fiestas del santo patrono.

Por lo tanto, si seguimos observando los *títulos primordiales* desde una lógica occidental, varios datos importantes serían desechados. En cambio, si nos fijamos desde la “lógica” de la propia gente que los redactó, sería posible leerlos de otra manera.

V. El problema del criterio de agrupación: los *códices Techialoyan* y los *títulos*

Finalmente el último tema a tratar se refiere al problema del criterio agrupación de los documentos. En relación con los *títulos*, se ha hablado mucho de un grupo de documentos llamados *códices Techialoyan*, que han llegado a considerarse como una variación de los *títulos*.

Los *códices Techialoyan* han tenido una suerte similar a los *títulos*. Cuando se publicó en 1933 el *Códice de San Antonio Techialoyan*, de donde proviene la denominación de este grupo de códices, Gómez de Orozco ya señalaba la similitud de éste con otros siete códices (Robertson 1975: 253). Luego fueron definidos primeramente por Barlow y después por Robertson, especialista en historia del arte, como *códices Techialoyan* (Robertson 1975: 253, 265-279). Primero se consideraron que estos códices eran del siglo XVI, pero después llegó a pensarse que eran de los siglos XVII y XVIII. De tal manera, estos documentos fueron condenados como “falsificados” por su apariencia artificial, pretendiendo ser del siglo XVI. En lo referido al contenido, muchas veces la narración está centrada en su propio *altépetl*, e indican sus linderos. La mayor diferencia con los *títulos* es que este grupo de códices suele llevar más dibujos y pinturas y menos parte escrita con alfabeto.

Otra gran diferencia que se ha señalado entre los *títulos* y los *códices Techialoyan* es que éstos fueron confeccionados en determinados “talleres” especializados, mientras que los *títulos* fueron hechos en cada pueblo. De hecho, sabemos que varios *códices Techialoyan* están escritos por una misma mano. Sin embargo, ya hemos señalado que la producción de los *títulos* en cada pueblo por sus propios miembros no está todavía comprobada, y sería difícil considerar que los documentos de un grupo fueron hechos en ciertos talleres y los del otro grupo en la propia comunidad.

En el catálogo que hizo Robertson de los *códices Techialoyan* en 1975, se incluyeron 49 ejemplos pertenecientes a este grupo (Robertson 1975: 265-279). Esta lista incluye unos “murales de estilo Techialoyan”, conservados en la pared de la catedral de Cuernavaca¹⁴. Esto quiere decir que la catalogación de Robertson fue hecha a partir de su estilo artístico y no, a partir del contenido. En otras palabras, esta clasificación no presta suficiente atención a lo que narra el texto de los *códices Techialoyan*. Apenas en los últimos años comenzaron a publicarse ediciones facsimilares de algunos de estos códices y algunos estudios sobre ellos.

Los *códices Techialoyan* han llegado a considerarse como una variación de los *títulos primordiales* (Wood 1998b: 172). Sin embargo, todavía hace falta el análisis del contenido de los textos escritos en los *códices Techialoyan* y su comparación con los *títulos*. De la misma manera, está pendiente la comparación de los dibujos y mapas que contienen algunos *títulos* con los de los *códices Techialoyan*. Por lo pronto, se puede sugerir tentativamente que es necesario redefinir los *códices Techialoyan*, no como grupo simplemente de cierto estilo artístico, sino también a través de la examinación de su contenido.

Con referencia a los *títulos*, tampoco debemos pensar que sean un género bien definido. Como señala Wood, algunos *títulos* parecen haberse copiado, pero otros parecen más aislados en su redacción (Wood

¹⁴ Se tratan de los murales de los mártires de Nagasaki, Japón, en 1597 por mandato del Hideyoshi Toyotomi.

1998b: 177, 203-204). Si creemos en la tesis de esta investigadora de que eran destinados originalmente al público interno de la comunidad (Wood 1991: 178-179), los *títulos* no son títulos *per se*, sino los papeles que sirvieron de títulos. Lockhart comenta que el nombre de *títulos primordiales* es “una apelación que aparentemente no fue dada a tales documentos sino hasta tiempos muy posteriores, posiblemente el siglo XIX” (Lockhart 1991: 42).

De hecho, en la actualidad, los *títulos* significan simplemente documentos que indican los linderos del pueblo. Sólo daremos un ejemplo de los casos modernos. En los trabajos de campo que estoy realizando desde 2002 con la antropóloga Miho Zenno¹⁵, hemos visitado varios “ex-pueblos” ya integrados en la gran metrópoli. En uno de ellos, en La Magdalena Contreras de la delegación del mismo nombre, pudimos escuchar de un informante “nativo” de ese lugar que en los años 1970, una empresa intentó “invadir” la tierra ejidal de este pueblo. Los habitantes pidieron al Archivo General de la Nación que les hicieran copias de unos papeles antiguos de la época colonial en que hablaban de los linderos de este pueblo. Tras presentar esas copias, el pueblo ganó el pleito, y pudieron defender las tierras de su ejido.

Después encontramos el documento en el mismo archivo, que era la copia de algunas partes de los pleitos en el siglo XVIII (AGN, Archivo de Búsquedas...). Es decir, en este caso de La Magdalena Contreras esos papeles de pleito de la época colonial les sirvieron a sus habitantes del siglo XX como sus *títulos* y evitaron la ocupación de su tierra por gente ajena a la comunidad. Además, estas copias modernas, escritas a máquina, siguen siendo guardadas en esta comunidad como un documento importante¹⁶.

Entonces, ¿cuál será la definición del género de *títulos*? ¿Acaso hemos tratado de ver alguna uniformidad de la mentalidad indígena en los *títulos*, aun cuando las realidades de cada caso fueran mucho más variadas y complicadas? El caso moderno nos sugiere que los *títulos* no son sino unos documentos que indican los linderos del pueblo. Esto podría explicar parte de la incongruencia entre unos *títulos* y otros que estamos viendo de la época novohispana, y además, nos sugiere que una definición demasiado estricta del género puede llevar a rechazar lo variado y lo complicado de los pueblos indígenas coloniales.

Consideraciones finales

Hasta aquí hemos visto algunos problemas para el estudio de los *títulos primordiales*. Primero, vimos cómo los estudios de estas últimas décadas han reivindicado los *títulos* como documentos con valor histórico. Después se observó el contexto histórico en que aparecieron estos documentos, y señalamos que no se puede afirmar que las políticas españolas hayan sido motivos directos de su redacción, por no tener datos suficientes de sus autores. Luego observamos que los *títulos* contienen datos “inexactos” de personajes y acontecimientos históricos, que no coinciden con los “hechos históricos”. Hemos discutido los supuestos lectores de los *títulos*, y sugerimos la posibilidad de que los *títulos* estuvieran destinados inicialmente a la gente de cada pueblo. También se señaló que sería necesaria otra manera de leerlos a partir de su “lógica”. Finalmente se refirió al problema de la agrupación de los documentos. Los *códices Techialoyan*, que se considera como una variación de los *títulos* y que se han clasificado a partir del estilo artístico, deben ser redefinidos a partir del examen de su contenido. Igualmente planteamos la duda acerca de la eficacia de una

¹⁵ Es una coinvestigación con la Dra. Miho Zenno (Universidad Keio, Facultad de Letras). Hemos realizado trabajo de campo en el área suroeste del Distrito Federal, y visitamos varios ex-pueblos indígenas, que se sitúan en una zona antes rural y agrícola, pero ahora ya integrada a la gran capital mexicana. Parte de esta coinvestigación será publicada en Zenno e Inoue (en prensa).

¹⁶ Wood (2003: 164) reporta que en la comunidad de Santo Tomás Ajusco se conservan unos documentos, ninguno de los cuales era el “original” de los *Títulos de Santo Tomás*.

definición demasiado estricta de los mismos *títulos*.

Como hemos observado, es evidente que los *títulos* tratan de narrar la historia de su pueblo. Por consiguiente, es necesario seguir explorando muchos aspectos pendientes en este material histórico así como reflexionar sobre su lugar en la historiografía indígena de la época colonial.

La historiografía indígena novohispana se caracteriza por la adopción de elementos culturales europeos a las tradiciones nativas. En el siglo XVI todavía se encuentran muchos indicios de tradiciones históricas de cada *altépetl*, tanto en las *relaciones geográficas* como en otros anales y códices históricos¹⁷. Pero al entrar en el siglo XVII, florece una nueva tendencia que integra esas variadas historias a un solo tiempo lineal cristiano¹⁸. Los *títulos*, en este contexto historiográfico, no serán solamente un ejemplo más de adopción de elementos europeos. Como vimos en este artículo, contienen datos “históricos” que son difíciles de interpretar a partir de una perspectiva “occidental”. Los *títulos* también podrían representar una revitalización de las visiones locales que eran sobrevivientes en el siglo XVI, es decir, otra corriente en la historiografía indígena colonial en contra de aquella tendencia del siglo XVII hacia una historia de estilo occidental.

Bibliografía

AGN (Archivo General de la Nación, México)

Archivo de Búsquedas y Traslado de Tierras, vol. 106, 3a parte, exp. 69. (“Copias certificadas de documentación del poblado de la Magdalena Contreras”).

Colección de Documentos y Títulos de Tierras, caja 1, exp. 5. (“Títulos primordiales de San Miguel Xicalco”).

Anales de Acapulco: “Anales de San Gregorio Acapulco (documentos II y IV)”, *Tlalocan*, III: 2, pp. 122-136, 140-141, 1952.

Chevalier, François: *Land and Society in Colonial Mexico: The Great Hacienda*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1963.

Códices de Cuernavaca:, *Códices de Cuernavaca y unos títulos de sus pueblos*. Textos y recopilación de Juan Dubernard Chauveau, México, Miguel Ángel Porrúa, 1991.

Díaz de Salas, Marcelo y Luis Reyes García: “Testimonio de la fundación de Santo Tomás Ajusco”, *Tlalocan*, VI: 3, 1970, pp. 193-212.

Florescano, Enrique: *Memoria mexicana*. México, FCE, 1994.

Gibson, Charles: *The Aztecs Under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico 1519-1810*. Stanford, Stanford University Press, 1964.

- : “Prose Sources in the Native Historical Tradition: A. A survey of Middle American Prose Manuscripts in the Native Historical Tradition”, in *Handbook of Middle American Indians. Vol.15: Guide to Ethnohistorical Sources, Part 4*, Howard Cline (ed.), Austin, University of Texas Press, 1975, pp. 311-321.

Gruzinski, Serge: *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*. México, FCE, 1991.

Harvey, H. R.: “Tehuacan Codices: Seventeenth-Century Indian Land Titles in Central Mexico”, in *Supplement to the Handbook of Middle American Indians. Vol. 4: Ethnohistory*, Ronald Spores (ed.), Austin, University of Texas Press, 1986, pp. 153-164.

¹⁷ Entre las *relaciones geográficas*, hechas por los oficiales de cada pueblo o región a fin de ofrecer datos básicos a la Corona, algunas narran la fundación e historia propias de cada *altépetl*. Entre los anales y códices que relatan la historia tradicional basada en su propio *altépetl*, están los *Anales de Cuauhtitlán*, los *Anales de Tlatelolco* y la *Tira de Tepechpan*.

¹⁸ Para esta nueva tendencia, representada por los escritos de Alva Ixtlilxóchitl y Chimalpain Cuauhtlehuantzin, véase Inoue Okubo (2002).

- Haskett, Robert: "El legendario don Toribio en los *Títulos primordiales* de Cuernavaca", en *Detlacuilos y escribanos*, Xavier Noguez y Stephanie Wood (coords.), Guadalajara, El Colegio de Michoacán/ El Colegio Mexiquense, 1998, pp. 137-165.
- Inoue Okubo, Yukitaka: "Una nueva tendencia en la historiografía indígena novohispana: la 'segunda generación' de cronistas indígenas", en *Reflexiones em torno a la historiografía contemporánea: objetos, fuentes y usos del pasado*, José Ronzón y Saúl Jerónimo (coords.), México, UAM-Azcapotzalco, pp. 225-238.
- Lockhart, James: *Nahuas and Spaniards: Postconquest Central Mexican History and Philology*, Stanford, Stanford University Press, 1991.
- : *The Nahuas After the Conquest: A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*. Stanford, Stanford University Press, 1992.
 - : *Of Things of the Indies: Essays Old and New in Early Latin American History*. Stanford, Stanford University Press, 1999.
- López Austin, Alfredo: *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas* México, IIA-UNAM, 3ª ed., 2 vols, 1989.
- López Caballero, Paula: "Los Títulos primordiales del centro de México. Introducción y catálogo", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2000.
- Menegus Bornemann, Margarita: "Los títulos primordiales de los pueblos de indios", en *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempit Assadourian*, Margarita Menegus Bornemann (coord.), México, El Colegio de México/CIESAS/ Instituto Mora/CESU-UNAM, 1999, pp. 137-161.
- Robertson, Donald: "Techialoyan Manuscripts and Paintings, with a Catalog", en *Handbook of Middle American Indians, Vol. 14: Guide To Ethnohistorical Sources, Part Three*, Howard Cline (ed.), Austin, University of Texas Press, 1975, pp. 253-280.
- Roskamp, Hans: *La historiografía indígena de Michoacán: el Lienzo de Jucutacaro y los Títulos de Carapan*. Leiden, CNWS, 1998.
- Títulos de Atlautla: "Títulos primordiales de San Miguel Atlautla", en Carlos García Mora, *Naturaleza y sociedad en Chalco-Amecameca (Cuatro apuntes)*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1981, pp. 183-212.
- Títulos de Coatepec, 1995, *Título sobre la fundación de Coatepec de las Bateas*. Ed. de Pilar Máynez, Paciano Blancas y Francisco Morales, México, IIH-UNAM.
- Títulos de Tetzcotzinco: "The Titles of Tetzcotzinco (Santa María Nativitas)", trad. y anotación de Byron McAfee y Robert H. Barlow, *Tlalocan*, II: 2, 1946, pp. 110-127.
- Torales Pacheco, María Cristina: "A Note on the *Composiciones de Tierra* in the Jurisdiction of Cholula, Puebla (1591-1757)", in *The Indian Community of Central Mexico: Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organizations, Ideology and Village Politics*, Arij Quweneel and Simon Miller (eds.), Amsterdam, CEDLA, 1990, pp. 87-102.
- Torre Villar, Ernesto de la: *Las congregaciones de los pueblos de indios*. México, IIH-UNAM, 1995.
- Unos títulos...: "Unos títulos de Cuernavaca (1552)", *Tlalocan*, II: 3, 1947, pp. 215-222.
- Vélez Pliego, Roberto: "Las composiciones de tierras y aguas en la ciudad de Tehuacán y su provincia en 1643", en *Origen y evolución de la hacienda en México: siglos XVI al XX*, María Teresa Jarquín Ortega, Juan Felipe Leal y Fernández, et al. (coords.), Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 1990, pp. 70-80.
- Wood, Stephanie: "Pedro de Villafranca y Juana Gertrudis Navarrete: falsificadores de *Títulos* y su vida (Nueva España, siglo XVIII)", en *Lucha por la supervivencia en la América Colonial*, David G. Sweet and Gary B. Nash (eds.), México, FCE, 1987, 1987, pp. 472-485.
- "Don Diego García de Moctezuma: A Techialoyan Mastermind?", *Estudios de Cultura Náhuatl*, 19, 1989, pp. 245-268.
- : "The Social vs. Legal Context of Nahuatl *Títulos*", in Elizabeth Hill Boone and Tom Cummins (eds.), *Native Traditions in the Postconquest World*. Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1998a, pp. 201-231.
 - : "El problema de la historicidad de *Títulos* y los códices del grupo *Techialoyan*", en *De tlacuilos y escribanos*, Xavier Noguez, Stephanie Wood (coords.), Guadalajara, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, 1998b, pp. 167-221.

- : *Transcending Conquest: Nahua Views of Spanish Colonial Mexico*. Norman, Oklahoma University Press, 2003.
- Zenno, Miho y Yukiitaka Inoue, (en prensa): "La identidad actual de los expueblos de la Ciudad de México", *Actas del XI Congreso FIEALC* (CD-ROM), Osaka, Museo Nacional de Etnología/Universidad de Osaka.

DESTREZAS Y COMUNICACIÓN EN LOS NIVELES ELEMENTALES DEE/LE EN JAPÓN UNA PROPUESTA SOBRE ACTIVIDADES Y PROCEDIMIENTOS EN EL AULA

Daniel Quintero García

1. Introducción

Hay un proverbio árabe que, poéticamente, pienso, refleja la esencia de una comunicación profunda. El proverbio, que todos ya conocemos, reza así:

“Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, no lo digas”

Este aforismo enraizado en la tradición paremiológica española menos occidental, me sirve conjuntamente como punto de partida y de excusa para iniciar esta reflexión con otras palabras que no sean las mías; todos consideraremos cierto que este proverbio podría efectivamente trasladarse a una realidad que tenemos más cerca y que es cotidiana en nuestro quehacer docente. Ignoro si existe un proverbio idéntico en Japón, a pesar de ello, se puede vislumbrar un atisbo de cercanía en el clásico proverbio japonés:

“目は口ほどに物を言う”

Y es cierto que el lenguaje corporal es expresivo y comporta, especialmente en los ojos, una comunicación en la que pueden sobrar las palabras, en términos del proverbio japonés, que se profieren por la boca. Sea por una u otra razón me pregunto en más de una ocasión si mis estudiantes aman el sonido del silencio...

El hecho de considerarme partidario de no “hablar por hablar” o de puntualizar con silencios lo que sobraría decir con palabras, no es óbice para defender que en el aula y, concretamente, en el dinámico proceso de enseñanza y aprendizaje, la comunicación cobra un sentido distinto, una carrera en contra del tiempo que transcurre en un intervalo temporal limitado, una carrera en la que hay que optimizar cada segundo docente para contribuir a nuestro propósito común como enseñantes de español: hacer que nuestros estudiantes japoneses se comuniquen en español. Sin el menoscabo de otros enfoques didácticos igualmente válidos, estimo que el concepto de comunicación en el aula adquiere una dimensión de prioridad necesaria en los conocidos enfoques comunicativos.

Desde un punto de partida que está en consonancia con los enfoques comunicativos, hoy me inclino por hacer una reflexión sobre la comunicación y las destrezas en los niveles iniciales de E/LE no sin antes hacer algunas puntualizaciones que estimo pertinentes para la contextualización del tema que da título a este comunicado.

2. Algunos apuntes sobre actividades en los enfoques comunicativos.

Los enfoques comunicativos conceptúan la lengua como una herramienta al servicio del uso con un fin comunicativo determinado; es decir, cuando hablamos, hablamos porque existe una necesidad de decir algo. Si transponemos esta conceptualización de la lengua a nuestro aula y a nuestra metodología, tenemos que concluir que las actividades que proponemos a nuestros estudiantes deben recrear situaciones en las que exista dicha necesidad comunicativa. Afortunadamente existen ya en el mercado abundantes ejemplos de textos dirigidos a la enseñanza de E/LE que proporcionan actividades acordes a los principios subyacentes a los enfoques comunicativos¹.

Según los principios arriba citados, para que una actividad tenga un carácter comunicativo, debe cumplir unos requisitos que se pueden resumir en el siguiente “*Filtro para que las actividades sean comunicativas*”, el cual puede servir como un punto de referencia útil para elaborar actividades que satisfagan los principios subyacentes a los enfoques comunicativos.

Filtro para que las actividades sean comunicativas

<i>Índice</i>	<i>Exponentes</i>
<i>Destrezas.....</i>	-Integración de las destrezas
<i>Enfoque por tareas..</i>	-La creatividad se traslada al aula a partir de la tarea que encadena una serie de actividades cuya suma consigue una parte o totalidad del objetivo de la tarea
<i>Actividades de comunicación.....</i>	-Características de las actividades de comunicación:
<i>Lengua activa.....</i>	1) Muestras de lengua reales y variadas.
	2) Generación en el estudiante de una inquietud real de producir lengua.
	3) Margen de acción para producir lengua libremente.
	4) Proceso previo de contextualización de la actividad que se plantea.
<i>Contextualización....</i>	5) Potenciación de las actividades activas.
	6) Interacción significativa y realista.
	7) Adaptación a las necesidades de comunicación.
<i>Motivación.....</i>	8) Progresión de la dificultad.
	9) Énfasis en el significado.
	10) Vacío o diferencia de información.
<i>Habilidades y Estrategias.....</i>	-Optimización de las todas competencias desde L1 hasta L2.
	-El Currículum facilita el conocimiento de L2 el cual se relaciona con L1 (Widdowson)
	-La realización de la lengua adecuadamente conlleva dos tipos de habilidad (Widdowson)
	1) Habilidad para seleccionar qué forma lingüística es correcta
	2) Habilidad para reconocer qué función se lleva a cabo con una oración en una situación comunicativa concreta.

En este punto y por lo que respecta al contenido de este epígrafe, pienso que es relevante hacer un breve inciso a lo que se conoce como “el enfoque por tareas”. Este enfoque da un paso adelante en lo tocante al análisis del léxico, del discurso y la secuenciación de actividades en cuanto que divide estas últimas principalmente en dos tipos: a saber, actividades de aprendizaje y actividades de comunicación, que a su vez se subdividen en mediativas y globales. Las actividades de aprendizaje y las actividades de comunicación mediativas se van encadenando y encabalgando con el objetivo de posibilitar la tarea comunicativa global, la cual es el objetivo final al que se encamina nuestra enseñanza.

Tenemos que recordar que en los niveles iniciales, una secuenciación de actividades debidamente

¹ Podemos hacer alusión a textos como *Gente, Intercambio, Nuevo ELE, Español más claro, Viaje al español* entre otros.

articulada y coherente con los principios de los enfoques comunicativos por tareas, constituye si no una garantía, al menos sí un apoyo sobre el cual la comunicación en la clase va a “cuajar”. Es precisamente este estadio el momento en el que los materiales y el procedimiento de trabajo adquieren una necesidad insustituible que quizá no tengan en tal grado los niveles posteriores. Estos factores hay que tenerlos en cuenta a la hora de proceder con una metodología comunicativa en el aula de E/LE.

3. Características generales por destrezas en relación a las actividades que las desarrollan en la proceso de enseñanza-aprendizaje de E/LE.

3.1 Expresión oral.

Algunas consideraciones en relación al tipo de actividades necesarias para desarrollar la expresión oral son:

- 3.1.1 Las actividades necesitan tener un grado de comunicatividad que se ajuste a la comunicación real².
- 3.1.2 La actividad debe ajustarse al nivel de competencia comunicativa del grupo. El nivel de la expresión oral normalmente está por debajo del nivel de comprensión oral.
- 3.1.3 La vinculación de la expresión y comprensión oral es muy manifiesta. Hay que tener especial cuidado con las destrezas perceptivo/motoras por la dificultad de transferirla desde un ámbito controlado a la realidad.
- 3.1.4 La actividad debe apelar y poner de manifiesto las funciones transaccionales e interaccionales de L2.
- 3.1.5 Las actividades deben tener como objetivo prioritario la práctica y la optimización de las microdestrezas y estrategias de las destrezas y del conocimiento de L2 y aproximarlas a las de L1.
- 3.1.6 Las actividades deben mediar y facilitar las condiciones de procesamiento y reciprocidad de L1 a L2.
- 3.1.7 Son necesarias las actividades que desarrollen y faculten a los estudiantes en la comprensión y actuación de los componentes paralingüísticos, kinésicos, cronémicos y proxémicos de L2.

3.2 Comprensión oral.

Algunas valoraciones en relación al tipo de actividades necesarias para desarrollar la comprensión oral son:

² ver “Filtro para que las actividades sean comunicativas” más arriba.

- 3.2.1 Las actividades de comprensión oral pueden ser un medio muy efectivo para introducir el INDUCTO en el aula.
- 3.2.2 La actividad debe ajustarse al nivel de competencia comunicativa del grupo. El nivel de la expresión oral normalmente está por debajo del nivel de comprensión oral. De acuerdo con el nivel del grupo (elemental, intermedio o avanzado), el objetivo de la actividad será diferente, concreto y adecuado al nivel.
- 3.2.3 En las actividades de comprensión oral se han de tener en cuenta los elementos lingüísticos, paralingüísticos y extralingüísticos de acuerdo con el nivel de procesamiento, microdestrezas y microhabilidades con el que se esté trabajando.
- 3.2.4 Las muestras de lengua de las actividades de comprensión oral deben reflejar la lengua real de hablantes nativos con la única limitación a la adecuación pedagógica.
- 3.2.5 Las actividades de comprensión oral deben desarrollar las estrategias y microdestrezas de recepción y proporcionar situaciones en las que los estudiantes de español como L2 puedan desarrollar estas estrategias y microdestrezas

3.3 Expresión escrita.

Algunas valoraciones en relación al tipo de actividades necesarias para desarrollar la expresión escrita son:

- 3.3.1 Desde un punto de vista comunicativo, la escritura se considera una actividad en la cual existe un diálogo más o menos diferido entre el escritor y el destinatario que en la mayoría de las ocasiones reales está relacionada con las destrezas de comprensión oral o escritas.
- 3.3.2 Metodológicamente, este hecho tiene como consecuencia que el objetivo general de la expresión escrita sea dotar de una autonomía al estudiante de L2 para poder redactar con creatividad textos comunes de la vida cotidiana.
- 3.3.3 La escritura puede tener distinta utilidad en L1 y en L2. En L2 también se utiliza la escritura con el fin de memorizar palabras nuevas o fijar estructuras gramaticales complicadas, es decir, en el aprendizaje de L2 la función interpersonal de la escritura cobra un sentido práctico significativo.
- 3.3.4 Escribir implica comunicar algo; por ello se necesita tener un conocimiento previo. En el aula, pues, es necesario que el estudiante tenga este conocimiento previo por lo que la escritura en una actividad, supone un INPUT previo en otra destreza.
- 3.3.5 Con el objetivo de que el estudiante tenga un dominio performativo de la escritura con función interpersonal, se necesita presentar una tipología textual que cubra los tres campos interpersonales

de la escritura, a saber el comunicativo, el certificativo y el lúdico.

- 3.3.6 Es necesario explicitar, al menos en actividades de expresión escrita de nivel superior, las distintas estrategias de relacionadas con la escritura, los esquemas y estructuras textuales y la repercusión de éstos en los procesos de composición, conceptos y actitudes que forman parte de esta compleja habilidad. En niveles elementales y intermedios, la explicitación de estos contenidos no parece tan necesaria y puede bastar un conocimiento sino intuitivo al menos no tan exhaustivo.
- 3.3.7 Si bien el objetivo general de las actividades de expresión escrita es la optimización de esta destreza, cada actividad, individualmente, tiene un objetivo concreto que no necesariamente tiene que ser excluyente de otros objetivos implícitos en la destreza (corrección, cohesión, coherencia, adecuación, estilística, presentación, problemas ortográficos, gramáticos, léxicos, discursivos, pragmáticos o conceptuales).

3.4 Comprensión escrita.

Si partimos desde un presupuesto que considere la lectura como una destreza activa de carácter comunicativo, hemos de buscar situaciones en la vida real que se puedan reflejar en el aula. Algunas de estas situaciones podrían ser: buscar información de algún tipo en una fuente o leer una nota que otra persona ha escrito. Estas situaciones epitomizan necesidades cotidianas en las que un hablante necesita solucionar un problema práctico en el que hay una gran necesidad de recurrir a la lectura.

En el aula, sin embargo, las actividades que desarrollan la destreza de la comprensión escrita pueden tener más amplitud, dependiendo de quienes son los estudiantes a los que tenemos que enseñar. Sin olvidar el primer presupuesto que se ha señalado, y como se ha venido siendo habitual hasta aquí, quisiera enumerar algunas reflexiones que me parecen oportunas hacer en relación a las actividades de comprensión escrita.

- 3.4.1 Para un tratamiento adecuado de la comprensión lectora, se necesita que el lector active sus conocimientos previos y, si no los tiene, contextualizar y preparar en el aula a través de actividades de prelectura el texto que se va a leer.
- 3.4.2 La selección del texto debe adecuarse a los gustos y al interés del lector para asegurar el éxito de la lectura.
- 3.4.3 Si bien es cierto que hasta cierto punto, la dificultad reside en la tarea y no en el texto, hemos de admitir que para conseguir una competencia lectora en donde exista un grado de interpretación, se necesita previamente un grado de comprensión, por lo que las actividades de lectura deben estar debidamente graduadas no sólo desde un punto de vista de la comprensión lectora, sino también de la competencia lingüística. En este sentido podemos decir que no son pocos los materiales de lectura graduada para el español o los textos pedagógicamente adaptados para los distintos niveles.
- 3.4.4 Tal como lo entiende Sonsoles Fernández López, 1996, los hábitos y estrategias de lectura, es decir la

competencia discursiva pueden transferirse hasta cierto grado desde L1 a L2 pero se puede hacer lo mismo con la competencia lingüística. En las actividades de comprensión lectora es necesario cerciorarse de que los escollos que los estudiantes van a encontrar hayan sido didácticamente preparados y en actividades de prelectura.

Tal y como advierten Giovanni, Peris, Rodriguez Castilla, Blanco, 1996, en las actividades de lectura en L2, existe el riesgo de bloquearse o de la lectura visión túnel en niveles elementales. Didácticamente, el tratamiento, de la lectura en estos niveles, debe potenciar estrategias de lectura que faciliten, por orden de adecuación al nivel de lectura, el reconocimiento, la inferencia, la interpretación y la interiorización y la retención del texto. En este sentido, el Instituto Cervantes reúne algunas estrategias de lectura que se deben tener presentes para la correcta potenciación de la competencia lectora y discursiva.

- 3.4.5 Respecto al objetivo de la lectura, parece adecuado acercar al estudiante, intuitiva o explícitamente, los tipos de lectura, propuestos por los mismos autores mencionados arriba. El objetivo general seguirá siendo optimizar la comprensión lectora, pero dependiendo del objetivo particular de cada actividad y del nivel de lectura de los estudiantes, la lectura podrá ser rápida y pasando la vista, pasando la vista en búsqueda de la información, atenta, crítica, comprensiva en voz alta, en voz alta para la práctica fonética y la pronunciación, de abajo arriba, de arriba abajo, interactiva.... Para que la técnica lectora adquiera una efectividad deseable, un objetivo fundamental a la hora de elaborar una actividad de comprensión lectora es delimitar y concretar un objetivo claro.
- 3.4.6 La lectura en L1 y en L2 tiene algunos rasgos semejantes y otros diferenciadores (en especial cuando el código lingüístico no es el mismo o cuando el conocimiento del mundo de las culturas en comparación es distante. Otro objetivo fundamental en una actividad de comprensión lectora con la idea de ser un primer paso que sirva de nexo y puente del vacío anteriormente mencionado, es el de aproximar los esquemas lingüísticos y el concepto de paratexto de L1 y L2.
- 3.4.7 La actividad de poslectura, por un lado, recapitula el conocimiento que se ha asimilado en las actividades posteriores, por lo que normalmente es una actividad óptima para la comprobación de conocimientos, por el otro, puede llegar a ser un detonante de motivación para un estudiante que no haya visto una aplicación real de lo que hasta entonces haya podido asimilar. Además siempre puede ser una perfecta transición hacia otra actividad distinta.

4. La integración de destrezas

En referencia al tratamiento de las destrezas desde mi actual punto de vista estoy suficientemente de acuerdo con los enfoques comunicativos aunque no descarto otros enfoques que consideran la primacía de las destrezas orales sobre las escritas en el sentido de que tanto en la historia de las civilizaciones como en el los procesos naturales del ser humano, la escritura es una manifestación secundaria a las capacidades orales.

No obstante, mi procedimiento en el aula persigue la integración y la consecución de los objetivos comunicativos de las cuatro destrezas dentro de un marco comunicativo. El Instituto Cervantes, en su Plan

Curricular establece los objetivos que se deben alcanzar para cada destreza³.

En general y en cuanto a destrezas, nuestro objetivo como profesores de E/LE debería ser llegar a integrar de forma comunicativa las cuatro destrezas de manera que al final del curso los estudiantes hayan alcanzado “un grado de competencia lingüística tal que les permita la comunicación eficaz con hispanohablantes”.

Dejemos claro que la integración de las destrezas se presenta en la vida cotidiana de forma natural. En el aula, sin embargo, podemos optar por la dosificación pedagógica de la integración de las destrezas a la hora de secuenciar e interpretar actividades. Para alcanzar la integración de las destrezas es necesario combinar actividades que desarrollen una, dos, tres o las cuatro habilidades a la vez. La presentación y práctica alterna y armoniosa de las cuatro destrezas a lo largo de las sesiones me parece lo más natural para llegar a la integración de las mismas. Conseguir esta meta no es tan difícil como parece si se tiene presente que, en la mayoría de las ocasiones, una actividad trae consigo la ejecución y práctica de varias destrezas a la vez⁴.

Una última reflexión acerca del procedimiento comunicativo no tanto de las destrezas pero sí de las estrategias que facilitan su absorción, es el uso del lenguaje corporal, gestos, mímica para hacerse comprender y para hacer comprender al estudiante que son recursos muy válidos y resolutivos en la comunicación. Pienso que, por un lado, el aula es un lugar adecuado para la enseñanza práctica de este tipo de estrategias comunicativas, y que por otro lado, los estudiantes deben adoptar estas estrategias desde el principio y dejar otras estrategias, como pueden ser la paráfrasis, la definición o la escucha o lectura selectiva, para más adelante.

Si se observa mi postura ante la integración de destrezas, se puede reconocer que acepto los principios del enfoque comunicativo en cuanto que estoy de acuerdo en la integración de las destrezas desde el comienzo del proceso de enseñanza y aprendizaje.

Así pues, en el aula procuro presentar actividades compensadas y equilibradas donde aparezcan las cuatro destrezas en una o varias sesiones. En grupos de principiantes es donde encuentro la mayor dificultad al ser el tiempo que se requiere para asimilar los conceptos mayor. Pienso que los estudiantes sin conocimiento previo necesitan más tiempo de asimilación, éste motivo me obliga en ocasiones a tener que optar por actividades que comporten destrezas aisladamente. Sin embargo, el resultado en el tiempo sigue siendo el mismo siendo este último, junto con un esfuerzo bilateral, el factor determinante para superar el nivel umbral.

Algunas conclusiones en relación a la integración de las destrezas en el aula son:

- 4.1 Me parece importante la distinción entre conocimientos y destrezas en el sentido en que el objetivo y la estructura de una actividad variará en relación hacia qué habilidad esté orientada. Entiendo como “conocimiento” al objetivo principalmente extralingüístico, contenido transversal, cultural, gramatical o léxico no necesariamente vinculado al desarrollo de una destreza particular o a las estrategias que ayuden al desarrollo de una destreza particular.
- 4.2 Las destrezas se complementan las unas a las otras de forma natural. Lógicamente hay que concluir que en la vida cotidiana, y desde una perspectiva comunicativa, las destrezas son un complemento y, en la mayoría de los casos, están indisolublemente unidas las unas a las otras. Por tanto puede resultar, en un

³ Véanse los objetivos comunicativos específicos propuestos por el Instituto Cervantes.

⁴ Véase el cuadro de actividades de la vida cotidiana con referencia a la integración de las destrezas que presenta el Instituto Cervantes.

principio, incluso contraproducente, tratarlas por separado en el aula. Mi postura, al respecto, respeta el postulado del Instituto Cervantes prácticamente en su totalidad.

- 4.3 Hay que tener criterios para presentar actividades en las que las destrezas se desarrollen integradas, pero también hay ocasiones en las que es recomendable desarrollar pedagógicamente las destrezas.

Ya el Instituto Cervantes hace notar cómo la realidad en el aula tiene unas variables temporales y espaciales distintas a la realidad cotidiana. Además, en el aula, el material que usamos está, al menos hasta ciertos niveles de competencia lingüística, pedagógicamente adaptado.

En relación a las actividades, considero que en estadios iniciales y puntuales del proceso de aprendizaje, es recomendable emplear actividades que no combinen muchas destrezas a la vez. Con el desarrollo de la competencia comunicativa y lingüística en L2 se puede, gradualmente, ir incorporando actividades que necesiten la integración de dos o más destrezas. Este pensamiento es consecuencia de la premisa de la simplicidad en el sentido de que pienso que hay que centrarse en un objetivo simple en los estadios de aprendizaje elementales a partir del cuya superación se pueden presentar actividades cada vez más complicadas, no sólo en contenidos sino en la presentación y en la integración de destrezas.

Cuando me refiero a actividades, quiero decir actividades secuenciadas dentro de una tarea como unidad de trabajo. En conjunto, pues, la tarea, se compone de diferentes actividades que han sido trabajadas con un mecanismo simple, pero que se complementan globalmente en la resolución de la tarea final de cariz obviamente más complejo.

- 4.4 No debe haber una destreza por la que se deba empezar. Si bien el niño comienza a desarrollar primero las destrezas orales y perceptivas, el estudiante de lenguas extranjeras ya cuenta con un bagaje comunicativo amplio en L1. Las habilidades de L1 se pueden filtrar a L2. Una vez más, en niveles elementales y de forma mimética al proceso de aprendizaje de L1, soy partidario, aunque no absolutamente, de introducir el inducto de lengua a partir de destrezas de comprensión.

5. Destrezas y Comunicación en los niveles iniciales de ELE en Japón.

Una propuesta sobre actividades y procedimientos en el aula.

Bajo mi punto de vista, los momentos más vulnerables y difíciles de los enfoques comunicativos son el arranque y las sucesivas sesiones conformadoras del ritmo y estilo del proceso de enseñanza-aprendizaje que están claramente ligados a los principios que subyacen a cada enfoque pedagógico. Y es que, junto al lógico escollo común a todos los humanos y extensible a cualquier grupo de estudiantes en cualquier aula del “miedo a lo desconocido”, se pueden aducir dos razones más que, en último término, caracterizan pintorescamente el contexto educativo en Japón:

- 5.1 Generalmente los estudiantes que llegan del Instituto Superior a la universidad no sienten, en principio, una especial atracción por los enfoques comunicativos puesto que el estilo de aprendizaje que se desarrolla en la enseñanza secundaria y en las escuelas de preparación japonesas hacen hincapié en

métodos más tradicionales que, a la postre, los forja para la vida japonesa pero que, paralelamente, les debilita su competencia comunicativa tal y como se conceptúa en los enfoques comunicativos.

5.2 Además del inconveniente de disociación metodológica, nuestro estudiante medio de español como primera o segunda lengua, cuando llega a la universidad japonesa, se encuentra en un estadio “CERO”⁵ de competencia lingüística y ante un grupo de desconocidos que se jerarquiza inmediatamente. Este ambiente no resulta lo más propicio para empezar a comunicarse en una lengua extranjera...

Adaptar, pues, una metodología comunicativa ante un contexto educativo con tales características, requiere, pienso, algunas variaciones; por un lado, un tratamiento más simple e individualizado de las destrezas⁶ en las actividades de aprendizaje en los estadios “neófitos” unida a una capacidad comunicativa y gestual del profesor en las presentaciones y explicaciones de conocimiento y procedimiento en el aula: lo que se puede denominar esperpénticamente como “*desdoblamiento teatral del profesor*”. Por otro lado, es necesario asimismo, presentar actividades que en estos mismos estadios supediten la competencia lingüística a:

- la interacción comunicativa, con la posibilidad de ampliarla en pasos posteriores de la secuenciación a una interacción multidireccional en actividades menos controladas,
- al dinamismo, entendiéndolo como un estimulante del aparato locomotor,
- y al elemento lúdico tanto en las actividades⁷ que se presentan al estudiante como a la propia dinámica y procedimiento en el aula, implicando activamente también al profesor.

6. Dos actividades.

Para la ocasión se presentarán dos ejemplos de actividades originales con las que se pretende por un lado superar con éxito estas primeras etapas del aprendizaje de E/LE en Japón y en segundo lugar, propiciar unas pautas afectivas y motivadoras en nuestro estudiante que, al menos, les aportará una experiencia enriquecedora de aprendizaje.

6.1. Actividad de aprendizaje⁸ con contenidos léxicos semiconocidos y nuevo contenido gramatical con una simplificación pedagógica de la destreza de recepción oral.

6.1.1. Descripción del grupo. Grupo de principiantes absolutos. Imaginemos que acaban de aprender el alfabeto.

⁵ Excepcionalmente existen casos de estudiantes de primer curso que pueden tener niveles de falsos principiantes o incluso principiantes que han superado el Nivel Umbral.

⁶ Aislar una destreza resulta no ser más que una abstracción metodológica que responde a una necesidad analítica. No obstante, el tratamiento individualizado de las destrezas hace referencia, por un lado, a la secuenciación de actividades que comprenden determinadas destrezas, y por el otro, a una corrección parcial no exhaustiva.

⁷ Algunas actividades e ideas sobre actividades de este tipo pueden encontrarse en *Revista Carabela, número 41, Actividades en tándem, Actividades comunicativas de Edelsa o la serie destrezas de ELE*.

⁸ O actividad posibilitadora entendida en una secuencia de actividades encaminadas a concretar un objetivo comunicativo concreto global.

6.1.2. Objetivo concreto. Enseñanza de la concordancia de los artículos y el sustantivo

6.1.3. Procedimiento. A cada estudiante se le entrega un cartón con una serie distinta de palabras conocidas o semiconocidas que serán significativas y rentables para la tarea de comunicación global. Por ejemplo esta serie:

restaurante	teatro	danza	música
hotel	televisión	aeropuerto	libro
mesa	silla	puerta	ventana

Cada estudiante, además, tiene a su disposición la serie de los artículos determinados e indeterminados, que es el objetivo gramatical específico de esta actividad.

el	la	los	las
un	una	unos	unas

El elemento lúdico y la interacción comienzan en el momento en que el grupo se divide en dos bandos para simular una competición. El profesor primero, y después otros estudiantes, muestran distintas palabras y artículos con el objetivo de que el grupo participe levantando su tarjeta con su palabra para hacer las combinaciones apropiadas, el resto del grupo juzga si la combinación es acertada y en consecuencia se valora y puntúa a cada grupo.

El tratamiento de las destrezas, en esta actividad, puede adaptarse de manera que al principio, sólo será necesario, por ejemplo, levantar el casillero, es decir, sólo se trabajará la recepción oral y escrita. Más adelante, en un segundo paso, puede producirse la lectura en voz alta, es decir la producción oral. De esta manera, la atención del estudiante en el primer paso (simplificado desde el punto de vista de las destrezas) se puede dirigir más concretamente hacia el nuevo contenido; en nuestro caso, el gramatical.

6.2 Actividad global de comunicación⁹ de tipo comprobación de conocimientos con integración de las cuatro destrezas.

6.2.1. Descripción del grupo. Grupo principiante absoluto. En previas actividades posibilitadoras han aprendido la dinámica subyacente a la actividad que nos concierne. Han practicado y han recibido retroalimentación anteriormente.

6.2.2. Objetivo concreto. Intercambio comunicativo básico en una atmósfera que pretende emular un contexto comunicativo real.

6.2.3. Procedimiento. Cada estudiante recibe dos tarjetas. La primera contiene datos que deben adoptar

⁹ En el enfoque por tareas, la actividad global de comunicación conjuga toda la serie de conocimientos y habilidades que se han adquirido en actividades posibilitadoras anteriores con un fin comunicativo concreto.

como propios: nombre, país y capital (que aún desconocen). Se presenta aquí una agrupación posible:

Pedro (México) Capital:	María (Guatemala) Capital:	Luís (El Salvador) Capital:	Rita (Costa Rica) Capital:
Jaime (Panamá) Capital:	Rigoberta (Ecuador) Capital:	Arturo (Perú) Capital:	Carlos (Bolivia) Capital:
Rosa (Paraguay) Capital:	Fernando (Uruguay) Capital:	Cristina (Chile) Capital:	Sergio (Argentina) Capital:
Isabel (Venezuela) Capital:	Matías (Puerto Rico) Capital:	Olga (Nicaragua) Capital:	Pablo (Honduras) Ciudad:
Antonio (R. Dominicana) Capital:	Ana (España) Capital:	Celia (Cuba) Capital:	Hugo (Colombia) Capital:

La segunda contiene los datos de la persona que deben buscar e identificar: nacionalidad, capital y nombre (que aún desconocen). He aquí una serie de fichas posibles:

Mexicano (Ciudad de México) Nombre:	Guatemalteca (Guatemala) Nombre:	Salvadoreño (San Salvador) Nombre:	Costarricense (San José) Nombre:
Panameño (Panamá) Nombre:	Ecuatoriana (Quito) Nombre:	Peruano (Lima) Nombre:	Boliviano (La Paz) Nombre:
Paraguaya (Asunción) Nombre:	Uruguayo (Montevideo) Nombre:	Chilena (Santiago) Nombre:	Argentino (Buenos Aires) Nombre:
Venezolana (Caracas) Nombre:	Puertorriqueño (San Juan) Nombre:	Nicaragüense (Managua) Nombre:	Hondureño (Tegucigalpa) Nombre:
Dominicano (Santo Domingo) Nombre:	Española (Madrid) Nombre:	Cubana (La Habana) Nombre:	Colombiano (Santa Fe de Bogotá) Nombre:

Todos levantados y con las dos fichas en la mano, se preguntan y escriben los datos correctos en el papel. Con esta actividad, además de incorporar contenidos culturales obvios, se asegura una interacción múltiple en gran grupo, adecuada a la competencia lingüística del grupo, que ha practicado previamente los contenidos en actividades de aprendizaje, y respetuosa con los principios de los Enfoques Comunicativos.

Referencias

- Rey Marcos, F.: *La enseñanza de idiomas en Japón*. Kioto, Kohrosha, 2000.
- Giovanni, Martín y otros: *Profesor en Acción 3. Destrezas*, Edelsa, Madrid, 1996.
- Bygate: *Speaking*, Oxford University Press, 1987.
- Widdowson, H.G.: *Teaching Language as communication*, Oxford, Oxford University Press, 1978.
- Fernández López S.: “Leer en español. Proceso y estrategias de lectura”, *Cuadernos de Roma*, Ministerio de Educación, Consejería de Educación, Embajada de España, Roma, 1993.
- Moreno de los Ríos, B.: *Programación de Cursos de Lenguas Extranjeras*. Madrid, 1998.
- Instituto Cervantes: *Plan Curricular del Instituto Cervantes*, Madrid, 1994.
- Yamamoto, S.: “Dar el nivel: Las universidades japonesas se proponen eclipsar a la competencia”, *Look Japan*, 11-122, 2000, pp. 2-9.
- McLaughlin, B.: *Theories of Second Language Learning*, Edward Arnold, 1987.
- Munby: *Communicative Syllabus Design*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.
- Johnson: *The Second Language Curriculum*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
- Nunan y Burton: “The Effect on Learner’s theories on languages learning”, *Applied Linguistic Association of Australia Annual Conference*, Adelaide, Adelaide University, 1986.

REVISIÓN DEL APRENDIZAJE DE *ELE* A PARTIR DE LA LECTURA DE *LEARNING NEW LANGUAGES : “A GUIDE TO SECOND LANGUAGE ACQUISITION”*, DE TOM SCOVEL

Claudio A. Vásquez Solano

La obra que aquí comentamos data del año 2001. Aun cuando ha pasado un cierto tiempo de su primera edición, tiene la gran virtud de presentar las distintas áreas que estudia de un modo simple, ameno y sistemático. Cabe advertir que la lectura que aquí hacemos, si bien es fiel al texto, no hemos querido presentarla al modo de un resumen frío y técnico: como queda indicado en el título de estas páginas, a medida que reseñamos la obra, hacemos observaciones y alcances pertinentes a la enseñanza del español, que es nuestro quehacer diario en las aulas.

Scovel plantea en primer término que la adquisición de nuevas lenguas abre un nuevo mundo de oportunidades y relaciones personales. En este sentido, aprendemos lenguas extranjeras para comunicarnos con otras personas. En esto se diferencia del fin inmanente del estudio de otras disciplinas como la gramática, por ejemplo.

“Learning New Languages” se centra en cinco secciones principales, las mismas que representan los mayores contextos en los que ocurre el aprendizaje de una L2; así él habla de: Personas, Lengua, Atención, Conocimiento y Emoción. En el original en inglés, tales categorías forman la sigla PLACE (ingl. = lugar), esto es, “los cinco contextos en que tiene lugar todo aprendizaje de una lengua” (p. 3). De estas cinco áreas estudiadas, la central ? Atención? es el pivote donde se articulan las otras cuatro.

Cada capítulo se organiza sobre la base de una de las categorías señaladas. Incluye, además, variados ejemplos, tanto de parte de los estudiantes que han participado en situaciones de aprendizaje reales (‘Relatos de los Estudiantes’), así como lo que los docentes tienen que decir de tales experiencias (‘Voz del Profesor’). Al final de todas las secciones ofrece una breve ‘Conclusión’ y, muy acertadamente, una ‘Sugerencia de Lecturas’, no una mera lista de títulos, sino un recuento de lo más novedoso que se está haciendo en el momento actual en las variadas áreas tocadas en cada dominio estudiado.

En los distintos capítulos presenta un esquema de trabajo deductivo; así, parte desde la explicación de distintas tendencias que fundamentan lo esencial de cada sección, sean éstas lingüísticas, pedagógicas o psicológicas. Cabe señalar que Scovel no intenta arrogarse la última palabra en lo que estudia; más bien toma los datos de manera ecléctica, llegando a establecer un vínculo con el factor personal entre la teoría presentada y los individuos involucrados en el proceso de adquisición de lenguas extranjeras. Este mismo eclecticismo, sin embargo, no debilita su postura teórica.

A continuación desglosamos los distintos capítulos:

En el capítulo 1 (‘Introducción’) sienta las bases de la organización de su trabajo. Es aquí donde establece las cinco categorías indicadas más arriba.

Señala también, muy acertadamente, que en el proceso de adquisición de una L2 se le enseña a individuos y no a grupos.

En el capítulo 2 (‘Personas’) nos dice que, si bien el lenguaje constituye un fenómeno social, la mejor manera de adquirirlo es a través de la práctica con otras personas, cara a cara. Esta forma la contrapone a la pasiva; esto es, el mero ejercitarse a través de rellenar ejercicios de un libro, por ejemplo.

El autor nos enfrenta a varias posturas teóricas. Entre otras, cabe subrayar la de chomsky, quien señala

que a pesar de que los distintos idiomas difieren ostensiblemente en lo que es su estructura superficial, es en su estructura profunda donde subyacen elementos comunes a todos ellos; lo que para Scovel resulta de fundamental utilidad al momento de enseñar una segunda lengua. Es también enfatizado por el autor el modelo de aculturación de Giles, quien habla de la pidginización, vale decir, cómo un hablante nativo simplifica su lengua materna para comunicarse con los hablantes de otras lenguas; nos dice que si bien esta forma de hablar tiene como fin indicar convergencia psicológica, suele tener el efecto contrario, el de divergencia respecto del hablante no nativo, por su carácter agramatical y la estigmatización social que supone. Peligro en el que no debemos incurrir los docentes en la sala de clases o cuando nos toca enfrentarnos con hablantes cuyo idioma materno no es el español y a los que erradamente se les cree estar facilitando la adquisición o la comunicación espontánea por medio de hablarles en una lengua entrecortada.

También queda señalado que no es lo mismo la enseñanza de un idioma en un país donde es lengua oficial, o si se la enseña en aquellas regiones donde no es idioma nativo. En el primer caso estamos en el área de la enseñanza de una segunda lengua; y, en el segundo, en el ámbito de la lengua extranjera. En el caso específico del español enseñado en Japón, nos damos cuenta de que no solo se trata de una diferencia de nomenclatura, pues tenemos que tomar en cuenta que nuestros estudiantes no están expuestos al idioma estudiado más que un par de horas a la semana, por lo que habríamos de utilizar la lengua de llegada como instrumento de comunicación permanente, independiente del nivel en que ésta se enseñe.

En el capítulo 3 ('Lenguajes') toca el problema de la interferencia de la L1 del estudiante al momento de adquirir una L2. Así, hay transferencia negativa de los patrones de lengua nativa a la nueva cuando las estructuras difieren entre los dos idiomas; y, positiva, cuando tienen estructuras idénticas. Para el caso del español/japonés, podemos aprovechar la igualdad de los sistemas vocálicos, y, en general, de las coincidencias en la pronunciación de ciertos fonemas.

También resulta interesante el que haga diferencia entre *equivocaciones* y *errores*. Las primeras son meros lapsus en el acto de habla y pueden deberse a fatiga o falta de atención, entre otros factores. Los errores, por su parte, tienen que ver con la competencia lingüística del individuo. Como caso extremo, dice Scovel que un hablante nativo puede cometer equivocaciones, mas nunca cometería errores. Un hablante no nativo, por su parte, además de equivocaciones comete errores. Esto redundante, muchas veces, en que los estudiantes eviten el uso de estructuras lingüísticas con las que no se sienten cómodos o que no dominan aún. Por lo tanto, es nuestra tarea ayudarlos a ser más osados en este aspecto, y hacerlos darse cuenta de que sus posibilidades comunicativas mejoran en la medida en que hacen uso de aquellos elementos que han aprendido paulatinamente. Más aún, si al final de cada clase podemos decir que hemos detectado un cierto número de errores cometidos por los estudiantes, se debe, a que éstos no evitan entrar al uso de estructuras nuevas.

En el capítulo 4 ('Atención'), el autor señala que justamente la atención es el punto donde se establecen muchísimas conexiones de gran importancia para el proceso comunicativo: así, se va del estímulo a la respuesta, de lo externo a lo interno, de lo individual a lo social, entre otros factores. Lo importante es determinar a qué se debe prestar atención en el proceso enseñanza/aprendizaje. En este sentido, da como ejemplo los sufijos "émico" y "ético"¹, con los que se pueden derivar otras palabras (aquí presenta los casos de "fonémico" y "fonético"). El primero de ellos se remite a lo que es relevante en una situación de comunicación lingüística; mientras que el segundo se refiere a la información que es de por sí redundante y

1 "Emic" y "etic" en el original, respectivamente.

que no resulta esencial. Para el caso del español, tenemos que el acento es un problema fonémico, porque se pueden oponer distintas palabras solo por su acento, como es el caso del grupo: “hábito —habito —habitó”. Por su parte, la cantidad sería fonética, vale decir, irrelevante. Sin embargo, tenemos que admitir que esto va caso a caso según cada lengua; así se da en japonés ビル (biru= ‘edificio’) y ビール (biiru= ‘cerveza’). Se indica además que el papel del docente es justamente lograr que los estudiantes lleguen a discriminar entre lo que merece o no la pena prestar atención.

Señala también que habría que dejar de lado el análisis muchas veces exagerado de las meras formas lingüísticas, esto es explicar a fondo el porqué de tales o cuales casos (fonéticos, morfológicos, sintácticos, etc.) y centrarse preferentemente en cómo comunicarse. Entre otras formas de aprender indica procedimientos deductivos (a través del razonamiento) e inductivos (por medio de la ejercitación). Claro está que en nuestras clases podemos aprovechar ambos tipos de adquisición de nuevos aprendizajes.

En el capítulo 5 (‘Cognición’), indica (y reconoce su deuda con Kant) que nuestra percepción del mundo no es una mera reproducción fotográfica del mismo, ya que está diseñada y coloreada por nuestros preconceptos.

Dentro de las variables que permiten estudiar lo cognitivo señala que el factor temporal es de enorme importancia, puesto que agrega un elemento de presión a las tareas que debe realizar un estudiante; así, cuando se hace énfasis en la fluidez del discurso, sufren la complejidad y la precisión del mismo. Cuando se concentra en la complejidad, disminuyen la fluidez y la precisión. Cuando se quiere enfatizar esta última variable (por ejemplo hablar sin errores), se resienten la complejidad y la fluidez.

Entre otras cosas, la lectura de este capítulo nos deja como principal lección que a los estudiantes hay que proponerles problemas concretos, en un lenguaje contextualizado y en un marco de autenticidad, respecto de la lengua de llegada, evitando estructuras gramaticalizadas que no permitirían la adquisición de lo que resulte verdaderamente comunicativo.

En el capítulo 6 (‘Emoción’), un apartado de importancia lo constituye la motivación, factor dominante del área emocional. Un término - según Scovel - del cual se ha hecho un uso y abuso que intenta justificar el desempeño de los estudiantes en cualquier dirección y que el autor define como “el basurero de la psicología educacional”. Reseña con mucha claridad los distintos momentos por los que han pasado los estudios de la motivación. Así nos remite a la famosa dicotomía de Gardner & Lambert, quienes hablan de una motivación *instrumental* y una *integradora*. También nos presenta otros autores como H.D. Brown, quien la clasifica en *intrínseca* y *extrínseca*. Sin embargo aclara que la motivación no funciona como un contraste binario, ni de forma sistemática, puesto que las actitudes frente a lo emocional son lo que está más sujeto a cambios en el comportamiento de las personas, incluso por sobre lo cognitivo. Lo cual se demuestra cuando vemos cómo cambian los entornos de aprendizaje en una situación de adquisición de una L2.

Nos habla aquí también de la ansiedad y de cómo resulta contraproducente tratar de eliminarla de la sala de clases, pues siempre va a funcionar como un factor que incitará a los alumnos a sobrepasar ciertos desafíos, en el entendido que esté bien canalizada. Incluso nos habla de una “ansiedad facilitadora” que nos permite concentrarnos en una tarea específica.

La empatía es también un concepto que trabaja en este capítulo; y que Scovel lo define como la “capacidad de ponerse en el lugar del otro” (p. 132); en este sentido se pregunta cuánto puede relajarse una persona en una situación comunicativa de acuerdo al impacto que le produzca el estar integrada a un grupo específico en un momento dado.

Aun cuando las dos emociones indicadas han ocupado lo más del quehacer de los investigadores, señala

que no han quedado de lado el estudio de otras áreas como son la autoestima, la tolerancia, el arriesgarse, la extraversion y la introversión, entre otras.

En el capítulo 7 ('Epílogo'), resume su trabajo en siete conclusiones muy claras:

- 1) Cada estudiante difiere entre sí y los demás en mayor medida de lo que se diferencia un grupo de otro.
- 2) La interacción social incentiva y lubrica todo acto de adquisición de lengua.
- 3) Los alumnos de una L2 siempre están influenciados por su lengua materna y aquella que están en proceso de adquirir.
- 4) Los errores son invariablemente el signo de un estudiante motivado e inteligente.
- 5) Los estudiantes siempre ponen atención: la pregunta fundamental es a qué.
- 6) Los contenidos y esquemas del discurso cumplen un poderoso papel en moldear una conducta de aprendizaje.

Las emociones no son buenas ni malas: son parte natural de la adquisición de una lengua.

Por todo lo visto, la obra de Scovel no deja indiferente. En un lenguaje sencillo y ameno revisa muchos de los temas que preocupan a los docentes que enseñamos en "las trincheras" (p. 143), como indica él; observaciones que pueden ser muy útiles al momento de dar nuestras clases. Es importante señalar, además, que tal obra puede aplicarse al proceso enseñanza/aprendizaje de cualquier lengua, como ha quedado visto, lo que le otorga una vigencia enorme en el ámbito pedagógico.

Hay aquí un rico acercamiento a lo que es la labor en el aula de L2. Quizás lo más novedoso lo constituya la importancia que le asigna al individuo por sobre el grupo. Ello resultará de especial interés para los profesores que laboramos en esta área, puesto que estaremos más sensibilizados ante los desafíos que supone tal quehacer.

TERCERA PARTE

RESEÑAS

BUILDING THE NEW WORLD
- Studies in the Modern Architecture of Latin America 1930-1960 -

Valerie Fraser

Verso, Londres, 2001, 280 pp.

Ignacio Aristimuño

Hoy en día, es poca la arquitectura hecha en América Latina que pueda competir a nivel mundial. Desarraigada por los efectos de la globalización, nuestra arquitectura se apoya en normas de un diseño homogeneizado que está fuera de contexto y en perjuicio de su propio valor cultural. Ante esta realidad y como un esfuerzo hecho por quien no es nativa de la región, la autora¹ nos hace ver que hubo un período, ya olvidado por muchos, en que América Latina ocupaba una posición de liderazgo mundial en términos de la arquitectura moderna, a la vez que expresaba su sentir regional. La premisa subyacente es que entre 1930 y 1960 varios países del continente produjeron una arquitectura altamente innovadora y al resto del mundo sólo le quedó ser un espectador de ella. Tras el análisis de edificaciones que atrajeron la atención internacional, esta obra hace un balance en la historia de la arquitectura del siglo XX y toma como ejemplo a tres países, México, Venezuela y Brasil, cuyas economías para la época se expandían y cuyos gobiernos se esforzaban en sus intenciones de modernización.

Esta arquitectura se suscribe dentro del *modernismo*, nacida en Europa y expandida por el mundo en una época regida por la supremacía de la máquina y la producción en masa. El libro expone cómo frente a esta imposición de valores, América Latina toma la iniciativa para convertirse en el recipiente idóneo de la más rica experimentación. Es así como para los años 20, el consumo de la cultura europea era debatido entre sus intelectuales deseando transformarla en algo propio², a la vez que se la confrontaba mediante una actitud similar a lo visto en las artes marciales japonesas, es decir, combatiendo sin armas y usando la fuerza del adversario a su favor para expresar algo nuevo y original.

El primer capítulo habla de México, que tras su revolución moderniza infraestructuras en pro de una arquitectura nacional, despertando en el pueblo el interés por sus raíces. En ello los muralistas juegan un gran papel, pero es el ideal de José Vasconcelos el que ilumina a la región de su inherente potencialidad cultural.³ En la búsqueda por una genuina mejicanidad, se dan estilos propios que van desde lo neocolonial, lo neoprehispánico, hasta lo demostrado con la aplicación de la teoría Le Corbusiana en la Ciudad Universitaria de la UNAM. Con ello, no sólo se analizan las obras sino también a sus arquitectos, resaltándose a Juan O’Gorman quien sin duda fue un gran maestro, pero es de lamentar la poca atención dada a Luís Barragán, el creador del estilo nacional más representativo dentro del modernismo y único latinoamericano ganador del Premio Pritzker, el más prestigioso en arquitectura.

A Venezuela se la estudia en el segundo capítulo. Aquí, más que revolución es evolución lo que caracteriza al proceso, el cual debido a su riqueza petrolera permite ejecutar proyectos a gran escala. La primera inserción es un plan urbano para Caracas que la concibe dentro de una totalidad y donde la

¹ Profesora adjunta en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Essex, en Inglaterra.

² Para mayor referencia ver: Amaral, Aracy (comp.). *Arte y arquitectura del Modernismo brasileño (1917-1930)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

³ Pensamiento que está expuesto en su obra: *La raza cósmica* (1921).

arquitectura cumple un rol formador. Sin embargo, la falta de raíces históricas en la cual construir una identidad nacional, hace que la tendencia neocolonial sea simplificada a un tipo de arquitectura neo-tradicional que converja con el sentido de modernidad. El Silencio es un buen logro, la reinención de un centro histórico que combina metafóricamente elementos de la tradición arquitectónica venezolana con los del pasado europeo. Una tradición que, de igual manera, es integrada en una nueva forma de hacer arte moderno dentro de la Ciudad Universitaria de Caracas, obra única en su estilo que es analizada bajo una rica comparación con el campus de la UNAM en México.

El último y más extenso capítulo es el del Brasil. Partiendo del análisis del Ministerio de Educación y Salud en Río, que eleva al país a un nivel de prestigio en arquitectura, se va apreciando cómo se dan las bases para lo que la autora llama “modernismo alternativo.” Un término que da a entender cómo lo moderno puede ser a la vez brasileño mediante el uso de formas más libres y sensuales en el diseño, acordes con el sentir y la vitalidad de este pueblo. A Brasilia se la estudia como un caso relevante, ya que a partir de aquí la arquitectura moderna toma un nuevo rumbo. Esta gigantesca obra de aciertos y desaciertos muestra cómo los preceptos urbanísticos impuestos por el modernismo ya no satisfacen las expectativas sociales de la época, lo que lleva a que América Latina sea excluida y que el mundo entero pierda interés en su arquitectura. Claro está, que en ello influyen factores que asocian a esta arquitectura con las dictaduras que la promovían y la rechazan por los efectos del comunismo en el área, el predominio norteamericano y la recuperación europea de la post-guerra.

Medio siglo después, seguimos estando culturalmente dominados y frente a esta imposición de valores globalizados presenciamos cómo se acrecienta la llamada *arquitectura de la resistencia*, un término reaccionario dentro del concepto del Regionalismo Crítico,⁴ cuya idea aspira a que los arquitectos de hoy hagan lo mismo; una conexión con el lugar, el clima, y la cultura, que recuperen el sentido de la región tras el desarrollo de una conciencia que junto con la apropiación de la tecnología moderna y sus prácticas respete las condiciones locales. Aquí está el valor de este libro y la intención al presentarlo, ya que muestra lo imprescindible de volver a un regionalismo o latinoamericanismo inteligente, creativo y sin racimos que tome lo mejor que el mundo pueda ofrecer y lo adapte, lo haga suyo con el fin de nutrir la identidad local, insertada en el lugar y en las tradiciones de nuestros pueblos.

MUJERES DE LA POSGUERRA.

De Carmen Laforet a Rosa Chacel: historia de una generación

Inmaculada de la Fuente

Planeta, Historia y Sociedad, Barcelona, 2002, 509 pp.

María del Mar Jorge de Sande

A lo largo de las últimas décadas los denominados Estudios de la Mujer o Estudios de Género han adquirido un importante desarrollo en los programas académicos de muchas universidades. No cabe duda de que ello se debe, en buena medida, al desigual pero certero impacto que el Movimiento Feminista ha tenido en el quehacer de estudiosos de todas las latitudes.

⁴ Frampton, Kenneth. *Modern Architecture: A Critical History*. London: Thames and Hudson, 1985. p. 313.

Los objetivos perseguidos por estos trabajos son diversos y, como es lógico, han ido cambiando a lo largo de los años. Si en un primer momento se centraron en el rastreo y análisis de las imágenes que de la mujer nos habían ido transmitiendo los artistas de todos los tiempos, pasaron después a tomar como objeto de estudio las obras producidas por las mujeres mismas, a menudo poco o nada conocidas, incluso dentro del ámbito académico. La importancia que las conclusiones arrojadas por estos estudios está teniendo es extraordinaria, ya que plantean dudas más que razonables acerca de cómo se han ido elaborando nuestros cánones artísticos y los intereses sobre los que éstos se sustentan.

Por otro lado, al tiempo que se trata de rescatar la figura de tantas y tantas mujeres que quedaron sepultadas en las brumas del olvido, se pretende también plantear una profunda reflexión acerca de la identidad femenina.

Ésta es, sin duda, la intención que ha animado a Inmaculada de la Fuente a escribir el libro que a continuación reseñamos: recuperar y reconstruir un tiempo histórico ? el de la Guerra y la posguerra españolas? a través del testimonio que, con su vida y su obra, nos han dejado algunas de las mujeres más relevantes del siglo XX español.

La importancia de la memoria vertebrada, desde la dedicatoria (“A mi madre y a todas las mujeres que conocieron la guerra y la posguerra. A los hombres y mujeres de mi generación que no quieren olvidar”), el trabajo, un trabajo que, si bien es cierto que no podemos situar dentro del marco de la investigación académica ortodoxa, sí reúne muchas de las cualidades de la divulgación seria, bien llevada a cabo.

En la PRESENTACIÓN (“Voces de mujer, retratos de una época”, pp.11~20) de la Fuente lleva a cabo un brevísimo recorrido por la vida y la obra de mujeres como Carmen Laforet, Carmen Martín Gaité o Ana María Matute. Con él pretende ilustrar su hipótesis de trabajo, esto es, el valor testimonial, de documento histórico, de las trayectorias vitales e intelectuales de estas mujeres: “Las tres, juntas y por separado, son esenciales para rescatar la memoria de la posguerra y para configurar el modo de sentir y de pensar de las mujeres de los cuarenta y cincuenta” (p.19).

Y, puesto que, de no tener en cuenta a las mujeres que se vieron obligadas a abandonar España tras la contienda y continuaron creando fuera de España, el retrato de la época resultaría incompleto, la autora dedica también una breve nota introductoria (“Las creadoras del exilio”, pp.20~30) a los personajes de María Zambrano, Rosa Chacel, Maruja Mallo, Mercè Rodoreda y María Teresa León.

Mujeres de la posguerra se halla dividido en tres grandes bloques de estructura simétrica: “Los desolados cuarenta” (pp.33~111), “El lento despertar de los cincuenta” (pp.115~287) y “Las creadoras del exilio” (pp.291~471). Cada uno de ellos contiene una sección introductoria de desigual longitud, en la que la autora trata de trazar un bosquejo de la situación de España en los años inmediatamente posteriores a la Guerra, y una serie de capítulos monográficos dedicados a algunas de las figuras femeninas más relevantes del mundo de las artes y las letras de las primeras décadas del siglo XX español. De este modo, los capítulos introductorios no sólo dan cuenta, desde un punto de vista histórico o sociológico, del momento en el que estas mujeres desarrollaron su labor creativa, sino que, además, la contextualizan.

Interesa destacar cómo la autora trata de hacer Historia integrando en su discurso las historias personales, más o menos anónimas, de mujeres de la época. Así, por ejemplo, en “Una sociedad en penumbra” (sección introductoria correspondiente a la Primera Parte) describe el mundo del teatro a través de la experiencia de la actriz María Luisa Romero; el de la enseñanza, con sus muchas depuraciones, valiéndose de lo acaecido a María Moliner o Elena Soriano; el ambiente universitario, tomando en cuenta los testimonios de Elena Catena, primera mujer doctorada en Filosofía y Letras en España.

El poder que sobre la educación de la mujer y la conformación del “ideal femenino” de la época tuvo una

organización como la Sección Femenina de la Falange, la desconfianza de que eran objeto las jóvenes con aspiraciones intelectuales o la situación legal de las mujeres son sólo algunos de los muchos aspectos tratados por de la Fuente en este como a modo de fresco que encabeza cada una de las partes mencionadas.

Los estudios monográficos se centran en la sola figura de Carmen Laforet para los años cuarenta; las de Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Josefina Aldecoa, Dolores Medio, Mercedes Formica y Mercedes Salisachs para los cincuenta, y Rosa Chacel, María Zambrano, Mercè Rodoreda, María Teresa León, Maruja Mallo y Concha Méndez para las creadoras del exilio.

Como se ve, la elección de las mujeres representadas no responde a criterios generacionales estrictos, pues conviven creadoras de, al menos, tres grupos distintos (Generación del 27, del 36 y del 50). Tampoco a la adhesión a una determinada ideología: frente a la relativa indiferencia política de Carmen Laforet se sitúan las figuras, claramente definidas, de Carmen Martín Gaité (hacia la izquierda) y Mercedes Formica ? “perteneciente en su juventud al más selecto grupo de la Sección Femenina”, p.266? , sin olvidar el nutrido grupo de mujeres integrado en el capítulo final, aquéllas cuyo compromiso con la República condujo al exilio.

En cuanto a la naturaleza de sus ocupaciones, el mundo de la Literatura es el que consigue una mayor representación, aunque no por ello de la Fuente excluye de su estudio a mujeres procedentes de otros ámbitos tales como la Filosofía (María Zambrano), las artes plásticas (Maruja Mallo) o la jurisprudencia (Mercedes Formica).

El perfil biográfico de estas autoras, un interesante recorrido por los momentos clave de sus trayectorias profesionales, la descripción de su relación ? a menudo problemática? tanto con la realidad como consigo mismas, así como también los paralelismos existentes entre ellas y los lazos de amistad que las unieron son algunos de los ingredientes que conforman los capítulos a ellas dedicados.

Quisiéramos mencionar, por último, la sospecha que la autora desliza en las páginas de su obra acerca del poder de la Literatura ? del arte, en general? para reforzar la “disidencia” y la constatación, sin acritud alguna, de un fenómeno que *Mujeres de posguerra* trata, en cierto modo, de paliar: el frecuente escamoteo de los nombres de mujer de la Historia oficial.

La BIBLIOGRAFÍA (pp.473~509), general y por capítulos, y un siempre útil ÍNDICE ONOMÁSTICO (pp.497~509) cierran este más que loable esfuerzo por ofrecer una visión panorámica de las varias generaciones de mujeres que padecieron una guerra que, de haber podido, es seguro que hubieran evitado.

Normas de presentación de los artículos para *Cuadernos CANELA*

1. Los artículos se remitirán en su disquete (véase Norma 4 y 5) y una copia impresa en tamaño B5 (182 mm por 257 mm) al jefe del grupo respectivo antes del último día de septiembre. Las conferencias y reseñas se entregarán directamente al Editor de *Cuadernos CANELA* en su disquete (siguiendo las mismas normas editoriales de los artículos) y una copia impresa en tamaño B5 (182 mm por 257 mm) antes del último día de octubre.
2. El Consejo de Redacción (compuesto por los jefes de grupo y el Editor) decidirá sobre la idoneidad del artículo para ser publicado.
3. Una vez aprobada su idoneidad, los jefes de grupo entregarán los artículos al Editor. La fecha límite de entrega será el último día de octubre.
4. El documento original se entregará usando el formato de procesadores de textos *Microsoft Word* (no en *Wordperfect*) y en el formato del sistema operativo *Microsoft Windows*. Se aceptará la entrega de documentos en el formato del sistema operativo *Macintosh*, siempre y cuando se emplee el formato de procesadores de texto *Word*. Asimismo, los originales en sistema operativo *Macintosh* pueden remitirse como documentos adjuntos por correo electrónico al Editor, pero siempre bajo el formato de procesadores de textos *Microsoft Word*. El formato del documento será el siguiente:
 - 4.1. Márgenes [Archivo Configurar página Márgenes]
[ファイル ページ設定 余白]
Superior: 18 mm Izquierda: 20 mm Encuadernación [とじしろ]: 0 mm
Inferior: 23 mm Derecha: 18 mm
 - 4.2. [ファイル ページ設定 文字数と行数] [文字数 文字数 (E) 43]
[文字送り (I) 9.5pt]
[行数 行数 (R) 42]
[行送り (T) 14.3pt]
 - 4.3 Fuente [Formato Fuente] [書式 フォント]
タイトル Título Tipografía: Century Cuerpo: 12 puntos en mayúscula y en
negrilla (太字)
著者名 Autor Tipografía: Century Cuerpo: 11 puntos en mayúscula y en
negrilla (太字)
本文 Artículo Tipografía: Century Cuerpo: 10.5 puntos
脚注 Notas Tipografía: Times New Roman Cuerpo: 9 puntos
 - 4.4 Sangría y espacio [Formato Párrafo Sangría y espacio]
[書式 段落 インテンドと行間]
Alineación [配置]: Justificada [両端揃え]
Interlineado [行間]: [固定値 14 pt]

5. Los trabajos se presentarán de la siguiente manera:

En la primera línea se deberá poner el título del artículo en el centro, con letras en mayúscula y en negrilla[太字]. El cuerpo de letra será mayor al normal (refiérase al artículo anterior). Después se dejará una línea en blanco.

En la siguiente línea se escribirá el nombre del autor en negrilla. El cuerpo de letra también será mayor al normal (refiérase al artículo anterior). Dejando dos líneas en blanco, se comenzará el artículo.

Los capítulos irán siempre en negrilla en el centro y los subcapítulos, sin negrilla y a la izquierda. No hay líneas en blanco entre el capítulo y el subcapítulo. Al terminar un capítulo, se dejará dos líneas en blanco para pasar al otro.

Las notas se pondrán a pie de página cambiando de tipografía y cuerpo de letra (refiérase al artículo anterior). A la bibliografía, al final del artículo, se le aplicará la sangría francesa y el interlineado será de 1 línea.

6. Las conferencias no superarán las 20 páginas. Las ponencias serán de 12 a 16 páginas. Ambas incluyendo las notas y la bibliografía. Las reseñas no serán más de 2 páginas.
7. La prueba final será remitida al autor para su última corrección.
8. En documento electrónico aparte (pero incluido en el *disquete* en que se contendrá el artículo) deberán constar los datos siguientes, necesarios para actualizar las bases de datos de *Cuadernos CANELA* y la página Web:
 - 8.1. Palabras clave. Escriba las 10 palabras clave, separadas por comas, que mejor sirvan para describir el artículo o reseña. Ejemplo: Quijote, Cervantes, proverbios, Sancho, interpretación, cura, barbero, quema, perífrasis, leísmo
 - 8.2. Resumen: Escriba un brevísimo resumen de un máximo de 30 palabras. Ejemplo: Trata sobre el problema de la perífrasis en el Quijote. Especialmente en aquellos pasajes en que don Quijote habla a Sancho e interpreta el mundo.
9. El autor tiene derecho a recibir 5 ejemplares de *Cuadernos CANELA* y 30 separatas.

NOTA: Aquellos socios que quieran publicar un artículo en *Cuadernos CANELA* podrán solicitarlo a la Junta Directiva (por medio del Editor) antes del 15 de septiembre.

Editor
Cuadernos CANELA

CUADERNOS CANELA XV

Publicación periódica de la Confederación Académica
Nipón-Español-Latinoamericana (CANELA)
Presidente: Hilario KOPP

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Editor: Tetsuyasu SUMITA
Consejeros: Paula LETELIER (Literatura)
Reiko TATEIWA (Historia-Pensamiento)
Claudio VÁSQUEZ SOLANO (Metodología)

Fecha de publicación: 31 de marzo de 2004

DIRECCIÓN: a/c Hilario KOPP

Universidad de Lenguas Extranjeras de Nagasaki
3-15-1 Yokoo, 851-2196, NAGASAKI, Japón
Tel: 095-840-2000 (Ext. 308)
<http://www.nakamachi.com/canela/>

La publicación de este número de Cuadernos CANELA ha recibido subvención (año 2003) del Programa "BALTASAR GRACIÁN" del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España.

日本・スペイン・ラテンアメリカ学会誌 第15号

発行人 Hilario KOPP (日本・スペイン・ラテンアメリカ学会会長)
編集人 角田哲康
編集企画 Paula LETELIER (文学)
立岩礼子(歴史・思想)
Claudio VÁSQUEZ SOLANO (外国語教授法)
発行日 2004年3月31日
事務局 〒851-2196 長崎市横尾3-15-1
長崎外国語大学内 Canela 学会
Tel: 095-840-2000 (内線 308)

本誌 (Cuadernos CANELA 第15号) の発行は、スペイン教育文化スポーツ省グラシアン基金 2003 年度の助成を受けた。

